LAS NECRÓPOLIS IBÉRICAS

CONFERENCIA DADA EL 22 DE OCTUBRE DE 1915

POR

ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA
MARQUÉS DE CERRALBO
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN EL CONGRESO DE VALLADOLID, CELEBRADO
POR LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO
DE LAS CIENCIAS



Trabajo publicado
en la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*,
Tomo II, Conferencias de las Secciones.

LAS NECROPÓLIS IBÉRICAS

LAS NECROPOLIS IBÉRICAS

CONFERENCIA DADA EL 22 DE OCTUBRE DE 1915

POR

ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA
MARQUÉS DE CERRALBO

EN EL CONGRESO DE VALLADOLID, CELEBRADO
POR LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA PARA EL PROGRESO
DE LAS CIENCIAS

Trabajo publicado
en la *Asociación Española para el Progreso de las Ciencias.*
Tomo II, Conferencias de las Secciones.



MADRID
1916

Madrid, Imprenta de Fortanet, Libertad, 29.—Teléf. 991.

SEÑORAS, SEÑORES:

Permitidme subir á esta cátedra, no con la voz doctorada del magisterio, sino como el que modestamente lee su lección surgida de un molde, en el que se funden dos sentimientos de un mismo amor, el afanoso á la Ciencia y el entusiasta á la Patria; que en esas dos creadoras acciones se esperanza, se desconfunde y hasta se debela la Protohistoria.

Admirador fervorosísimo é insaciable gustador de las maravillas, encantos y singularidades de la Historia de nuestra amada, portentosa España, á cientos las veces, deleitando la mente y el corazón, subía y bajaba por la triunfal escala de sus siglos, y allá, en aquellos descronizados, velábanme ya caminar las desorientadoras nieblas que raptaban una época enmascarándola de misterio porque la voz del hombre se había extinguido en el ondular incesante del tiempo, porque los monumentos de los iberos los socabaron los siglos y los demolieron torrenciales lluvias y desplomador huracán; porque á aquellos nuestros antiquísimos progenitores, ocupados en realizar proezas, no les quedó vagar para esculpir en una piedra ó en una plancha de los entonces primeramente forjados metales sus hechos y sus nombres; pero yo, huyendo de la curiosidad, por la noble vía de la admiración, no puedo, mejor dicho, no quisiera conformarme con aquel vetusto, su grandioso renunciar á la Historia y pues que los ecos se apagaron y los monumentos se desvivieron y las inscripciones ni se grabaron, no me queda para indagar la crónica de nuestros antiquísimos hombres sino buscarles en su alma, que ésta como no se extingue, eterna triunfadora de

Kronos, deja un maravilloso rastro sobre la tierra. Este rastro es la Religión, y pues los celtíberos, aunque de reducidísima teogonía, sublimaban sus almas á algo más superior y trascendental que á las divinizaciones de Neton y Eaco, engrandecieron y alargaron la existencia con sus aspiraciones á revivirla en la tumba; de aquí su profundo respeto á los muertos y á considerar sus cementerios por sagrados.

Con estas convicciones juzgué que el libro de la Proto-historia lo habían dejado los Iberos como escrito en sus Necrópolis: allí se simbolizarían sus creencias, se idolarían sus Dioses, se indicarían sus costumbres, se determinaría su organización social, se puntualizarían sus cualidades y jerarquías, se mostrarían sus armas, sus joyas, sus adornos, sus útiles; en fin, cuanto fué su vida; porque todos esos objetos transfórmanse en fastos, etapas de la vida espiritual y social de nuestros antiquísimos padres, y éstas son la causa, el estímulo y fin de lanzarme con afanoso empeño á excavar sus Necrópolis, aspirando, en su numerosísimo y en tan gran parte desconocido mobiliario, á leer muchas páginas de su no escrita Historia, pretendiendo así descubrir la vida por la muerte.

No es que yo desconozca ni empequeñezca el valer de tantas y tantas noticias interesantes y en alto precio estimadas que nos dejaron en sus escritos los sabios geógrafos é historiadores griegos y latinos ó sus copiladores en aquellas lejanas épocas; unos, muy pocos, que visitaron nuestra tierra, y otros que por referencia la describieron; así, permitidme algunas rápidas transcripciones.

Enciéndese en Mileto el primer foco que pretende alumbrar á España desde el siglo VI antes de Jesucristo por el célebre Hecateo que, surcando el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules, primigeniamente relata costumbres y datos de los habitantes de nuestras costas; y de éste toma sus datos Herodoto en el siglo siguiente; y en el mismo se originan nuestros esclarecedores periplos con el del príncipe cartaginés Himilcon, que nos visita, más ávido de estudio que del codiciado estaño; y el del ateniense Euctemon en el siglo de Pericles; y ya en el III ó IV el que dedicó á la Bética y la Lusitania, el griego Marciano de Heraclea, regiones de las que siglos después trata Frontino, y si algo sabemos por Estrabon de la Periégesis de los pueblos de la Turdetania que tal vez escribió en Cádiz en el siglo I antes de Jesucristo Ascrepiades de Mirlea, como por Justino nos es conocida la extensa y

notable obra de Gneo Pompeyo Trogo, en la que se da la primera importantísima noticia de la poesia popular de los Tartésios, la del Rey Habis; si al famoso historiador de Sicilia en el siglo IV antes de Jesucristo, al célebre Timeo, debemos la primera relación detallada de las expediciones de los fenicios y colonizadores griegos en España; así el injustamente censurado Piteas, recorriendo las costas del Mediterráneo, presencia y consigna la llegada á ellos de los celtas en la primera mitad del siglo IV antes de Jesucristo; si Posidonio elegantísimamente nos describe las minas de la Iberia y Cornelio Tácito, en magnífico estilo, las de oro y plata del Mons Marianus, también de Plinio Secundo son los preciosos datos sobre la zoología, botánica y mineralogía de España, y de nuestro Pomponio Mela su interesantísima Corografía.

Las guerras púnicas describiéronlas Marco Porcio Catón el Censor en su historia, que fué la primera escrita en prosa latina, con preciosas observaciones sobre España; y si estimadísima es su descripción de la batalla de Ampurias, llega á ser admirable la de Lérida y curiosísima en datos la victoria y guerra de Munda, ambas descritas en su magistral obra por el gran Julio César, que bien de deplorar es no trazase su literaria pluma también la del Bello Hispaniensis por confiarla á uno de sus oficiales. Altamente interesantes son las noticias sobre los celtíberos que Diodoro de Sicilia compiló en las cinco páginas del libro V de su célebre Biblioteca Histórica; pero antes, citando comentadores de las guerras púnicas, con relación á España, debí consignar al poeta Silio Itálico, el fantaseador, que bien lo resulta en el libro tercero describiendo las huestes de Aníbal y el aquileo escudo; ese Itálico que ni fué español, ni siquiera en España estuvo. Sobre esas mismas guerras poco se conserva de lo escrito por Juba, que no por ser Rey de Mauritania dejó de conformarse con un Dunvirato en Cádiz; también éste se ocupó en las geniales campañas de Sertorio, que bien merecieron ser historiadas en los inmortales libros de Salustio; encarecidas por el famoso Plutarco en sus magníficas Vidas Paralelas; y, sin duda, seguramente arrepentida la fortuna por haber negado en vida el triunfo al maravilloso general Sertorio, se le concedió en la muerte, salvando en un palimpsesto vaticano el libro 91 de la tan en grande parte perdida obra magistral de Tito Livio, dedicándose aquél al admirable relato de la sorprendente guerra de Sertorio; que también se salvaron las Decadas III, IV y V por las que se refieren hechos y cosas de España. Si

Floro nos describe desde los Escipiones á Viriato, las sorprendentes campañas de este genial guerrero que de pastor no tenía sino las riquezas de sus propios ganados, pero el espíritu heracleo, el gobierno de soberano y el heroismo y amor á la independencia del más excelso patriotismo, insuperables campañas que también anota el compendioso Eutropio; entiendo inducir á su geografía Frontino y describe con admiración Alpiano de Alejandría, historiador al que si es indispensable consultar debe asociarse siempre la consulta con la prevención; y no son de olvidar las estimables noticias geográficas de España, que en cuarenta y tres salpicados versos de su elegante poema, la dedica Dionisio el Periegeta en el siglo I; y si curiosísimos típicos datos locales hallamos en los célebres epigramas del bilbilitano Marcial, las broncíneas planchas de Augusto nos dan á conocer las colonias militares españolas.

Pero no debo molestar con más extensa enumeración de historiadores y geógrafos, y aun de los menores de quienes el amor á España y á la Ciencia y la soberana dirección y acción del gran Felipe II hízole pretender reunir y salvar tantas admirables obras que con ser lecciones magistrales para el estudio, gloria son de aquel excelso soberano y joyas resplandecientes que se engarzan en la deslumbrante diadema de la Biblioteca Escurialense, y también egregia coronación debe ser para toda antigua bibliografía ibérica la de aquellos que dedicaron su gran talento, su inmensa erudición y todos los aciertos de segura crítica á describir nuestra Patria; así el célebre Polibio, en el siglo III antes de Jesucristo, nos relata tantos y tantos hechos que se visten con los atractivos de la verdad porque los presenta engalanados por el rigor crítico y la oportuna elección de los originadores elementos. Lástima inmensa que no conozcamos su obra completa, pues fuere sin duda la más preciosa historia antigua de España, como la geografía corresponde á Claudio Ptolomeo y Estrabon de Amasea, erudito conocedor de casi todas las fuentes históricas, en su tercer libro, dedicado exclusivamente á la Iberia, nos proporciona datos de los más diversos, explicativos y preciosos sobre nuestra antigua Patria, y nada más útil para cerrar este ciclo de conocimientos ibéricos que la consignación de los Itinerarios, las inscripciones y las monedas.

Pero aun resultando tantos, y no he citado todos los antiguos escritores que fuentes preciadísimas fueron y son para los que vienen y

van prosiguiendo hasta el día la obra admirable de levantar el monumento grandioso de la portentosa historia de España, queda siempre en éste un largo, importante, interesantísimo período, cual si fuese el templo del arcano en cuyo frontón aparece escrito en los caracteres de las tinieblas: *Proto-historia;* nieblas que no lograrán se disipen sino con el azadón arqueológico, abriendo las anchas esclarecedoras vías de la Excavación.

Explicación de las proyecciones de la conferencia.

Entro, pues, á tratar de algunas de las necrópolis ibéricas que descubrí y hube excavado y será mi mayor recompensa si sus mobiliarios y sus descripciones pudieran interesaros; pero antes os ruego me disculpéis las hipótesis que haga en el curso de esta conferencia intentando explicar las novedades arqueológicas que encontré.

Llevo excavadas cerca de un centenar de estaciones proto-históricas en una extensión sobrepasando de 20 leguas y extendidas por las provincias de Soria, Guadalajara y Zaragoza, por lo tanto, en el centro de la Celtiberia, el país más guerrero, que tuvo el heroismo independiente de luchar dos siglos contra la omnipotencia absorbente de Roma.

Las Necrópolis.

Yo encuentro tantas estaciones porque excavo en las riberas de los ríos, que fueron siempre las grandes vías de los pueblos primitivos y proto-históricos, como busco los yacimientos neolíticos en las cimas de los montes y las necrópolis ibéricas en las vegas, teniendo por indicadoras señales ríos, arroyos, fuentes ó pozos de aguas saladas, porque la sal fué en toda la primera y segunda edad del hierro uno de los productos comerciales de más importancia y casi puede decirse que vino á secundar al ámbar, del período neolítico, como vía de civilización; de otro indicio, para mí bastante seguro, me valgo y es excavar en las inmediaciones de las ermitas, que separadas de los poblados son tan frecuentes en nuestros campos; la salvadora fe católica las construyó, pero entiendo que el lugar venía consagrado por la tradición, como de un respeto que ignoraban el origen, casi siempre separado por no menos de diez á quince siglos; nunca me faltó una necrópolis ibérica

cuando coincidieron tales circunstancias y á las que precedía el estudio de los escritores, las puntualizaciones de Ptolomeo y el carácter típico regional de las monedas autónomas.

Aunque muchas son las Necrópolis celtibéricas que he explorado, desde ya unos diez años, que los vivo dedicado al trabajo de catalogar este nuevo Archivo de la Historia, y dispensadme me atreva á pretender en la Celtiberia, que si fuí el primero en rebuscarlas lo fuí también en descubrirlas, voy á describir sumariamente tres; pero aludiré á otras, igualmente mías, para explicación de curiosos ó novísimos detalles, y al escoger aquéllas es porque correspondiendo á diferentes períodos de la edad del hierro manifiestan el desarrollo de la vida y civilización en tan importante ciclo que abarca desde el v al III siglos antes de Jesucristo.

Necrópolis de Aguilar de Anguita.

La más antigua y la más notable es la de Aguilar de Anguita, que la dato en las postrimerías del siglo v ó comienzos del IV antes de Jesucristo, correspondiendo á la clasificación de Hallstatt II; la siguiente de Arcóbriga comienza al final de este período para seguir por el I de La Tène y la tercera Luzaga, que pertenece al siglo II, por lo tanto, al desarrollo del segundo citado tipo clasificador.

Aguilar de Anguita cerca de Sigüenza y Luzaga poco más lejos de esta importante ciudad Arevaca, son pueblos de la provincia de Guadalajara casi fronterizos con Soria y esto le ocurre á Arcóbriga que corresponde al límite de aquélla con Zaragoza.

Aguilar de Anguita, en terreno triásico muy pintoresco de la Sierra Ministra y á más de 1.100 metros sobre el nivel del mar, en el kilómetro 140 de la carretera de Madrid á Tarragona, tal vez fué la antigua Laxta atendiendo á las medidas Ptolomeicas y al estilo de las monedas celtíberas que parecen corresponder al tipo Segontino; no necesito advertir que jamás hallé monedas en mis necrópolis, pues que no empezó la acuñación de las ibéricas, sino más de un siglo después de la más moderna de aquéllas citadas.

La Necrópolis se divide en tres secciones, una mide 99 metros 30 centímetros de larga por un ancho de 57; la segunda 67 metros por 43, y la última 82 metros por 40, logrando descubrir unas 5.000

sepulturas, número inmenso si se compara con muchas extranjeras que en llegando á 200 se tienen por extraordinarias. Así en Italia la célebre de Vilanova con sus congéneres de Bolonia apenas llegan á 2.000; las nueve tan notables de Suiza, cerca de Bellinzona, se reducen á la mitad de tal número; la clasificadora de Hallstatt se queda en 993; en Francia, fijándonos en los departamentos fronterizos con España, los de Ariège, Alta Garona, Altos y Bajos Pirineos y Landas en una extensión de unos 300 kilómetros, según el notable explorador general Potier, casi se suceden unas necrópolis á otras, y en la importante de Gers, tan minuciosa y doctamente excavada y descrita por el General de Artillería antes citado á algunos centenares de tumbas se redujo, como la que por su mobiliario es de las más semejante á las nuestras, la de Avezac-Prat, de una cuarentena no excedió, habiendo conseguido miles de objetos que no se distancian mucho de las 5.816 piezas contadas por Ramsauer en la clasificadora é incomparable Hallstatt.

Las Necrópolis celtíberas ofrecen una organización exclusivamente indígena; se constituyen por grandes paralelógramos, formando calles de estelas, piedras brutas hincadas en el suelo, una casi al lado de otra y separadas, esas paralelas, por distancias que varían entre un metro quince y un metro veinticinco. Llegan los celtas hasta la frontera de España en el siglo, si se atiende á no consignarlos Festo Avieno al transcribir el periplo fenicio del siglo VI que antes hemos citado; y si se siguiera á Herodoto les tendríamos en el Sudoeste de Iberia á la mitad del V; Mr. Jullian, en su *Histoire de la Gaule*, rebaja esta invasión hacia el año 400, y según Eforo, ocupaban ya la mayor parte de nuestra Patria hasta Cádiz en el siglo IV antes de Jesucristo; pero tengamos presente la afirmación del sabio Piteas que declara haber visto en su viaje, por nuestras costas mediterráneas, la llegada, por el interior, de este belicoso pueblo nórdico, viaje datado por Hübner entre los años 330 y 340 antes de Jesucristo.

Los Celtas, que enterraban en túmulos, avanzan por la Galia, y tanto en la Necrópolis de Avezac Prat explorada por el célebre arqueólogo excavador Mr. Piette como en la de Ger, cerca de Tarbes, cementerios son de túmulos, cercados sus montículos por orlas de piedras, que llegan varias veces á constituir tres círculos concéntricos, círculos y estelas que, según M. Bertrand, pueden ser una supervivencia de los cromlechs y menhires de la edad del bronce y neolíticos, y

al pasar á España, los invasores, se transforma su rito fúnebre, desaparecen los túmulos y quedan sólo los círculos de piedras soterradas como los restos del difunto, que así se hallaron las Necrópolis de Villars y Espolla en la provincia de Gerona; pero al llegar á Aguilar, hasta ese tradicional círculo de piedras desaparece, y las Necrópolis se forman por calles de estelas bajo las cuales depositan los objetos del difunto que había sido quemado en un general *ustrinum*, y sus restos, depositados en una urna cineraria, los colocaban delante de la estela; todo ello enterrado á más de un metro.

Las formas de estas urnas corresponden á las de Hallstatt II, casi nunca tienen tapa, lo que las diferencia de las de Golasseca y Robarello, como también en no ser ornamentadas, en pasta mal cocida y color rojo, siendo rarísima la cerámica negra.

Dentro de las urnas se hallan menudos fragmentos de huesos á que redujo al cadáver la ritual incineración, circunstancia que también originaliza nuestras Necrópolis, diferenciándolas de las de Hallstatt y de la gala fronteriza, en Ger, que en ambas de éstas, se mezclan la inhumación con la cremación.

El mobiliario he dicho que lo depositaban bajo las estelas y así encontré miles de objetos de bronce, que fueron en su tiempo riquísimas joyas con que adornasen las damas ibéricas su hasta hoy constante belleza, de la que nos dejaron maravilloso retrato con la preciosa, interesante, majestuosísima, espléndida y típicamente española DAMA DE ELCHE.

El principal rasgo de estos adornos son combinaciones de espirales; la espiral, que fácilmente se arraigó en nuestra Patria, la creo constante tradición ibérica y de ningún modo influencia Miceniana y mucho menos que á nosotros llegase viniendo de Irlanda, por desarrollo ó término del viaje artístico de la espiral que han sostenido varios arqueólogos, pues que en la Iberia la encontramos en abundantes monumentos rupestres, grabados muchos siglos antes por los neolíticos, exhibiendo sus misteriosos emblemas ya en una de las cuatro cuevas llamadas de la Paloma, en la Sierra del Pedregoso, de la Laguna de la Janda y en el peñón de la Batanera, descrito por Góngora, como en innumerables rocas de Galicia, de entre las que sobresale Outeiro d'o Lombo d'a Costa en Santa María de Sacos (Pontevedra), por citar algunas, que no he de cansaros con la larga enumeración de las que conocemos en España.

La capital importancia del mobiliario fúnebre varonil son las armas, tan célebres como originales y típicas de los Iberos, sobre todo la espada, que Suidas transcribiendo un texto de Polibio hace la importantísima afirmación que contradice lo que hoy han intentado discutirnos, y antes era opinión corriente, la de que los Romanos tomaron de los Iberos el célebre *gladius hispalensis*, que Escipión hubo dado á sus legiones y que Aníbal cambió también por su *ligula*, de origen helénico; pues traduciendo puntualmente el texto griego de Polibio, en su fragmento 96 dice: «*Los Romanos poniendo de lado las espadas de sus mayores, desde las guerras de Aníbal* CAMBIARON (esta es la verdadera traducción de la frase de Suidas) *las propias por la de los Iberos y cambiaron también su manera de prepararlas, pero la misma bondad del hierro y la fabricación de ellas ni remotamente pudieron imitarlas*». Diodoro Sículo describe ese modo de preparar el hierro tan excepcionalmente por los Iberos; y en cuanto á su insuperable temple, y de manera especial el de las armas bilbilitanas, á cuya región corresponden mis necrópolis, dedican encomiásticos elogios Plinio, Polibio, Suidas, Justino y Hesychio, cantando Marcial, con toda justicia y entusiasmo, el prodigioso temple que producía en las armas las aguas del histórico Salo, mi avecinado río Jalón, y como para reconcentrar todos estos encomios Justino asegura que no se estimaba un arma si no había sido bañada en este río Bilbilitano.

El arma preferida por los Iberos fué la lanza, y la que más generalmente se representó en sus monedas, llegando á afirmar Varron que su nombre viene de Lancia, villa de Asturias, donde se fabricaron las más estimadas en aquella antigüedad.

Pero fuere un abuso mío de vuestra extremada bondad si esta conferencia la prorrogase tanto tiempo como necesitaría para consignar autoridades científicas que testimoniasen mis explicaciones, y sobre todo porque os son conocidos todos aquellos limitados fragmentos de autores clásicos que antes apunté; voy, pues, á que desfilen ante vuestra docta vista algunas proyecciones que proporcionen idea de los hallazgos que conseguí en mi arqueológica exploración, sintiendo que no sean bastantes á dar una explicación más completa de la vida celtibérica, aspiración que me ha llevado y me sostiene en el empeño de excavar, pues no de otro modo puedo conseguir lo que, no satisfaciendo por completo los autores griegos y latinos, ansío por saber, con

amor y admiración, qué utensilios, qué trajes, qué adornos, qué joyas, qué armas, qué ritos, qué dioses sirvieron para la defensa y llevaron al sacrificio aquellas incomparables mujeres, aquellos inspirados niños y aquellos invencibles hombres á aquel inmenso hogar, que aún reverbera y deslumbra como el sol del patriotismo y la independencia ibérica, al que corrió la maravillosa gente ibera á lanzarse, antes que rendirse, entre las inextinguibles llamas de la gloria, en las sublimes hogueras de Sagunto, Astapa, Numancia y Calagurris. Yo afanosa, patriótica, admiradamente quisiera saber, cómo vistieron y armaron sus portentosas figuras aquellos víctimas, excelsos arquetipos del españolismo, los insuperables guerreros, Indivil el de la más patriótica y siempre oportuna arenga, Viriato para el que se inventó la victoria, Sertorio á quien sólo el villano puñal de un asesino pudo impedir que, con sus iberos, trasladase la capitalidad latina á España, y terminemos por el principio recordando á Istolacio, el apóstol, el originador de la más soberana aspiración patriótica, la independencia patria; y antes decía que ansío conocerlos, cómo fueron y cómo murieron. Pero ¿cómo habían de morir? Como Istolacio, clavado en una cruz, que es el símbolo de todas las grandezas y sublimidades, el trono y el triunfo de la eterna gloria.

Organización de las Necrópolis celtibéricas.

Dispensadme que con tan salpicadas y prolijas enumeraciones haya prologado esta conferencia, cuando pudiera reducirse á su parte gráfica, por ser la más interesante y á la que llegamos ahora, presentando ante vuestra inteligente vista y docta consideración un atrayente desfile de novedades celtibéricas, pues que á ese mudo telón, magizándole con las luces epidiascópicas, vais á verle describir lugares, monumentos, ruinas, joyas, armas, objetos y simbolismos que, congregados en una suma armónica, aspiren á producir en vuestro espíritu la idea de un monumento sobre el que se yergue la grandiosa figura de la historia celtíbera de nuestra amada y heroica España.

Ya antes expliqué la gran novedad que ofrece el trazado indígena y característico de las necrópolis ibéricas, pues convencido estoy de que España fué y es singular, original, sobresalientemente original, en los actos y espiritualizaciones de su vida.

Entre tantas necrópolis como he excavado y sigo explorando, la

más rica en mobiliario, en novedades, y hasta en el número de sus tumbas, es Aguilar de Anguita, que pues ya fué descrita aquí, la presento en proyección (fig. 1.ª).

La fotografía es mala por culpa del peor día en que se hizo, con viento fuerte y débil luz; pero bien se ven las calles de estelas; al pie de cada cual hubo una urna cineraria, y bajo la piedra el armamento de cada guerrero.

Para mayor claridad añado la vista de la de Luzaga, que resulta



Fig. 1.ª—Necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita (Guadalajara). Del V al IV siglo a. de J. C.

mejor fotografía, necrópolis tan riquísima en urnas como en variedades de sus tipos (fig. 2.ª).

Aun dentro de la homogeneidad de estos cementerios, en Celtiberia hay algunos que presentan una variación curiosa, cual es alternar las calles, empedrando el suelo de una sí y otra no, y pues que sólo hay urnas al pie de las estelas que dan cara á la calle empedrada, y en las de suelo natural se hallan cenizas, entiendo que estas últimas fueron el *ustrinum*, en donde quemaban los cadáveres. Como interesante ejemplo de esta novedad presento la necrópolis de Hortezuela de Océn, y

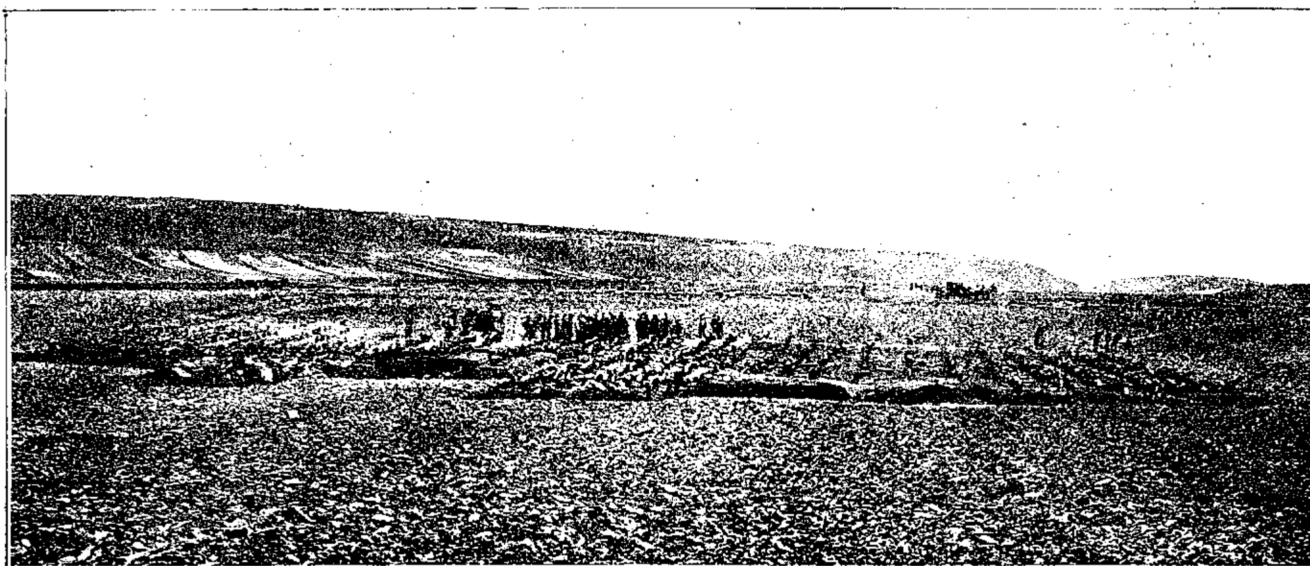
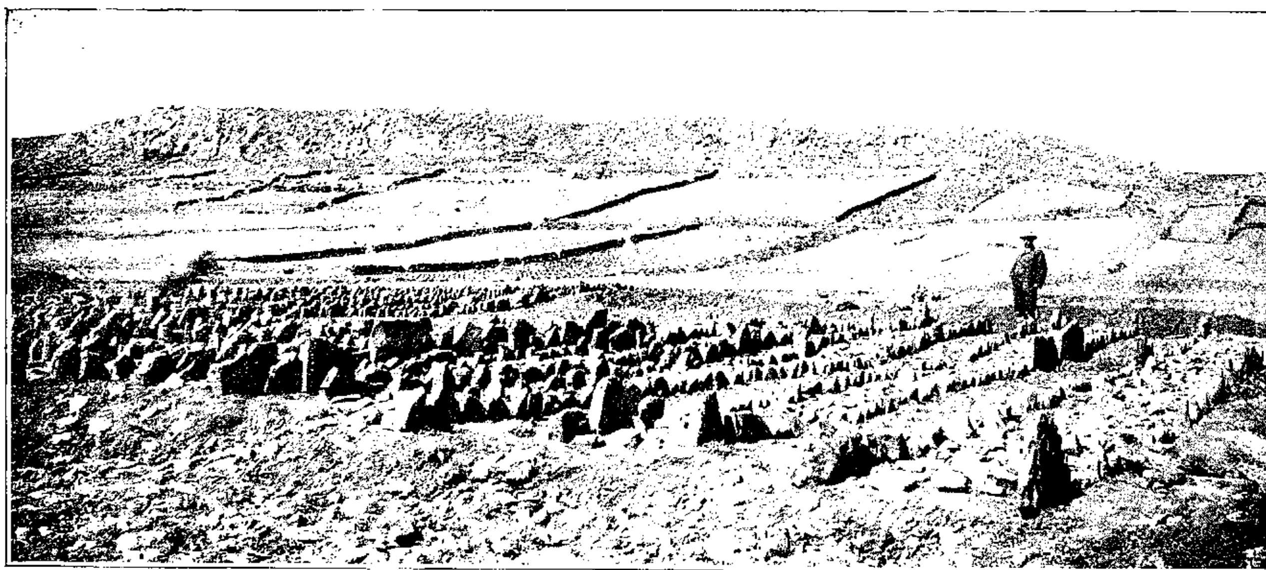


FIG. 2.ª—Necrópolis celtibérica de Luzaga (Guadalajara). Del IV á III siglo a. de J. C.



Necrópolis ibérica de Hortezuela de Ocen (Guadalajara).—Del siglo IV antes de J. C.

no lejos de ésta hallé la de Padilla, y ya á larga distancia la de Olmeda y la de Valdenovillos, en Alcolea de las Peñas, y algunas más, no tan importantes, todas en la provincia de Guadalajara (lámina I).

Las fotografías que he presentado precisan una explicación: ya dije que las estelas, aun siendo algunas largas, de tres metros, siempre, sin excepción, las hallé enterradas, pues situándose las necrópolis en los mejores terrenos de las vegas, llevan muchos siglos de labrarse tan productivas heredades.



Fig. 3.ª—Sepultura de mujer en la necrópolis celtibérica de Garbajosa (Guadalajara). Del IV siglo a. de J. C.

Extrañará, pues, que la fotografía las represente sobre el campo y en correcta formación, todo lo cual se debe á que excavábamos una calle señalando las estelas, volvíamos á rellenar aquélla, poniendo encima formadas las piedras, según las encontramos soterradas, y seguíamos á otra calle con el mismo procedimiento, logrando á la conclusión presentar las necrópolis tal como estarían en los siglos v, iv ó iii, según la fecha á que correspondió cada cual.

Rara vez ocurre que el mobiliario de una sepultura se halle alrededor de la urna; pero ya por ser caso interesante, como por la riqueza de la tumba y dar idea de la admirable conservación de los objetos en Aguilar de Anguita, presento esta proyección, en la que se detalla admirablemente la gran estela, delante la urna cineraria, y allí, entremezclados, la espada de antenas, los magníficos discos ornamentales, dos lanzas con sus regatones, un bocado, un filete y gran cuchillo, todo en la forma en que se hubo hallado al realizar la excavación (lámina II).

Y pues que lo general, lo uniforme, son las calles de sepulturas con las estelas y delante de cada cual la urna cineraria, siempre tapada por una piedra tosca, así ofrezco la vista de una calle de la necrópolis denominada Centenares, en Luzaga, tal como se halló bajo tierra, y al lado, sobre el terreno, se ve trozo de la necrópolis ya excavado y reconstituído, á la manera que expliqué (lámina III).

En algunas necrópolis la urna está rodeada de una especie de sillares disconformes y tosquísimos, como en este ejemplar que presento de Garbajosa, cementerio celtibérico, que también exploro, cerca de Alcolea del Pinar (Guadalajara) (fig. 3.ª).

La cerámica de las Necrópolis celtibéricas.

Al nombrar las urnas cinerarias, debo hacer ligera explicación de su cerámica: con excepción de Luzaga, en todas las demás necrópolis, aquélla no sólo es de mala clase la arcilla, sino mal amasada y peor cocida, por lo que se logran excasas enteras; las humedades de veinticuatro á veintidós siglos, con la extrema rigidez de los hielos en todo aquel país, hicieron saltar en menudos trozos las urnas, que solíamos verlas como intactas al excavarlas, pero con sólo que se les tocase, ó apenas secas, caían en minúsculos é irreconstituíbles pedazos.

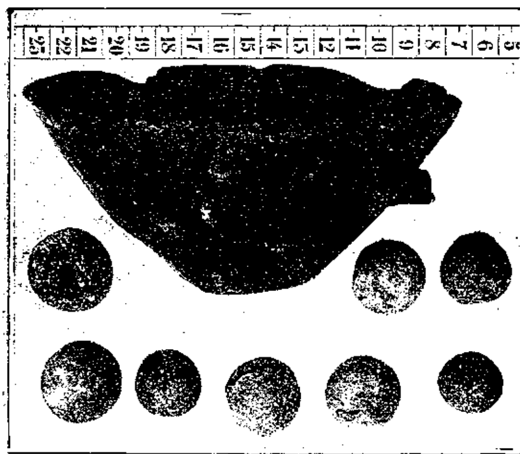


FIG. 4.ª—Urna cineraria, tipo Hallstatt, con fusayolas y bolas de la necrópolis celtibérica de Alpanseque (Soria).

La cerámica negra es la más resistente, más gruesa, más tosca, más antigua y más rara; es una supervivencia de la neolítica; así son algunos ejemplares de la necrópolis de Alpanseque (Soria), como se advierte en esta proyección (fig. 4.ª); así lo son también los dos de ambos extremos de la línea de abajo en la vista que presento de algunos ejemplares de cerámica de Aguilar de Anguita, mucho más ade-



Necrópolis ibérica de Aguilar de Anguita. Sepultura completa de guerrero ibérico.—Del siglo V antes de J. C.



Una de las calles de la necrópolis ibérica de Luzaga

lantada, pero correspondiendo á las formas de Hallstatt II; la predominante es la globular con tapa de asas perforadas, que corresponden

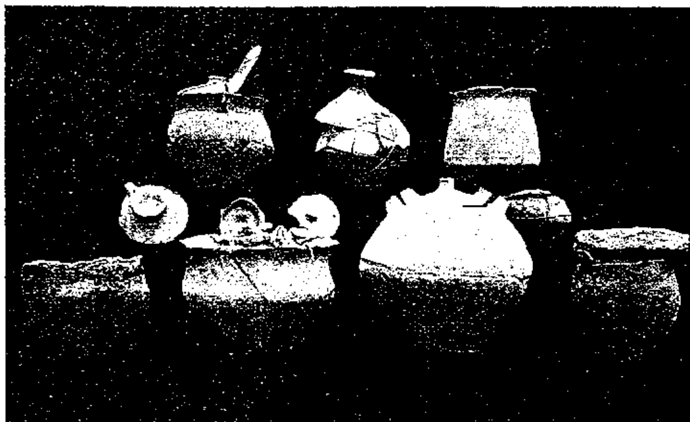


FIG. 5.ª—Cerámica de la necrópolis celtíbera de Aguilar de Anguita. Del v á IV siglo a. de J. C.

á los agujeros que atraviesan las de aquéllas. Por rara excepción encontré una urna que por tapa tenía una copa (fig. 5.ª).

La cerámica de Arcóbriga es de mejor clase y trabajo, y más

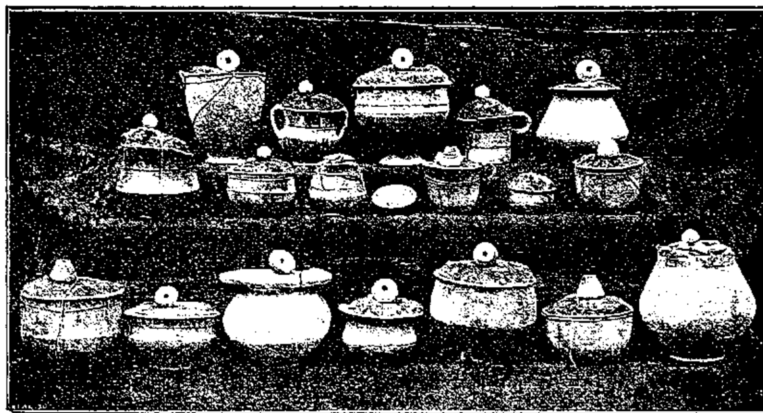


FIG. 6.ª—Algunos de los tipos de las urnas cinerarias de la necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Zaragoza.) Del IV al III siglo a. de J. C.

moderna, como correspondiendo á una necrópolis de transición de Hallstatt á la Téne, y predominando casi en absoluto este segundo pe-

ríodo de la Edad del Hierro, que en Arcóbriga pudo corresponder al siglo III antes de J. C. (fig. 6.ª).

Al presentar la proyección debo advertir que los dos rangos superiores de urnas provienen de tumbas femeninas. Mucho he nombrado ya la cerámica de Luzaga, elogiándola como merece, y para que juzguen mis doctísimos oyentes, presento algunos ejemplares de copas cinerarias; varias conservan tradición neolítica, recordando las del Algar, de M. Siret, y algunas ofrecen la gran rareza de tener junto al borde el aditamento de una pequeña tacita, pero muy diferente por la forma y colocación de las encontradas en Ilios (IV villa), en Aufidena, en Monzerheim, Gemeinlebarn, Ravensburg, Avezac-Prat y, por consiguiente, difieren mucho más de las urnas que tienen un pequeño vasito dentro en Baviera, Lorena, Bélgica, Pirineos, en Argovia y bastantes otras suizas que vi en el notabilísimo Museo de Zurich. Creen que pudieron tener destino religioso y fúnebre, tal vez sirviendo para depositar alguna esencia mágica; yo sospecharía si recogieron varias gotas de sangre de víctimas amadísimas, inmoladas en homenaje del difunto; que no me extrañase correspondiera esta hipotética excepcional práctica con un descubrimiento aún inédito,

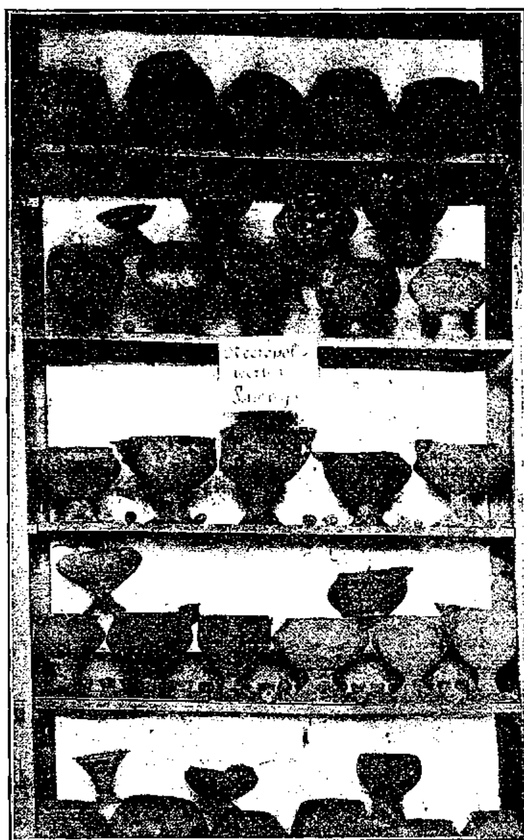


Fig. 7.ª—Copas que sirvieron como especiales urnas cinerarias en la necrópolis celtibérica de Luzaga, ofreciendo la singularidad de los pequeños vasos que tienen en sus bordes.

cuya importante noticia debo á mi amigo el sobresaliente arqueólogo Mr. Bonsor, en Andalucía (fig. 7.ª).

César, en su *Guerra de las Galias*, explica la suntuosidad de los funerales galos, y cómo con el difunto solían quemar lo que le fué más querido, esclavos y clientes, vémoslo corroborado por Mela, añadiendo que á la hoguera se arrojaban á veces los parientes más inmediatos, pretendiendo recomenzar nueva vida todos juntos; y que este sacrificio voluntario lo realizase la esposa, parecen indicarlo las sepulturas marnianas, pues frecuentemente se descubren dos tumbas juntas: una grande, con esqueleto de hombre, y la otra femenino, lo que ya indujo á M. Bosteaux-Paris á la suposición del sacrificio voluntario de la esposa, y como nuevo dato nos presenta la magnífica doble tumba de Champs-Cugniers, mi querido é inolvidable amigo el eminente sabio y admirable arqueólogo M. Joseph Déchelette que, viviendo exclusivamente para el espíritu, le sublimaba por la fe católica, le ofrendaba á la Ciencia, y cuando llegó un día de peligro para su amadísima patria, fundió en el crisol de la excelsitud su laureada inteligencia, su patriótico corazón y su bayarda voluntad, resultando un héroe que cruzaba victorioso el campo de batalla ofreciendo el noble pecho al enemigo para caer, como el simulacro de la gloria, en los brazos de su amada patria; que así recogió el cadáver de M. Déchelette, como hijo predilecto, la bandera de Francia.

Y volviendo á los sacrificios en holocausto de un difunto notable, recordemos que más seguros, más solemnes, más impresionantes y más históricos fueron los célebres y apenadísimos funerales de nuestro invencible caudillo Viriato, que descritos por tantos historiógrafos, entre los cuales Tito Livio, Diodoro Sículo, y más detallados por Appiano, refieren que fueron sacrificados á sus manos multitud de enemigos y soldados; costumbre de tantos pueblos antiguos, que se corona del mayor relieve de expresión, de sentimiento y de arte al refulgente bullir de excelsa inspiración por entre los incomparables exámetros de Homero, cantando los funerales de Patroclo, en los que el lacerante dolor de Aquiles coge á doce mancebos de las notables familias troyanas, y con el cadáver de aquél los arroja á la pira que revolaba al Olimpo, en centelleantes chispas, el entrañable emblema de la amistad.

Y yo mismo encontré, y he descrito en mi obra *El Alto Jalón*, en la cima de la montaña que presencia el bullicioso enlace de aquel histó-

rico río con el Blanco, una no corta serie de sepulturas de los primitivos iberos, excavadas en la roca á la manera olerdolitana y que ofrecían aquella singularidad matrimonial que cité por frecuente en el Marne.

Con tal digresión parece abandonada al olvido la cerámica de Lu-



Fig. 8.ª—Pequeña parte de la colección de urnas cinerarias de la necrópolis de Luzaga.

zaga; pero al volver á ella, y pues que hube dicho que á millares logré las urnas cinerarias, sólo para indicarlo, reproduzco un rincón del primer depósito que de ellas he reunido (fig. 8.ª).

Detallar particularidades de tal cerámica, alargaría hasta cansadamente esta conferencia; pero no debo dejar sin mención una gran novedad, como es que en dos toscos pedazos de urnas hallé la ornamentación única que se constituye por pequeños circulitos hechos en la

pasta cuando tierna, y en ellos incrustadas anillitas de ámbar amarillo del Báltico (fig. 9.ª).

Entre tan numerosa colección cerámica de la Celtiberia, no hay sino tres ó cuatro que estén pintadas con ornamentaciones geométricas sencillas; pero nada en estilo Dipylon, que corresponde á la primera época Hallstatiana.

En mis necrópolis es siempre rara la cerámica pintada, lo contrario que ocurre en Italia, donde la sola de Vulci, ha dado más de 20.000 urnas de tal ornamentación; y en España las múltiples estaciones de Calaceite, de la Zaila, de Archena, de Arcóbriga, y las numerosísimas y típicas de Numancia, entre tantas otras.

Las Espadas.

Y pasando á ligera explicación gráfica del objeto más importante de las necrópolis ibéricas, cual es la espada, ya algo dije antes sobre su incomparable bilbilitano temple, como de la magistral y entonces no igualada fabricación; de modo que, procediendo por orden cronológico, me ocuparé en las de Aguilar de Anguita, pertenecientes á su famosa necrópolis que intitulo Altillo 1.º, Altillo 2.º y de la carretera.

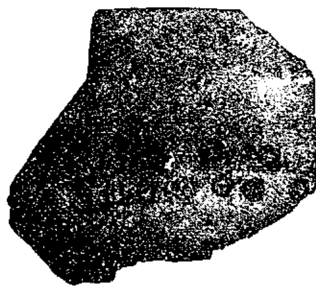


Fig. 9.ª—Uno de los fragmentos de cerámica ornada, con incrustaciones de anillitas de ámbar, en la necrópolis celtibérica de Luzaga.

Todas las espadas son de antenas, correspondiendo al período de Hallstatt II y fines del siglo v ó comienzos del iv, antes de Jesucristo.

El largo de estas cortas espadas varía entre 0,32 y 0,47, lo que se acerca á la medida dada por Polibio para las espadas ibéricas, que es de unos 0,40. Para mejor idea, presentaré varios ejemplares en proyección (fig. 10).

Las vainas debieron ser de cuero ó madera, con los rebordes laterales de hierro, y algunos raros casos muestran trozos de planchas de ese metal, caladas ó de cerca de la contera, que suele terminarse en forma globular.

Casi todas tienen dos anillas de suspensión en un lado, lo que indicaría las llevasen cruzadas á la manera que se ven las falcatas en

los exvotos ibéricos de Castellar de Santisteban y Despeñaperros.

Las espadas de Aguilar de Anguita se hallan en buena conservación, sin duda por el admirable temple de su forja y de las aguas tan elogiadas del Jalón, las cuales contendrán, sin duda, determinadas sales en suspensión, y así logran la propiedad de absorber rápidamente el

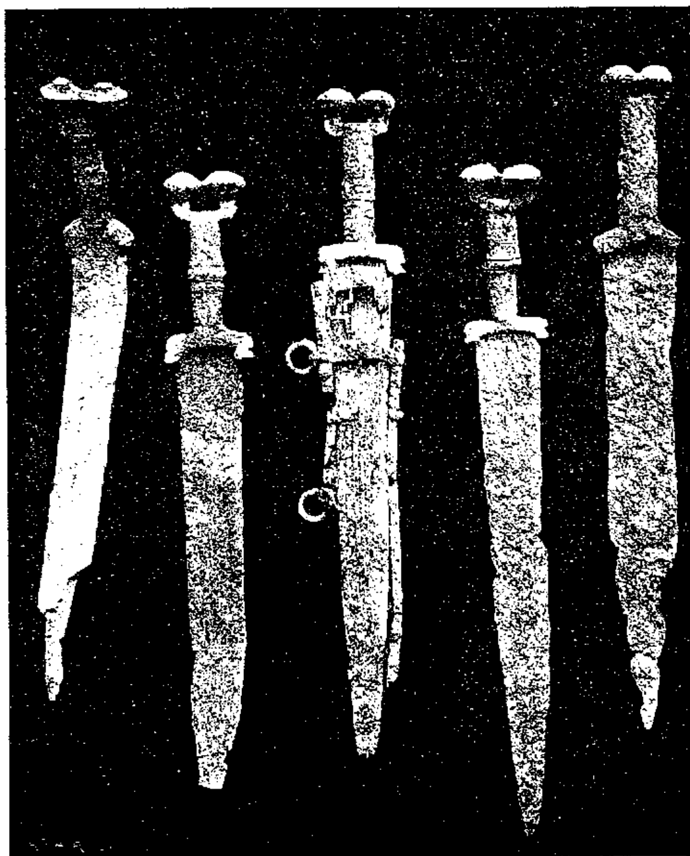


FIG. 10.—Diferentes espadas de antenas de Aguilar de Anguita.

calor de las armas sometidas al temple, lo que le produce tan admirable, y no ocurre con las aguas puras.

Por ser armas de tal rareza, y pues veo el interés con que, favoreciéndome, seguís mis modestas explicaciones, voy á permitirme mostraros varios ejemplares de aún mayor notoriedad y estimación, con la circunstancia valiosa de ser inéditas y únicas en España.

Me refiero á varias espadas de antenas que deben corresponder al siglo IV antes de Jesucristo, y que ofrecen la que fuere para entonces gran riqueza y extraordinaria ornamentación con la originalidad de enriquecer las empuñaduras por nielados de plata, con incrustaciones en el acerado hierro, así resulta la que hube hallado en mis excavaciones de Turmiel, y que os presento (fig. 11).



FIG. 11.—Espada de antenas con incrustaciones de plata, de una sepultura celtibérica de Turmiel (Guadalajara). Del IV siglo a. de J. C.

Otras dos, también muy semejantes, descubrí en mi necrópolis de Atance, que reproduzco con los demás objetos que completaban la sepultura, cuales son la vaina, un cuchillo, pinzas y las dos rituales fusayolas ó husos (fig. 12).

En todas estas tres espadas el ornato es por dibujos geométricos de carácter ibérico.

De mayor aprecio y rareza es otra espada que conseguí en una sepultura de la necrópolis que denomino Arcóbriga; pues conjunta varias singularidades, el dibujo de las incrustaciones de plata es más fino, más esmerado, siempre geométrico, pero en acorde y simultánea composición dipyloniana, y no se reduce al adorno de la parte que se empuña, sino que se extiende á la gran novedad de proseguirle las dos volutas que consolidan el enlace de la hoja con el puño; la espada es mucho más larga, con el curioso detalle de ensanchar casi al centro, como ocurría con las espadas de la edad del bronce y con las de hierro, que siguiendo la tradición, constituyen la primera época de ese último metal, á las que se parece ésta que describo, como semejante es el arte de la ornamentación de algunas primitivas de Hallstatt de aquel período, con el que es sincrónico el de Dipylon, sin que yo crea que á esos corresponda mi espada de Arcóbriga; pero anoto ciertas coincidencias que explanaré en más amplio estudio.

Apunta M. Déchelette que las espadas de antenas en Iberia son

inferiores en decoración y riqueza á las de aquel tipo en Italia, Alemania del Sur y aun las Galias; pero sin que hubiera conocido las que dejo descritas y algunas más que logré posteriormente á la visita con que á varias de mis excavaciones y museos me favoreció aquel gran sabio, mi buen amigo.

En Hundersnigen se halló una espada de antenas ensanchando la hoja á sus medios.

Y debo añadir que la mía difiere de las más antiguas de Francia,

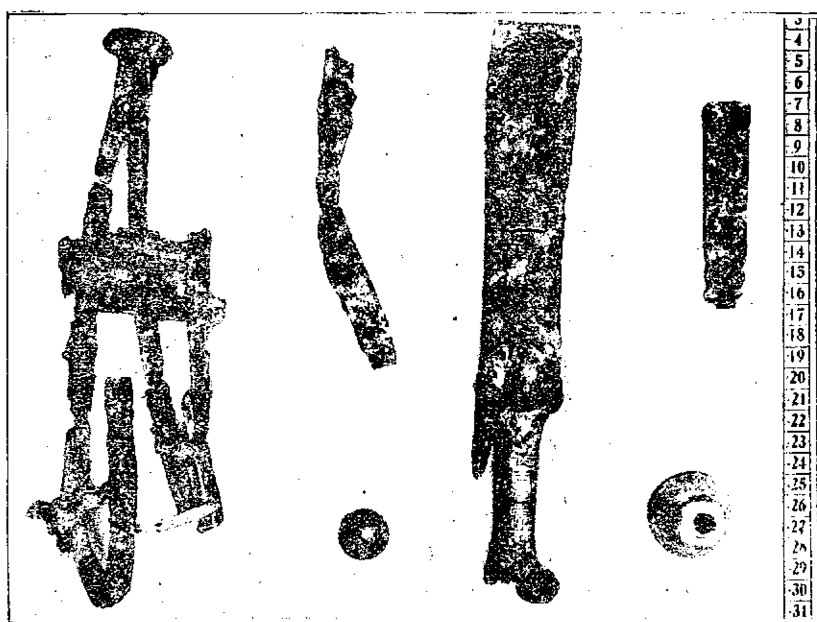
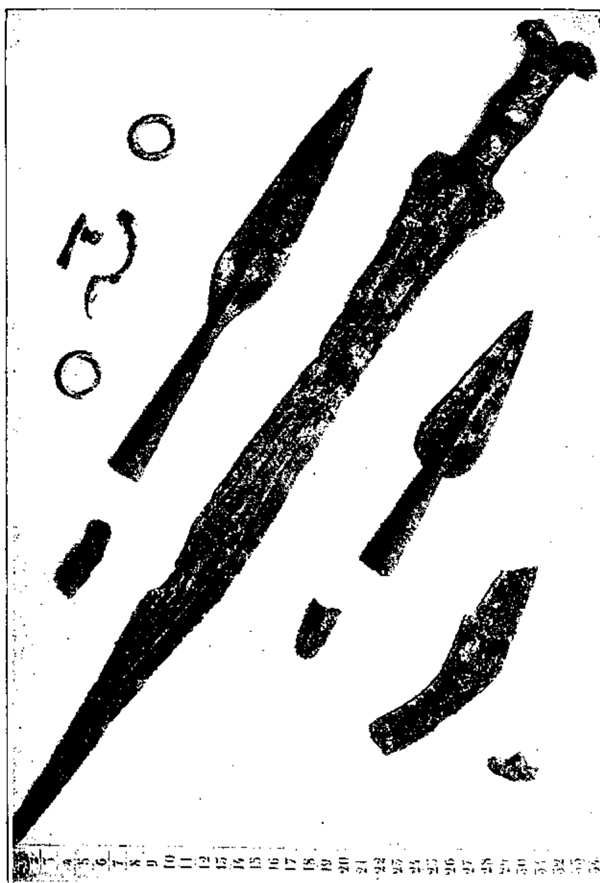


FIG. 12.—Sepultura de un guerrero celtíbero, en la necrópolis de Atance (Guadalajara.)

que parece lo son las celtas de Borgoña y Lorena y Berry, según M. Déchelette.

Y dando en proyección la sepultura de Arcóbriga (lám. IV, núm. 1), la determino con el dibujo exacto del detalle del puño (lám IV, núm. 2).

Y dedicando dos palabras á otra de mis necrópolis de Alpanseque presentaré como ejemplo hermoso, de una espada de antenas, por su conservación, notable por la anchura de la hoja, en la que se detallan los agallonados longitudinales en relieve de su parte central; curiosa por conservar la vaina las tres anillas, que me parece acusan la forma de lle-



Núm. 1



Núm. 2

Núm. 1: Sepultura de un jefe celtíbero de la necrópolis de Arcobriga (Zaragoza).—Núm. 2: Detalle del nielado de plata en la empuñadura de la espada de esta lámina.

varla suspendida, cruzada por bajo de la cintura, según dije ya, y cuya costumbre se prosiguió con las falcatas, comprobándose, por artístico ejemplar, en la tan desgraciadamente mutilada estatua descubierta en Elche, y que publicaron MM. Engel y Pierre Paris (lám. V, núm. 1).

Los Iberos, pues, llevaban la espada según acabamos de decir, ó suspendida al lado izquierdo, lo opuesto á los Galos y á los Romanos, que la colgaban del derecho.

Entre las singularidades que hallé en mis espadas de antenas, es indispensable consignar una rarísima de Aguilar de Anguita, por la disposición de su empuñadura, compuesta de dos placas de acero que, estrechándose junto á las antenas y la guarda, van ensanchando hasta el centro, donde forman un ángulo muy obtuso, y otra tercera planchita, exactamente igual, se forjó con la espiga de la hoja; trabajo notable que testimonia la celebridad espadaril de aquella región bilbilitana; evita más explicaciones la fotografía que acompaño (lám. V, número 2); se ve en ella estar doblada el arma, lo que es frecuente en pueblos antiguos, y así en la Celtiberia, pero frecuentísimo en las épocas de la Téne, no así en Suiza á la Téne I, pero sí á la II y III, como en las Galias. Yo creo que doblaban las armas en homenaje al difunto, como declarando que sólo él pudo honrarlas y á ningún otro le ha de ser permitido esgrimirlas; así aquel justísimo y auto-decreto del *Quijote* sobre sus armas: *Nadie las muevá*...

Según M. Salomon Reinach, el plegar, deslucir y romper los objetos de uso del muerto, fué por superstición de creerlos *tabous*, resultando peligrosos ó maléficos.

La notable espada en que nos ocupamos, inclínome á clasificarla como un extremo cronológico descendente de la de antenas, para llegar á constituir la espada recta, de la que, extendiendo mucho todo el arma, llegase á la gran transformación que representa la Téne. Para aseveración de aquella sospecha presento una que descubrí en mi notable necrópolis de Alpanseque (Guadalajara) (lám. V, núm. 3); espada que tengo por única á causa de su empuñadura; debió formarse con dos planchuelas de bronce ó hueso, que se afianzaban por una varilla de hierro, de una sola pieza con el pomo, de forma inédita, y entre las dos sospechadas planchuelas se ve la espiga de la hoja, guardando la misma forma de la espada de antenas, descrita anteriormente, y que si la encontré en la Necrópolis de Aguilar de Anguita, en la misma hube des-

cubierto las otras dos que se representan en ambos extremos de la lám. V, núm. 2 (1 2). Nótase en la número 1 ser la hoja bastante más ancha que las de antenas, pero, como éstas, fuertemente gallonadas, y el pomo, aunque roto, se advierte pronunciar la forma angular al medio de la espiga de la hoja, lo que viene á asociarse con la espada anterior del núm. 3 de la lám. V, que también tiene la hoja más ancha que las de antenas, con la que, por su arte y construcción, se ve tan emparentada.

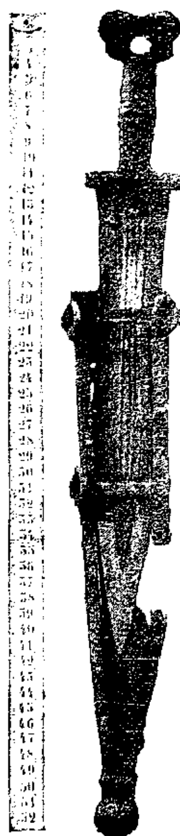
Y prosiguiendo la evolución de tal arma, fijémonos en la núme-



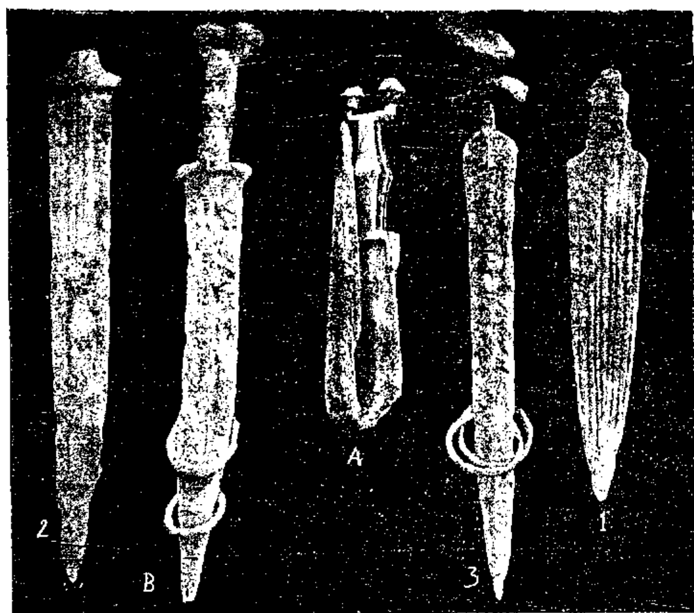
FIG. 13.—Espada de antenas con iniciación hacia la Téne. Necrópolis de Atance.

ro 2 de la lám. V, y notaremos que, conservando el aire de familia, se pronuncia á la espada recta; es más ancha que la de antenas y más larga, pues mide 0,52, y aquéllas varían entre 0,32 á 0,49; pero la doblada, que indico como tal vez iniciar la evolución, también se diferencia por la largura, que llega á los 0,49.

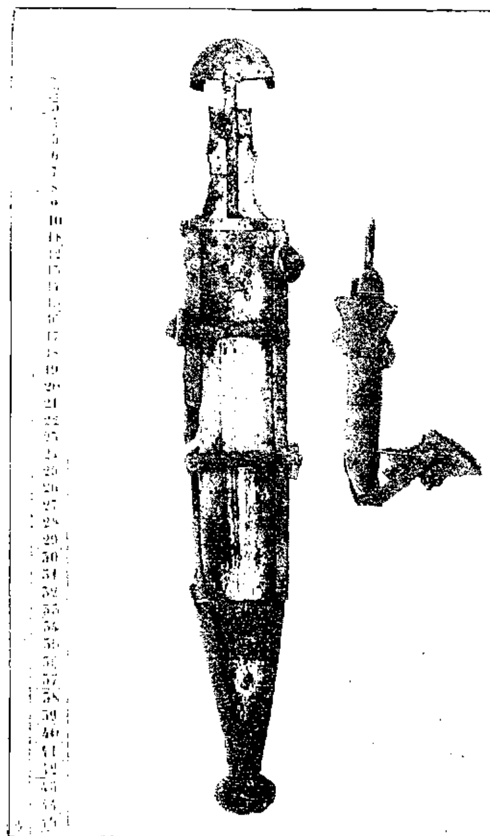
En el arma núm. 2 se descubre otra novedad que la encamina algo á la transición, notándose ser recta la base de la empuñadura al encajar en los hombros de la hoja; pero aún prosigue más cerca de las de Hallstatt, que tal vez motivara un Hallstatt III.



Núm. 1



Núm. 2



Núm. 3

Núms. 1 y 3: Espadas de la necrópolis celtibérica de Alpanseque, y rarísimo puñal.—Núm. 2: Tipos de espadas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita.

Esta última espada me induce á sospechar si fué tipo de la celebérrima celtibérica que hizo transformar su armamento á los romanos, cambiando la suya por el *gladius hispalensis*, según Polibio VI-23, y Floro II, 7, 9, y sostengo que Suidas, en el fragmento de Polibio, afirma terminantemente que los romanos (μετέλαβον) *cambiaron* su espada por la celtíbera, que era mucho mejor; insisto en esta afirmación, porque hoy empieza algún arqueólogo á negarnos ese gran mérito y adelanto metalúrgico, que ya Aníbal había consagrado.

Intentando exponer variedades en las espadas celtibéricas que expliquen ó indiquen, según mi modesta opinión, las transformaciones

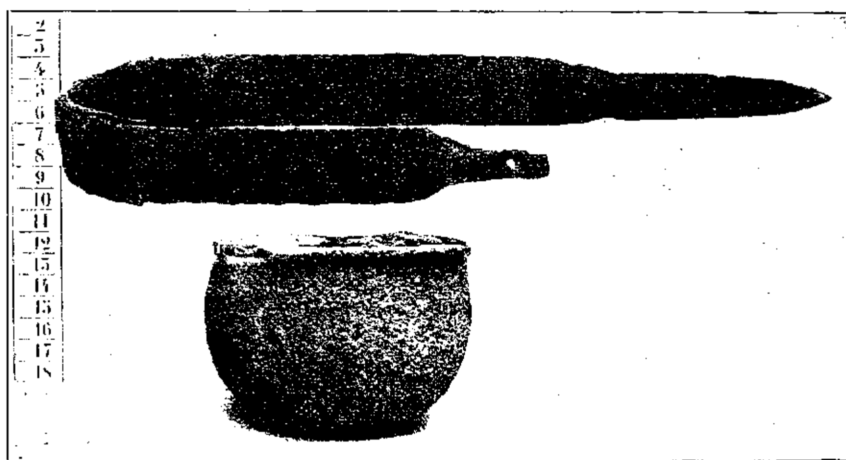


FIG. 14.—Espada iniciadora de la Téne. Necrópolis de Atance.

sucesivas para, desde la espada de antenas, ir á la de la Téne, sin dar ese enorme salto sobre un extenso vacío que mucho las separa, según parece desprenderse de varios autores y del aspecto, forma y medidas de esas dos clases de armas, seguiré presentando ejemplares que aspiren á explicar mi hipótesis, ya intentada por las figuras núms. 1 y 2 de la lámina V, añadiendo otras tres sepulturas de mi importantísima necrópolis en Atance, de la que obtuve espadas de antenas del tipo determinativo, y varias de ellas, ya descritas, con los nielados de plata en las empuñaduras; habíamos llegado al núm. 2 de la lámina V, y de él pasaremos á la espada de la sepultura (fig. 13), examinando cómo la hoja se estrecha y se alarga, conservando el gallonado ó pronun-

ciados nervios característicos de la época Hasllstatt II; la cruz de la empuñadura es también recta, y desde aquella parte una varillita de hierro á cada lado, hasta el pie de las antenas, como iniciando la unión al pomo que vimos en la figura núm. 3 de la lámina V, y ofrece además la gran semejanza de ser la espiga de la hoja también ancha, plana y ensanchando al centro de la empuñadura, en la que existe la estimable novedad de que tres anillas planas, distanciadas entre sí, aseguran y adornan el puño.

De esta espada de transición entiendo se pase á la de la sepultura (fig. 14), en la que se alarga el arma, conserva la espiga de la hoja plana y ancha, aunque esto último algo menos, y por seguir con la tradición de los nervios en la hoja, los reduce á uno sólo, de tal anchura y robustez, que especializa á esta arma, de la que con un paso más llegamos á la sepultura (figura 15), donde la hoja, mucho más estrecha y sin nervios, ensancha un poco en el centro de su largura, por reminiscencia de las espadas largas de an tenas encontradas en Arcóbriga, por lo que se asemeja á la Téne I sin llegar á sus caracteres, como es uno, tan determinativo, los perfiles de la hoja rectos y sin ensanche alguno; y aún tienen todas estas tres últimas espadas un detalle que las acerca á la Téne en Iberia, y es hallarse dobladas, pues son rarísimas las de antenas que no encontré derechas en sus sepulturas, y, por el contrario, cuanto más características son de la Téne, más plegadas las descubro, llegando al extremo de recoger de Arcóbriga (Zaragoza) algunas hechas casi un ovillo, por redoblarlas hasta en cuatro vueltas, y caso raro, al menos en mis excavaciones en esa última citada necrópolis, encontré una espada metida en la vaina de planchas de hierro plegada en tres dobleces.

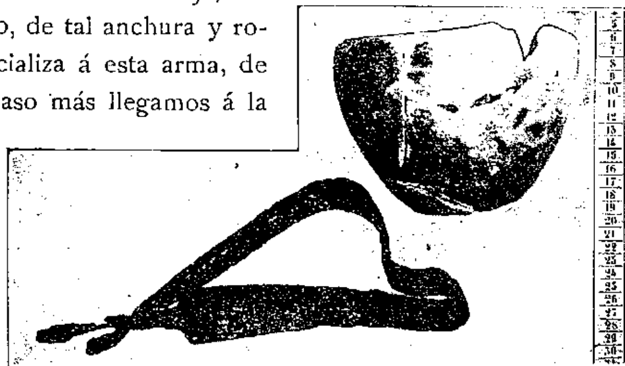


FIG. 15.—Espada originadora de la Téne, en la necrópolis celtibérica de Atance.

Las sepulturas de Atance son frecuentemente escasas de objetos,

según se demuestra por las tres reproducidas y las urnas cinerarias de tipos ibéricos, estampilladas unas y otras, pintadas con líneas circulares sobre barro amarillento, siendo algunas de negro pulimentado.

Las espadas con cuchillos.

Pues que las espadas de antenas son raras, me animo á molestaros extendiendo esta presentación á aquéllas que, por ofrecernos singularidades, resultan rarísimas y, por consiguiente, dignas de la tan docta inteligencia de cuantos me favorecéis con vuestra amable atención.



N.º 1. N.º 2.

Fig. 16.—N.º 1. Espada de antenas, con la particularidad de tener un cuchillo adosado en la vaina. Necrópolis de Higes. Del siglo V a. de J. C.—N.º 2. Espada de antenas, que tiene un puente en la parte alta de la vaina, para dejar hueco á otra del puñal: necrópolis de Arcóbriga.

Quédanme varias, pero al menos voy á presentaros una que expuse en el gran Congreso internacional de Antropología y Arqueología prehistóricas, celebrado en Ginebra el mes de Septiembre de 1912 (fig. 16, n.º 1). Proviene de mi necrópolis de Higes (Guadalajara).

Es una espada de antenas, que tiene en la vaina empalmado un cuchillo independiente y que, al presentarle en aquella solemne reunión de sabios, quise, por la circunstancia de esas dos armas reunidas, explicar un pasaje confuso de la inmortal *Iliada*, cuando el insuperable Homero, en su canto XIX (T) 252 y versos siguientes, templa su heroica lira para dulces armonías de paz y entona un himno á la que se con-

cierta entre Aquiles y Agamenón al desagraviar éste al heraclizado hijo de Peleo, y para consagrar solemnemente esta concordia, dice que Agamenón, sacando el cuchillo que llevaba prominente en el medio de la vaina de su espada, da muerte á un jabalí, ofrendándole á Zeus y al Sol.

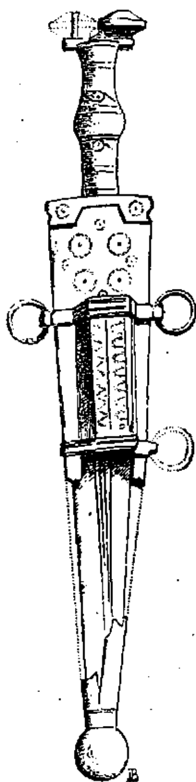


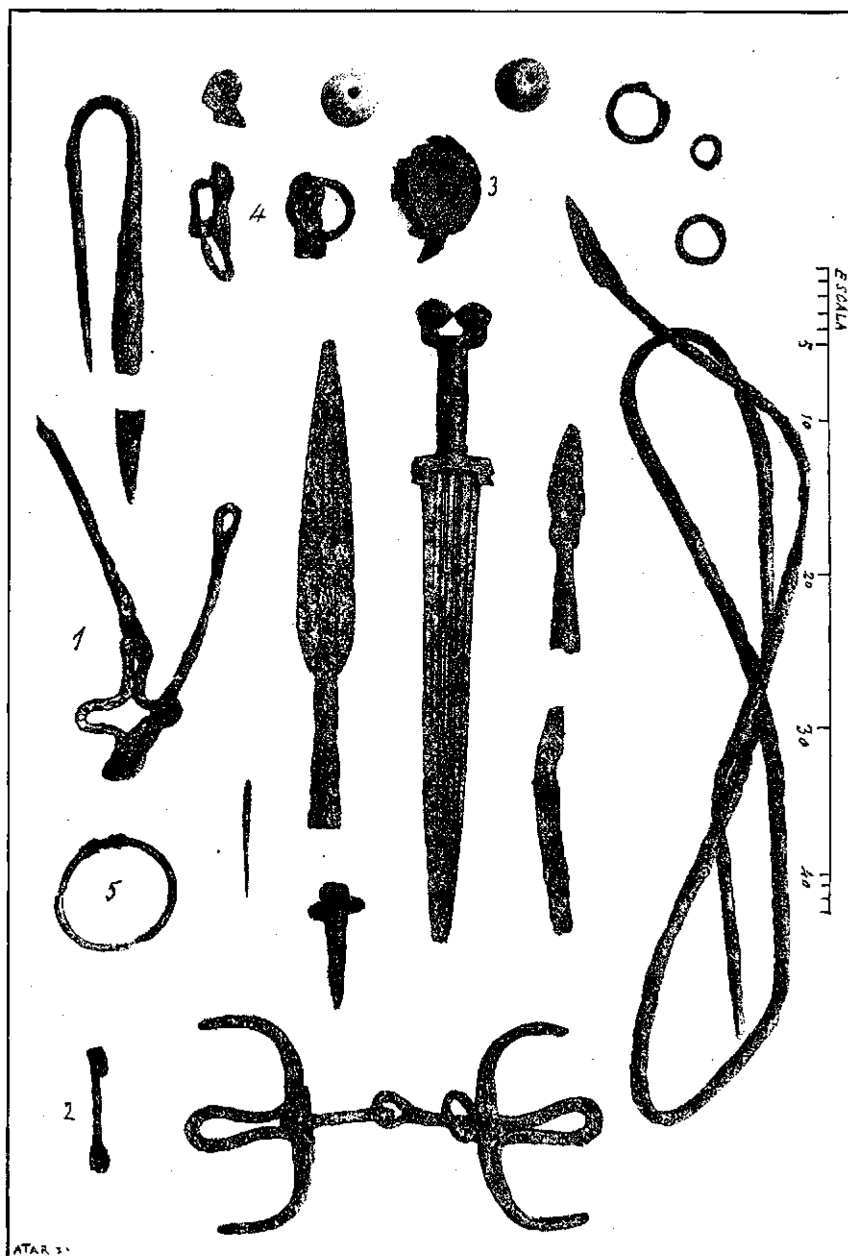
Fig. 17.—Espada de antenas, muy curiosa, teniendo en la vaina otra de bronce para el puñal. Necrópolis celtibérica de Illora (Granada).

Yo fuí el primero que, fijándome en el detalle del cuchillo, conjunto con la espada, intenté dar la transcrita explicación del pasaje de la *Iliada*, que, por pertenecer á ésta, perla es incrustada en aquella diadema de la inspiración y la sabiduría que el genio de Homero fijó sobre la cabeza de Atenea la Tritogénita.

Al lado de la espada que tiene el cuchillo hay otra de antenas que reune un detalle explicativo de la misma composición por ambas armas, y es que la varillita de unión superior para los rebordes de hierro que constituían la vaina, se realza como centímetro y medio sobre el plano de la hoja para dejar espacio á colocarse el cuchillo; cuyo determinativo detalle le hube encontrado en varias espadas de diferentes necrópolis celtibéricas; el número 2 de la figura 16 representa una de las espadas de antenas, de la necrópolis de Arcóbriga, con el indicado detalle; y por gran curiosidad, por ser nuevo y ofrecer un envaine distinto para cuchillo, presento una magnífica espada de antenas del mejor tipo y la mejor época, con el comienzo en bronce de la supletoria vaina del cuchillo colocada sobre la de la espada; este ejemplar, que tan apreciado tengo en mi museo, encontrado fué en una necrópolis ibérica en Illora (Granada) (fig. 17).

Quédame aún no poco que decir sobre las espadas ibéricas, pero temo que la monotonía del asunto y mi falta de condiciones para amenizar los relatos, hagan á muchos que, en vez de mirar á tanta y tanta proyección, miren sus relojes, más que por sumar el tiempo pasado con avidez de inducir por aquél lo que falta para el minuto del terminar.

La rareza de las espadas de antenas se comprueba por el notable



Necrópolis de Aguilar de Anguita. Sepultura de un jefe celtíbero con mobiliario análogo al de la lámina VII.

Núm. 1: Serretón para domar los caballos.—Núm. 2: Gancho que iniciaría la cadenilla de barbada, inédita en Iberia.—Núm. 3: Umbo del escudo.—Núm. 4: Dos piezas que sirvieron como enganches para la correa del embrace ó suspensión del escudo.—Núm. 5: Anillo de fíbula hispánica.

Apéndice al tomo II del admirable *Manuel d'Archéologie Préhistorique et Celtique*, del antes citado M. Déchelette; en aquél inventaría todas las halladas en Francia y apenas pasan de 30, y yo sólo en Aguilar obtuve 34.

Verdaderamente excepcional es esta necrópolis por su esplendidez y el número extraordinario de objetos que componen varias de sus muchísimas sepulturas; para superior idea voy á presentar las dos más ricas, que entiendo debieron haber pertenecido á unos Régulos de aquel país celtíbero (lámina VI).

Como se ve, compónese de hermosa espada de antenas, en tal estado de conservación, que se realzan las muchas nervaturas que corren á lo largo de la hoja; tres lanzas y dos regatones de ellas; gran arma arrojadiza, el soliferrum de Tito Livio; gran bocado de caballo, y con el núm. 1 se señala un serretón de doma, pieza inédita, así como el número 2, que debe ser una barrita iniciadora de la cadena de barbada, el núm. 3 es el *umbo* ó centro del escudo, y las dos piezas, con el número 4, las destinadas á pasar la correa del embrace de aquél; se completa la sepultura con el núm. 5, que es el anillo de la fíbula ibérica; otras tres que pertenecían al bocado, y las dos míticas fusayolas ó husillos; éstas de barro, todo lo demás en hierro.

Pero la mejor, la más espléndida sepultura que yo he conseguido en mis excavaciones, y cuéntese que pasan de quince las necrópolis que llevo exploradas, esa tumba extraordinaria y que presento, lleva con números sobre la fotografía su determinación por objetos (lámina VII).

Designo á esta sepultura con el nombre de Déchelette, porque la recogí y la desempaquetamos y expusimos M. y Mme. Déchelette, con mi hija política la marquesa de Villa-Huerta y los señores Dr. Liñan Heredia y D. Juan Cabré, cuando el docto y distinguidísimo matrimonio francés vino á examinar mis excavaciones, de cuya visita guardo tan inolvidable recuerdo.

He aquí la relación de los objetos encontrados en dicha sepultura y que se pueden reconocer examinando la lámina VII:

Núms. 1 y 2, espada de antenas y restos de la vaina; 3, gran dardo arrojadizo *olosideros*; 4, las dos lanzas con los dos regatones; 5, pieza de hierro para asegurar la lanza al regatón ó contera; 6, dos cuchillos; 7, fíbula hispánica; 8, fuerte y arcaico bocado de caballo, de gran castigo; 9, placas redondas en bronce para adornar ambas riendas de la brida, recordando las que se ven en la curiosísima y tan

importante vaina de bronce de una espada que se encontró en la necrópolis de Hallstatt; según Lindenschmit Altertümer, IV, pl. 32, en ella se figuran cuatro jinetes sobre caballos con bridas, luciendo adornos iguales; 10, pieza de bronce que hallé repetidas veces y que ignoro su empleo, todas resultan de corte diagonal en su base; 11, filete de caballo; 12, pieza rarísima que debió iniciar la cadenilla de barbada; 13, fragmento de un bocado; 14 y 15, piezas que pudieron servir para el equipo del caballo; 16, trozos de los redoblones del escudo, con las anillas para el embrace; 17, las dos fusayolas ó husillos de barro cocido. Todas las piezas son de hierro, con excepción de los números 7, 9 y 10, que ya dije ser de bronce.

Aún más se singulariza esta magnífica sepultura al encontrar en ella un casco de bronce, repujado en plancha muy delgada, siendo de sentir el mal estado en que se descubrió, sin duda por el destructor casi ritual de los iberos, que hacían colocar todos los objetos del difunto, después de la incineración, bajo el fuerte peso de una tosca piedra; el casco mide 0,21 cm. de alto por 0,23 cm. de ancho, desde el borde de la carrillera hasta el empalme central que le divide en dos mitades; es completamente diferente de los figurados en las monedas ibéricas, aunque ya dije que éstas son mucho más modernas que mis necrópolis.

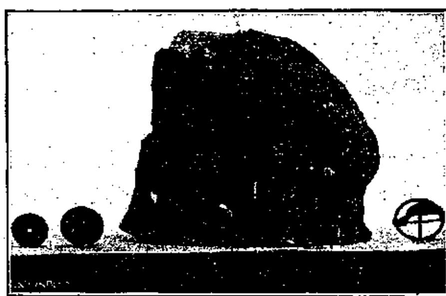
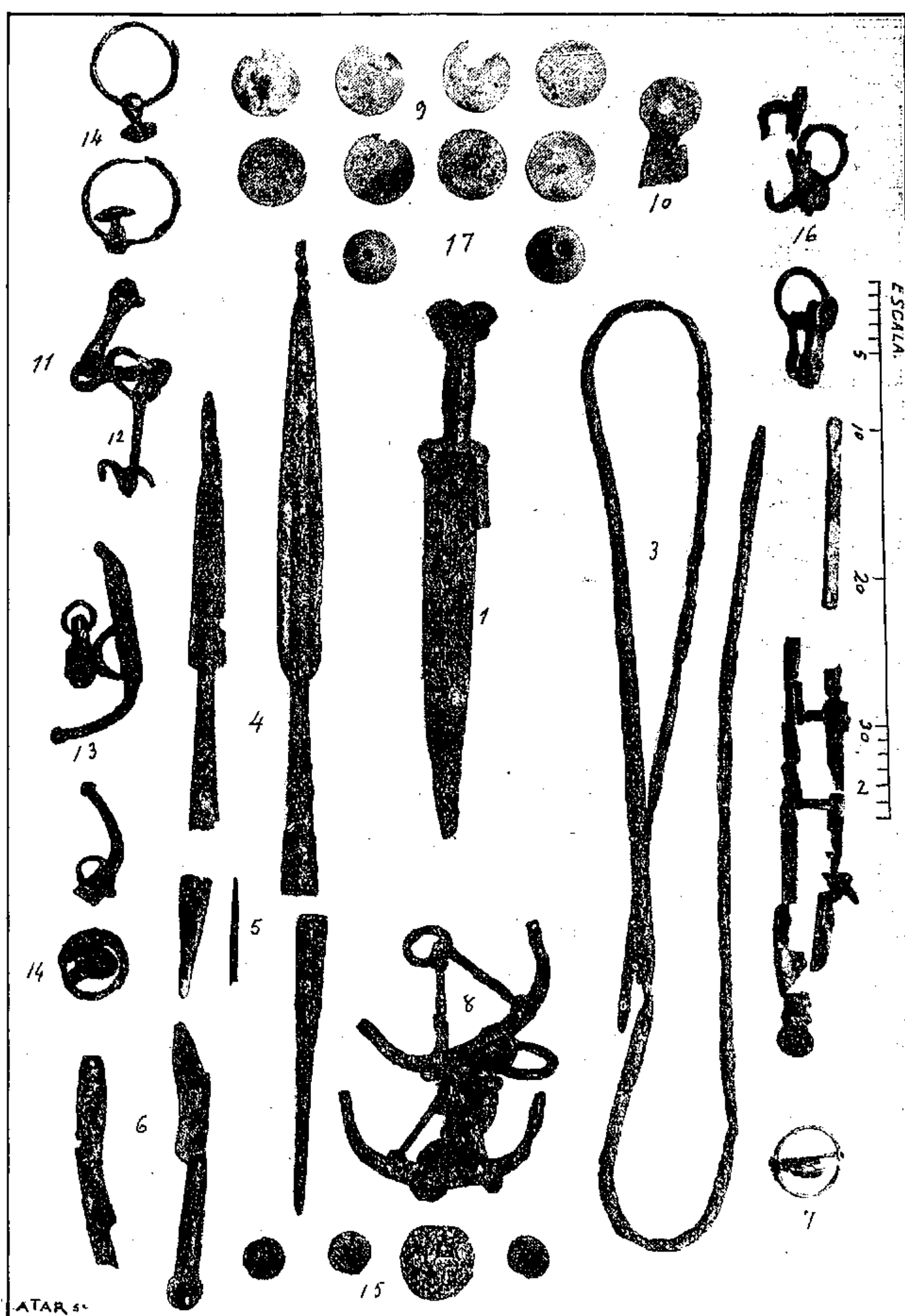


FIG. 18.—Casco celtíbero hallado en la sepultura representada en la lámina VII.

Sospecho que este casco se asemejará á los corintios, que otros llaman beocios (fig. 18).

Los discos.

Avalorando de una manera extraordinaria á esta sepultura, que por su riqueza no pudo por menos de ser la de un jefe de aquellos reinecillos que federativamente constituían grandes demarcaciones de la Celtiberia, encontré el interesantísimo aparato de discos de bronce repujado, según la lámina VIII; serviría esta ornamentación espléndida para



Aguilar de Anguita: Sepultura de un régulo celtíbero.

que un disco, con los más pequeños, que penden de cadenitas, adornasen el pecho y los otros la espalda, unido el de delante con el dorsal por unas especies de hombreras; los discos grandes miden de diámetro 0,18, los pequeños 0,07, las hombreras 0,10 y los colgantes oblongos 0,09.

Por ser tan semejante, incluye otro la lámina VIII, con el núm. 2; uno más encontré casi en la misma conservación; son una novedad arqueológica que no tiene otro recuerdo, sino por los discos hallados en la célebre necrópolis de la antigua Aufidena, en el territorio osco-samnita que describió Mariani, y aunque se destinaran á otro uso entre discos excepcionales de superior ornamentación, debo recordar el notable del *tumulus* de Klein-Glein, en la Styria, mas todos difiriendo mucho de los míos.

Sospecho que esta espléndida ornamentación en bronce, que en tal época apareciera de oro, pudo ostentarse por un gran jefe, que á la vez era Pontífice, según detalla Costa, Reyes y Pontífices de los dioses Magnon (Sol-Hércules) ó Neton (Sol-Marte). El trabajo de estos discos suele ser repujado; pero encontré en otra sepultura uno singularmente importante, pieza única por su ornamentación y riqueza, pues sobre el disco de bronce luce muy valiosas aplicaciones de ligerísimas planchuelas de plata, que parecen representar espadas de antenas alternando con especies de tiaras, que emblematizasen el poder real y el religioso; y este disco es el único objeto que en Aguilar de Anguita hallé con plata, metal rarísimo en las necrópolis ibéricas que he explorado, como jamás descubrióse en ellas la más insignificante partícula de oro ni muestra de coral.

Las planchitas de plata sobre el disco de bronce debieron aplicarlas por presión ó también con alguna resina, que así en la necrópolis de Arcóbriga hallé piezas de bronce con una especie de clavitos pegados por medio de un unto, que aún les conserva sin desprenderse.

Las lanzas.

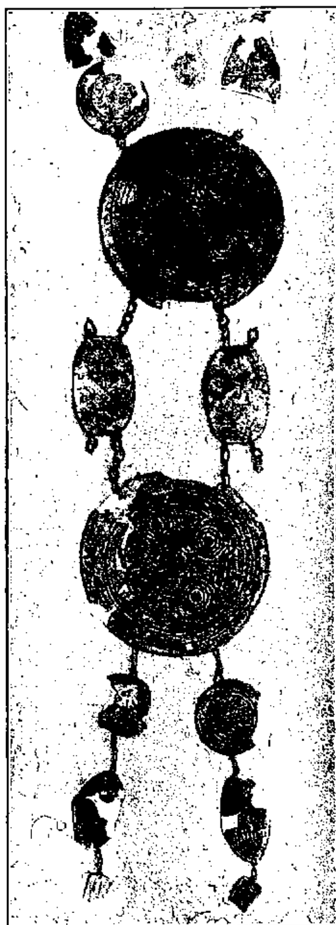
Vimos que en las sepulturas descritas ocupan el lugar muy importante que les corresponden las lanzas, por ser el arma general y preferida de los iberos, según lo demuestran las monedas autónomas, ya que casi están monopolizados sus reversos por celtíberos que, lan-

za en ristre y magistralmente montados en sus caballos, parece que al galope buscan al enemigo.

Según Strabón, el celtíbero solía usar dos lanzas de tamaño diferente en la guerra, y les era costumbre montar dos combatientes en cada caballo, para en la batalla guerrear, uno á pie, con la pequeña lanza de los *velites*, y el otro con la mayor de los *equites:* estas prácticas las hallé comprobadas en mis excavaciones en las necrópolis, pues muchas son las sepulturas que me dieron dos lanzas y siempre de tamaños desiguales, circunstancia que no concurrió en otros pueblos antiguos, pues no es raro ver en libros y Museos representaciones griegas con guerreros llevando cada uno dos lanzas, pero de continuo del mismo tamaño, lo que también ocurre en las tumbas celtas del Marne. Y tan celtíbera y sobresaliente era esta arma, que Varrón sostiene por origen del nombre lanza el de la villa de las Asturias denominada *Lancia*.

Rarísimo es no encontrar en las sepulturas, al lado de cada lanza, su *cuspis* ó regatón con que la hincaban en el suelo; estas agudas conteras tenían tamaños los más diferentes, pues algunos miden apenas cinco centímetros y llegan otros, aunque pocos, á cerca de medio metro. De lanzas y regatones he descubierto grandísima cantidad, y para idea pueden verse las magníficas sepulturas de las láminas VI y VII; así, con la última, el núm. 5 representa un objeto poco frecuente y cuyo uso no era muy conocido: me refiero á una pequeña pieza de hierro que suele medir de 0,10 á 0,15 de larga, una barrita delgada y con punta á ambos extremos, mas por haber encontrado una hincada dentro de un regatón, se demuestra sirvió para asegurarle al asta de la lanza.

Siguiendo en la descripción de las armas, pudiera hablar de los cuchillos, que muchos fueron los que hallé en las necrópolis y varios son los autores antiguos y modernos que refiérense á la costumbre entre los iberos de usarlos; la forma es casi constantemente afalcatada, acusando la supervivencia de la edad del bronce; son, pues, congéneres con los de Hallstatt, Avezac-Prat y varias otras necrópolis de la primera época del hierro; quedan mostrados algunos en las proyecciones de grandes sepulturas.



Núm. 1



Núm. 2

Ornamentos en bronce repujado de sepulturas de régulos celtíberos hallados en la necrópolis de Aguilar de Anguita.—Del siglo V al IV antes de J. C.

Núm. 1: Pertenece á la sepultura de la lámina VII.—Núm. 2: Encontrado con el mobiliario de la sepultura lámina VI.

Mención especial debo hacer de los escudos, pues descubrí en mis excavaciones algunas novedades que rectifican á Strabón, ya que sostiene no haberse adornado al exterior con cosa alguna los *pelta*, y yo hallé, no frecuentemente, pero sí lo bastante para conocer varios *umbos* ú *omphalos* en las sepulturas ricas, como en la lámina VI; el núm. 3 es una pieza de hierro convexa de unos 0,07 de alto, por 0,09 de diámetro, con adornos calados sencillos; yo, con tales objetos creo haber descubierto el adorno central del escudo, y esta apreciación me parece afirmarse al encontrar con tal objeto otros dos, también de hierro, que cada uno se compone de dos pequeñas placas unidas por dos barritas. La placa superior afecta casi siempre la forma de S y separada de la otra por 0,02, sin duda el espesor del escudo, y de una barrita que se une á la planchuela inferior, cuelga una fuerte anilla á la que se atase la correa que, enganchada también á la del otro objeto, sirviera para el embrace del escudo, correa que, según Strabón, empleaban para tal uso y el de colgarle á la espalda, como se ve en algunas monedas ibéricas y en muchos ex-votos de Castellar de Santisteban y Despeñaperros, sobresaliendo de todos el interesantísimo grupo ecuestre que M. Sandars halló en el último punto y se muestra al jinete ibero llevando colgado á la espalda el escudo, redondo, convexo y fué de sólo dos pies de diámetro, que explica Strabón, cuyo reducido tamaño, tan en contra de los muy grandes que se usaron en casi todos los pueblos de la antigüedad, se aviene perfectamente con las espadas de antenas y falcata que, como armas tan cortas, exigían la lucha cuerpo á cuerpo, y así el escudo pequeño podía parar los golpes y ejercitar una esgrima de gran arrojo, un combate adecuado á los indomables y temerarios celtíberos, nuestros heroicos antepasados: esgrima especialísima que aún sobrevive con la navaja.

Los escudos.

Otra arma singular es el venablo llamado *soliferreum* por Tito-Livio, el *gæsum* d'Hésychius, y el que dice Diodoro Siculo *sauniom*, usada por los lusitanos, que yo entiendo ser los lusones, pues en ese gran territorio de la Celtiberia y en la inmediación de donde creo estuvo su capital, Luzón, fué donde hallé yo 10 en Aguilar de Anguita, y esos curiosos venablos resultaban armas terribles, pues el mismo

Los dardos.

Diodoro afirma que eran tan adiestradamente esgrimidas por los celtíberos que, arrojándoles á gran distancia, acertaban siempre al blanco, hiriendo con tal penetración, que atravesaban el casco, como el escudo y los huesos.

Eran *olosideros*, ó sea todo de hierro y forjado hábilmente, terminaba en forma de pequeñísima lanza, hoja de sauce; su dimensión variaba entre 1,60 y 2 m.; los míos casi quedan en 1,80 m. (láminas VI y VII.) Siempre los hallé retorcidos y algunos en varios pliegues.

Se encontraron, también en Avezac-Prat uno, y en Ger el trozo central con la determinación del espacio destinado al empuñe, pero el más rico y abundante hallazgo de esta arma lo consiguió el señor Maraver en la célebre necrópolis de Almedinilla, pues de allí extrajo muchos, y casi una docena existen en el curioso Museo de Córdoba.

Creo sobrepasan los míos en antigüedad á cuantos dejo citados, por ser de aspecto más primitivo, por estar toscamente forjados y no por impericia de los armeros, ya que mis venablos los hallé en el país más célebre por sus adelantos metalúrgicos en los siglos del v al I antes de J. C., la región bilbilitana; además, los otros acusan evidentes perfeccionamientos, que entiendo por modernizaciones, la ornamentación del asidero, el tener el extremo lanceado con aletas, casos que ocurren en las dos necrópolis pirenaicas y en algunos de Almedinilla y jamás en Aguilar; con añadir que es de Avezac-Prat y varios de los del Museo de Córdoba, aún extreman el adelanto en el trabajo y el vigor en herir, con adicionar, por bajo de la hoja de lancita, unas aletas como de flecha; sin olvidar que el asta férrea en los míos es lisa y en Avezac-Prat exagonal en la parte anterior, y cuadrangular en la posterior, refinamiento en el trabajo, que también se luce en algunos de Almedinilla, acusando todo ello perfección que les moderniza y avance en el tiempo.

El pilum.

Pero los *olosideros* ó el *gaesum* lusones, pudieron dar idea para crear el *pilum* romano, que ya Diodoro lo sospechaba, Atheneo lo afirmó, M. Déchelette lo acepta y M. Salomon Reinach lo trascribe.

Y honor es para un país tan militar como la Iberia haber inventado varias armas, y si lo fué de ésta tan terrible de la infantería romana y característica de los legionarios, que con ella decidieron tantas batallas y aun usándolas como lanzas, efectivo empleo que César las dió en Farsalia.

Pero no sólo del *gaesum* celtíbero pudo nacer el *pilum*, sino que hasta su transformación de arma de una pieza en de tres, á una especie de larga, delgadísima lanza, montada por un trozo de empalme al asta de madera, acaso se originó de algunas larguísimas lanzas que encontré en muchas de mis necrópolis, debiendo empalmarse á ligeras astas de madera para venablos arrojadizos, armas que pertenecen á sepulturas hallstatianas, por consiguiente de los siglos v y IV antes de J. C., por lo que aun dando toda la autoridad que merece el eminente sabio A. J. Reinach en su doctísimo trabajo sobre el origen del *pilum* al fijar éste en el comienzo del siglo III, y ateniéndose á que con esta época concuerda el haberle hecho pintar en el templo de Salus, Fabius Pictor, y á que sólo en el curso de ese siglo encuentra M. Reinach testimonios de fe de haberle usado los ejércitos romanos, queda demostrado para este gran arqueólogo que el *pilum* se introdujo en Roma á continuación de las guerras samnitas, lo que no se opone á mi antes citada suposición, pues sosteniendo M. Déchelette que mi necrópolis de Aguilar de Anguita tiene algunos puntos de contacto, y nada menos que por los explicados discos y dobles adornos espirales con la de Aufidena, en la región osco-samnita, y como si hubo relación ó influencia de un pueblo con el otro, debió de ser en el siglo v antes de J. C., pues á ese ó comienzo del IV corresponde Aguilar, á la cual si influenció Aufidena para los discos, bien pudo ésta impresionarse por los venablos de aquélla, pues que son los que yo desenterré muy semejantes al sospechado *pilum* ¿celta? de Vulci, que data del siglo IV, como á los varios de la pintura en una tumba del Esquilino, según la copia de los indicados frescos de Fabius Pictor, en el templo de Salus, que M. A. J. Reinach publica y fecha del año 304 antes de J. C.

Y aquel pueblo samnita de la antigua Italia que en su género de vida concordaba con el nuestro por pastoril y guerrero, y que también luchó por más de un siglo contra Roma, desarrollando tal valor y fortuna como nosotros, y también como nosotros tantas veces aquel logró llegar hasta humillarla en no pocas, y sobre todo en Caudium, so-

metiendo al ejército romano á pasar por las que originaron Horcas Caudinas, y como en estas famosas guerras les ayudaron alguna vez, entre otros, los celtas; y los samnitas anteriormente, en los siglos v y IV antes de J. C., dieron tropas mercenarias para expediciones guerreras á varios puntos, y entre otros, á la Gran Grecia, y M. Déchelette apunta descubrir en la necrópolis de Aguilar de Anguita una influencia de la Gran Grecia, que entiende pudo llegar al interior de la Celtiberia por intermisión de las colonias griegas, que en la costa originaron Focea y Zacinto; de todo resultar así, bien pudo cualquiera de las circunstancias expuestas proporcionar ocasión á los samnitas de conocer tan poderosa arma y tan especial de los lusones celtíberos, que por sus necrópolis comprueban haberlas poseído y usado desde los siglos v y IV antes de J. C., recordando que todos los autores concuerdan en que el *pilum* no se usó en Roma antes del siglo III antes de J. C.

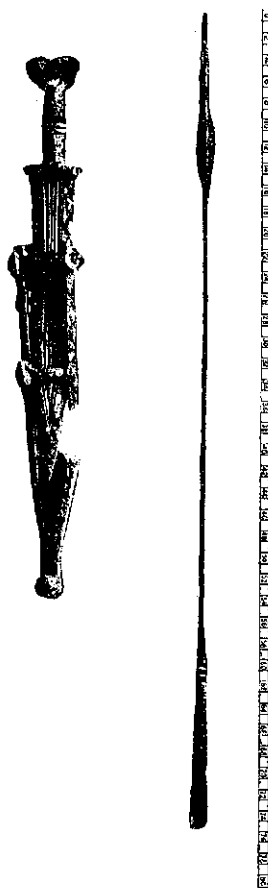


Fig. 19. — Lanza larguísima celtíbera, del IV siglo a. de J. C., que tal vez pudo ser idea para el *pilum* romano. Necrópolis de Alpanseque.

Y como la más antigua descripción de tal arma romana es de Polibio, él nos da sus medidas, que casi coinciden con las del *gaesum* ibérico, pues el hierro fué en su tiempo de 1,35 m., que para aligerarle redujéronle después progresivamente, así que el reconstituído hallado en Numancia ya no pasaba en sus tres partes de la total medida de 1,60 metros.

Una de las más típicas lanzas que encontré para la hipótesis indicada, es la (fig. 19) de mi necrópolis de Alpanseque (Guadalajara), que mide de largo 76 cm., y hallada en una sepultura á un metro de la espada de antenas, que se reproduce á su lado, y en la misma calle de tumbas.

Siento alargar demasiado esta conferencia, con abuso de vuestra bondad, pero son tantas las novedades de las necrópolis ibéricas, y tanto el vuestro y el mío, amores á la patria, que prosigo las proyecciones, pues prosiguen las curiosidades.

Los bocados.

Los celtíberos eran consumados y maestros jinetes, véanse nuestras monedas autónomas que lo atestiguan ejemplarmente, como el monopolizador espíritu guerrero que les anima.

Strabón describe y detalla la maestría y habilidad con que los iberos dominaban el arte de la equitación y lo notablemente que educaban sus caballos para todos los lances de la guerra, subir y bajar las más ásperas montañas, como para las fiestas en que lucían variados ejercicios y el arrodillarse sus corceles, que afirma eran notabilísimos.

Voy, pues, á reproducir algunos de los bocados y filetes con que gobernaban los celtíberos á sus inseparables compañeros los hijos de aquellas yeguas, á las que Plinio decía que engendraba el viento, de tal modo eran veloces y resistentes.

En número considerable hallé los bocados y los filetes, y es de notar la frecuencia con que en las sepulturas se hallan reunidos ambos objetos, lo que me corrobora en la suposición de que los iberos, como hoy día, usaban esos dos mandos al mismo tiempo sobre la boca del caballo; á pensar así me ayudan también las monedas, pues las de varias localidades dejan ver cuatro riendas: lo que, á tan remotas épocas proto-históricas, no se halla en pueblo alguno, y no conozco tampoco otra sepultura en que se encontrasen bocado y una especie de filete, sino en la esplendidez de Sesto-Calende.

Los bocados de Aguilar son variados, de forma y mando, según puede verse en la lámina IX, donde se agrupan en torno de una espada de antenas, para indicar se hallaron en necrópolis de esa época Hallstattiana.

En el grabado se advierte perfectamente cómo va transformándose en forma para llegar á relativa perfección al construirlos con las camas rectas, dando así al mando la gran fuerza de la palanca.

El más antiguo es el de camas curvas, que tan repetido se ve en las esculturas asirias de los Museos Británico y Louvre, y acercándonos hasta los celtas, curvos son los figurados en las interesantísimas páginas de la vida de aquellas gentes, en los historiados sítulos de Watsch y de Kuffarn; pero lo más importante para nosotros es el bo-

cado curvo y cabezada de la interesantísima escultura ibera hallada en Osuna, bocados que no se encuentran sino en Asiria, Etruria y en nuestra patria, que así, en los antes citados Museos, vense en el Británico lucirse en varios episodios del espléndido triunfo de Sardanopolo, y en el del Louvre, por las salas Caldeo-Asiria y en la gran escalera, osténtanse caballos ricamente atalajados; así también en la gran sala de vasos se expone una crátera corintia representando á Hércules en casa de Eurytion, donde el mismo bocado aparece; forma arcaica que se repite en las tres interesantísimas estatuetas ecuestres ibéricas, de bronce, encontradas en Despeñaperros (Jaén) por Mr. Sandars, el docto arqueólogo historiador de las armas de los iberos en su encomiada obra *The Weapons of the Iberians*, 1913.

Otro bocado semejante, en bronce, del Museo de Amiens, describió el sabio explorador M. l'Abbé Breuil.

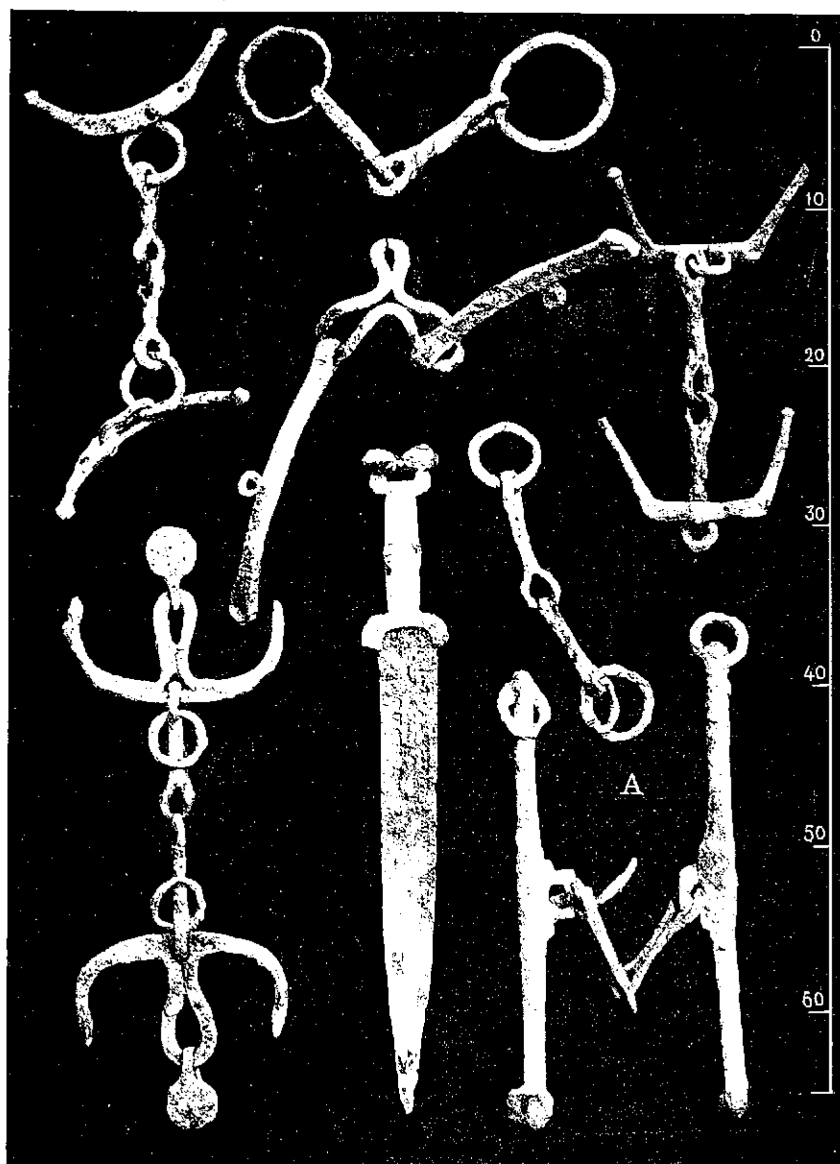
En Aguilar de Anguita encontré un bocado singular para la primera época del hierro, pues que en la de bronce algunos existieron, como el célebre de Benacci, el de Ronzano y Caere, rareza que consiste en que las camas corren sobre la barra de la embocadura; el mío sólo tiene ese movimiento en un lado, detalle que, asociándole á los inéditos cabezones de doma, me sostiene en la idea de que los iberos usáranlos con riendas que se cruzaban por bajo del hocico del caballo, único modo posible de ejercer mando con aquéllos; y el bocado que describo, hecho fué, sin duda, para adaptarlo á diferentes tamaños de las bocas de caballos.

Los frenos de Aguilar de Anguita son más fuertes que los de su época.

De los de camas rectas, tal vez de la última época de Hallstatt, no recogí más que el reproducido en la lámina IX letra A, y tres barras desapareadas.

Aunque esta forma, á mi juicio, resulta más moderna, sin embargo persiste semejante en la Hallstattiana, pues así resulta el de la notable sepultura de Court-Saint-Etienne, Bélgica, que publica M. Déchelette en su admirable *Manual*, bocados que parecen traen su origen de algunos de la edad del bronce, como el núm. 8 de la gran lámina publicada por M. Gavin en su estudio sobre los *Mors de cheval italiques en bronce du X siècle avant l'Ere Chretienne.*

Los bocados de camas curvas ó semi-curvas son de gran antigüedad, y el que se representa en la lámina IX, á la izquierda de la parte



Diferentes tipos de algunos bocados y filetes de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita.

más alta, recuerda el hallado en la Acrópolis de Atenas, que G. Lafaye indica ser anterior al Parthenon.

Los bocados filetes quedan en uso durante la época de la Téne, como los de Somme Bionne, cuyas importantísimas sepulturas tan espléndidamente publicó y reprodujo M. Morel.

Los celtíberos eran guerreros sobre todo, así los objetos de sus sepulturas son sencillos y fuertes; no encontré nada para ornamentación de bridas á que fueron dados otros pueblos antiguos; ni las suyas tuvieron las ricas placas de marfil que elogia Homero, ni nada más contrario á aquéllos que los bocados de oro de los Massagetas del tiempo de Herodoto.

Gran rareza es una pieza del bocado, de que hallé algunos ejemplares en mis necrópolis celtibéricas, y que no conozco otras de su época; son unos ganchos de hierro que, suspendidos al extremo interior de la embocadura, debieron servir de serreta, según señalase en la lámina VI con el núm. 2, y en la VII con el 12.

Los serretones.

Otro elemento de arte hípico de los iberos, y que hallé repetidas veces y en variadas formas, fué el serretón, que tampoco creo se encuentra en pueblos del V y IV siglo antes de J. C.; en la lámina IX se reproduce uno, el que se halla colocado sobre la espada de antenas, y en la lámina VI, otro con el núm. 1; piezas debieron ser para la doma de los caballos, actuando sobre la nariz y cruzadas las riendas por bajo de la cabeza del corcel sin las terribles durezas de los pinchosos y posteriores encontrados en Roma y en Verona.

Las herraduras.

Y llego á un asunto de gran curiosidad y de extraordinario interés arqueológico, como de novedad suma: me refiero al hallazgo en la necrópolis de Aguilar de Anguita de nueve herraduras para clavos que tal vez pertenezcan á la remotísima época de las espadas de antenas halladas allí y que he datado para los comienzos del siglo IV antes de Jesucristo, lo que vendría á transformar por completo la seguridad en que se creyó la Arqueología de no usarse tal modo de proteger el casco del caballo hasta bien entrados en nuestra Era, llegando á afirmar el doctísimo hipiátrico M. Muller, de Grenoble, en el Congreso Ar-

queológico del Havre en 1914, que esa clase de herraduras con clavos no se conocieron en Europa antes del siglo v de Jesucristo, y yo las indico en el v antes de tal Era; es decir, mil años antes en la Celtiberia, á juzgar por mis excavaciones.

Sabido es que ningún autor antiguo hace ni indicación siquiera á las herraduras con clavos, y bien conozco el texto de Columela, que aún en el primer siglo aconsejaba cubrir el casco del caballo con esparto, el que tanto abunda en España.



FIG. 20.—Algunas de las herraduras halladas en la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita.

Bien sabido es que en las extraordinarias excavaciones de Alesia no se halló ninguna herradura de clavos, pero sí, y muchas, hiposandalias, ya de fecha anterior conocidas.

De las nueve herraduras que encontré en Aguilar de Anguita, á profundidades que variaban entre 0,50 y 1 m., con excepción de una á 1,60, reproduzco seis en la figura 20 acompañándolas con una espada de antenas hallada cerca de alguna de aquéllas.

Aun la forma parece contradecir la antigüedad: son de aspecto moderno; faltan á todos los caracteres que se consideraban típicos de las herraduras de clavos más antiguas; las mías, en vez de delgadas, son gruesas, pesadas, no ligeras, grandes, no reducidas, tienen nueve ó diez agujeros en vez de seis, y estos aparecen cuadrados y no rectangulares; las indicaciones de clavos que conservan, inducen á creer no fueren sus cabezas en la característica arcaica forma de clavijas de violín; los bordes son lisos y nunca ondulados, y de estos tipos de detalles se apartan las mías; en cambio, á casi todos ellos se ajustan las poquísimas excepcionales

herraduras con clavos halladas en estos últimos años; así son las notables que descubrió el Conde de Beaupré, una en 1904 dentro de un túmulo hallstatiano en el bosque de la Voivre, y la otra en 1912 en un fondo de habitación, tal vez de La Téne I en Camp d'Affrique, por cima de la aldea de Messin, de consiguiente ambas en Lorena, y las dos descritas y publicadas por el Sr. Conde en 1912, en Le Mans.

No se conocía sino una herradura semejante hallada en Hallstatt, en la Dammwiere, que una Comisión de prehistoriadores de la Academia Imperial de Ciencias de Viena clasificó por estación de la Téne, á lo que se opuso M. Augusto Aigner, ingeniero jefe de las célebres y arqueológicas salinas de Hallstatt, de cuyas conclusiones no disintió el eminente descriptor de tan clasificadora necrópolis, el Dr. Morit Hœrnes.

Primeramente no se admitieron ni ésta ni la de Voivre á la clasificación de la remotísima antigüedad que ahora se tiende á reconocerles después del segundo hallazgo del Sr. Conde de Beaupré y á haber agitado la opinión con el numeroso encuentro mío en una necrópolis tan espléndida y clasificada como la de Aguilar de Anguita, y conste que yo descubrí ya algunas el año 1910 y las restantes en el siguiente, debiendo añadir que además se hallaron varios trozos, tan corroídos por el tiempo y las humedades, que se deshicieron completamente, y aun las nueve que conservo es por mi sumo cuidado de que muy frecuentemente se las bañe (como á todos los objetos de hierro y á no pocos de bronce) con una preparación líquida preservadora.

Han venido á dar más probabilidades á que se conceda á las herraduras con clavos el retraerlas á la época de Hallstatt II una que hallada en 1910 en el covacho Porron des Cuéches, en Nan-sous-Thil (Côte d'Or) por M. Boyard, reunida con cerámica que clasificaron de Hallstattiana los notables profesores Hœrnes y Franchet, quienes añaden la creencia que tal yacimiento corresponde á la transición de Hallstatt á la Téne.

Según M. Mollis, técnico renombrado en Marsella, la herradura bien conservada resulta de hierro acerado y forma primitiva; los agujeros son también rectangulares, pero los clavos coinciden, como las cabezas, en aquella forma, y los bordes externos no son ondulados; mas el aspecto general recuerda á la que M. le Comte de Beaupré descubrió en el bosque de la Voivre, que dejo explicada.

La herradura de Porron de Cuéches estuvo un tanto desatendi-

da hasta que, publicadas las dos lorenesas y la indicación de las mías, atrajo mayor atención sobre aquella que hoy aspira á las clasificaciones Hallstattianas al exponerla MM. Boyard y Barbe en su comunicación impresa en la *Association française pour l'avancement des Sciences, 1914*.

Siento extenderme tanto, pero creo indispensable no suprimir datos, detalles y explicaciones, tratándose de asunto de la importancia y trascendencia que pudiera alcanzar las herraduras con clavos de Aguilar de Anguita.

La absoluta lealtad que ejerzo en mis explicaciones y los minuciosos detalles que busco y presento en mis hallazgos, hácenme declarar las objeciones que se me dirigen, aunque se opongan a cualquier hipótesis que aventuro ó á cualquiera clasificación que expongo; así declaro que el distinguido arqueólogo y notable coleccionista de herraduras é hiposandalias antiguas, M. J. de Saint-Venant, que asistió al gran *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques* el año 1912 en Ginebra, donde expuse una de mis herraduras y la fotografía que inserto aquí, objetó lo que antes dejo indicado sobre diferir de las halladas por M. le Comte Beaupré, y añade que después de consulta con M. G. Joly, jefe de la enseñanza técnica en la Escuela de Caballería de Samur, fué también de su opinión, no creyéndolas de aquella pretendida antigüedad.

Debo, pues, algunas explicaciones que ayuden á fijar la cuestión sobre las herraduras de mi necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita, por si pudieren esclarecer en algún tanto la obscuridad clasificadora.

Una de las principales objeciones es que no tienen los bordes exteriores ondulados, que pasan por característicos de las herraduras más antiguas, como las del Conde de Beaupré, pero tampoco es así la de Porron de Cuéches, y no obsta para concederla antigüedad de entre Hallstatt á La Téne.

Es opinión corriente que la tal ondulación se produjo por impericia de los forjadores al abrir los agujeros en las herraduras, á golpes, sobre el perforador, lo que hacía destender el metal hacia el exterior, torpeza ó falta en que no podían caer los celtíberos de la tierra bilbilitana, tan celebérrima por sus metalurgistas, superiores á todos los de su tiempo, y no les faltaba tampoco inventiva para crear las herradu-

ras cuando eran, no ya necesarias, sino indispensables en un país tan accidentado y pedregoso, con añadir la costumbre de pelear, según Estrabón, de un pueblo casi exclusivamente guerrero, pues el sabio de Amaséa nos explica que sobre cada caballo montaban dos celtíberos, y que en llegando á la batalla, uno apeábase para luchar á pie, y el otro seguía á la jineta; este gran peso sobre el caballo no podría resistirlo éste, y en país, como indiqué, sin garantir y defender el casco.

Si las herraduras hubieran sido onduladas, en alcances del caballo ó al choque de las piedras se descalzarían facilísimamente; así que por necesidad imprescindible de tan guerreadora caballería como por habilidad de aquellos bilbilitanos forjadores tan admirados por los célebres historiógrafos y geógrafos de la antigüedad, si tuvieron arte para inventar armas tan sobresalientes, que las copiasen los de Cartago y Roma, más fácil fuérales ingeniar las herraduras con clavos, pues frecuente les era usar estos hasta para recomponer alhajas, de lo que hallé varios ejemplos en mis necrópolis.

Indican algunas otras objeciones á la antigüedad de mis herraduras, como el ser grande su tamaño y el peso mucho; mas no olvidemos que si Estrabón habla de ser pequeños los caballos de la Iberia, más presentes guardo las afirmaciones de Mela y Plinio, describiendo la cría en la Celtiberia de caballos de ancha frente y largas patas, lo que se comprueba por tantas monedas de las autónomas ibéricas.

No pocas más explicaciones podría dar, pero son ya sobradamente extensas para la limitación total de mi trabajo.

Debo sólo añadir, por muy conducente é importante, que las diez herraduras las encontré en los tres espacios que ocupan las necrópolis celtíberas de Aguilar de Anguita; en el primero, que denomino de la carretera, se descubrieron dos; en Altillo I, otras cinco, y en Altillo II, solas tres. Atiéndase también á que, buscando si continuarían las necrópolis, excavé muchísimo más terreno á sus alrededores, y como descubrí una curiosísima y única salina neolítica en el paraje llamado Navafría, y también una muy importante neolítica necrópolis, con cámara y pasillo de entrada, que diérónme multitud de objetos curiosísimos, sobre esqueletos acuclillados en el lugar que designan por de Portillo de las Cortes, ambos yacimientos en Aguilar de Anguita y en la misma dilatada y feraz vega, distando éstos de la necrópolis cerca de un kilómetro; y en todas esas grandes extensiones excavadas y por terrenos

laborables de muchos siglos, en ningún punto se encontraron herraduras, sino en los dichos tres cementerios; uniendo estos datos á que bastantes restos caballares se descubrían en tantas sepulturas y recordando que costumbre fué de los celtíberos incinerar también el caballo de un notable guerrero en sus funerales, ayudaría á sospechar si las herraduras halladas, aun no queriendo cogerlas los celtíberos para depositarlas en la tumba, tomasen por descuido alguna al recoger los restos y armas del guerrero y al enterrarlas notasen que iba entre ellas una herradura y la tiraran fuera de la tumba, lo que ocasiona el motivo de casi no encontrarse mezcladas con las armas, pero sí al lado ó en la inmediación.

Podrá objetarse que no se explica fácilmente cómo habiendo logrado un adelanto y beneficio tan grande para el uso del caballo, cual resulta de las herraduras con clavos, se abandonó su uso; y pudo ocurrir que los forjadores fuesen habilísimos, pero no así los herradores, y si estos no dominaban su arte, resultaba la herradura contraproducente; ó ya también que prefirieran la hiposandalia, por ser más fácil de calzar con sólo el atado de las correas, que la dificultad veterinaria del herraje; y muchos otros adelantos se olvidaron ó perdieron sin explicación conocida; así en unos pueblos, como los de la Celtiberia, tan continua y singularmente guerreros, me asombra que, habiendo conocido desde la extensa, antiquísima época paleolítica media y por todo el largo período neolítico y aun en los del cobre y bronce, el uso de la flecha, y habiéndome sido fácil reunir numerosa colección de ellas labradas en silex recogidas por las inmediaciones de mi grandiosa necrópolis militar de Aguilar de Anguita, ni en ésta, ni en ninguna de las muchas otras que llevo excavadas, pertenecientes á la primera época del hierro, ni aun en las de La Téne, jamás hube hallado una sola flecha de metal; por lo tanto, los celtíberos, tan guerreros, abandonaron el ventajoso poder herir de lejos para reducirse á las cortísimas espadas de antenas, cuyo tamaño no excedía de medio metro, ni aun las largas de La Téne pasan de unos 0,80 en la Celtiberia.

En resumen, las herraduras encontradas por el M. Comte de Beaupré, las clasifica como Hallstattianas; las descubiertas por M. Ch. Boyar,. de transición á La Téne, y la de Hallstatt, según el Profesor Hoernes, corresponde á La Téne, y las de Aguilar de Anguita quedan sometidas á estudio; pero como una razón más para mi sospecha de su

Hallstatiana antigüedad, debo añadir, al haberlas hallado en necrópolis de tal época, que alguna herradura conserva todos sus clavos, lo que hace imposible se descalzasen en labores de campo.

Nada, pues, afirmo; relato lo que ocurrió y cómo las hube encontrado, pues si tienen gran interés, mucho me alegraría que los sabios arqueólogos, á los que someto el hallazgo, aceptaran por factibles mis suposiciones que aspiran á conceder á esas herraduras la remota antigüedad del IV siglo a. de J. C.

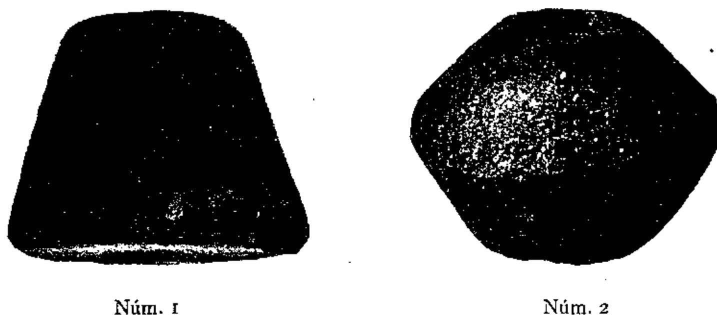
Las Fusayolas ó husos.

Ya que he tratado de presentaros algunas novedades arqueológicas de mis necrópolis celtíberas, entre las que sobresale la de Aguilar de Anguita, pretendientes á explicar y á que determinen varios términos de la historia ibérica, sus costumbres, sus armas, sus joyas, sus útiles y hasta sus modas, terminaré con la aspiración á un descubrimiento importante, si logro hacerle llegar á que diese idea de su religión, de sus supersticiones y de sus emblemas míticos; voy, pues, á hablaros de esos pequeños objetos mal llamados fusayolas, que son prehistóricos husos de hilar, y como en mi obra, en cinco grandes volúmenes, con que gané el premio Martorell el año 1913, hice estudio, hipótesis y explicación de esos misteriosos objetos, y pues aquel mi trabajo se halla inédito, voy á permitirme repetiros algunos de sus párrafos.

«Como yo descubro casi siempre, cual si fuere cumplimiento ritual, una, y más frecuentemente dos, de tales fusayolas dentro de cada urna cineraria, mezcladas con los pequeñísimos restos incinerados del difunto, y teniendo muy presente que tales minúsculos husos, de tierra mal cocida, suelen ser toscos y elaborados sin molde, el uno en forma de cono truncado y el otro casi globular, y estos objetos tan pobres y tan rudos, fabricados en una materia sin valor como la arcilla ordinaria, son los únicos que se encuentran dentro de la urna en contacto con los leves restos del incinerado; y el rico ajuar de armas, ornamentos espléndidos en bronce y demás joyas de aquella remota época, siempre los hallo fuera de las urnas, yo sospecho, encaminándome hacia la evidencia, que esas dos fusayolas tuvieron una representación mística, más y más afirmándome en tal suposición al ver repetirse los mismos

casos en varias otras necrópolis de las exploradas por mí, y especialmente en las de Aguilar de Anguita, Luzaga y Arcóbriga (fig. 21).

Por lo tanto, á esos husos, á esas piezas cerámicas que desde mi idea concédoles tal estima y divinizada representación, debería cambiárseles el ya universal, materializado y casero nombre de fusayolas ó husos, por otro más emblemático, más filosófico y más determinativo, de concederse que representen en las tumbas celtíberas un símbolo de fe, de aspiraciones espirituales y de esperanzas terrenas; algo espiritual de orden superior y tal vez dogmático; beneficioso para el difunto y de consuelo para los que le aman ó le respetan; y esta significación más se determina considerando que siempre las dos fusayolas



Núm. 1 Núm. 2

FIG. 21.—Núm. 1: Fusayola cónica, ¿representación del Sol?—Núm. 2: Fusayola globular, ¿representación de la vuelta á la vida?

resultan de forma diferente, la una cónica, religiosa; la otra ovalada, de aspiración humana; la primera simbolice á su dios, el Sol; la segunda la vuelta á la vida; que los celtíberos adoraban al Sol ya lo expliqué y es hasta vulgarizada noticia, como también la de que casi todos los pueblos proto-históricos no consideraban á la muerte como extinción perpetua en el mundo.

Tal vez se impresionaran al ver cómo el Sol parecía morir en el ocaso todas las tardes, para todas las mañanas renacer sobre el rubisante carro de la Aurora. Y así veían á la luna, á esa su querida diosa Eaco, descender á extinguirse poco á poco, para después de varias noches de sombra funeraria, retornar á nueva vida en la argentada cuna del cuarto creciente.

Ellos meditarían, entrando por el invierno, cómo éste helaba las flores, y arrancando hoja á hoja á las plantas y á los árboles, transfor-

maba sus pabellones de verdura; y las ramas y troncos desguarnecidos trocábanse en rumorosa muchedumbre de esqueletos que, agitados por los vendavales, parecían pregonar la muerte de la naturaleza; pero el tiempo corría y al conjuro mágico de la primavera, enamoraba al Sol, atrayéndole á su nupcial tálamo, la tierra, que para recibir á sus señores extendía tapices de verdura; entregábale el iris sus colores, los céfiros de las montañas sus aromas, y de estos elementos, rodando á los valles en las gotas del rocío, surgían los coros de las flores; las ramas henchíanse de abotonados gérmenes que, bajo los parasoles de las hojas, se iban desarrollando hasta vestir con matices y reflejos la ambrosía de los sazonados frutos; y así la Naturaleza, rasgando el sudario del invierno, tornaba á recorrer la Celtiberia engalanada con el espléndido y regio manto del verano.

Y aquellos iberos veían que los reptiles se enterraban en profundas guaridas á los incipientes hielos, y de esos sepulcros salir más desarrollados y más fieros, en cuanto el estío sembraba de oro los campos.

Y fijáranse los celtíberos en los pájaros emigrantes, á los que juzgarían muertos al desaparecer de sus tierras, y que renacían cuando al volver les sorprendiesen con sus canciones estivales la codorniz y sus laceados vuelos la golondrina.

Esta contemplación de unas vidas que pareciérales morir y renacer, asociándola á la universal aspiración humana en los pueblos primitivos de que la muerte no sea el pavoroso despeñadero por donde el hombre ruede á un fin infinito en la tierra, debió sugerir á aquellos aborígenes sus generalizadas creencias de que la muerte renace á nueva vida, según nos refieren César y Pomponio Mela, Timógenes y Valerio Máximo, Estrabón y Diodoro, que éste en su *Biblioteca Histórica*, lib. V, XXVIII, afirma que tales pueblos creían en la inmortalidad del alma, y que pasados algunos años de morir recomenzaban otra vida encerrada en nuevo cuerpo.

Dadas estas convicciones, nada más natural que buscasen los hombres algunos objetos que emblematizasen sus creencias religiosas personificadas en su Dios, y también sus aspiraciones supramortales; y ningunos otros útiles podían representar al Sol más propiamente que la fusayola, siempre dando vueltas, como al Sol creían; y análogas razones se arguyen para la fusayola turnante con la vida renaciente; que así en la mitología clásica la vida se representó por el hilo que retuerce la

fusayola, y que la extinguían al cortarle las incansables tijeras de las avariciosas Parcas.

Recordémonos de que las dos fusayolas que encuentro metidas en las urnas cinerarias son diferentes de forma: la vuelta á la vida indico

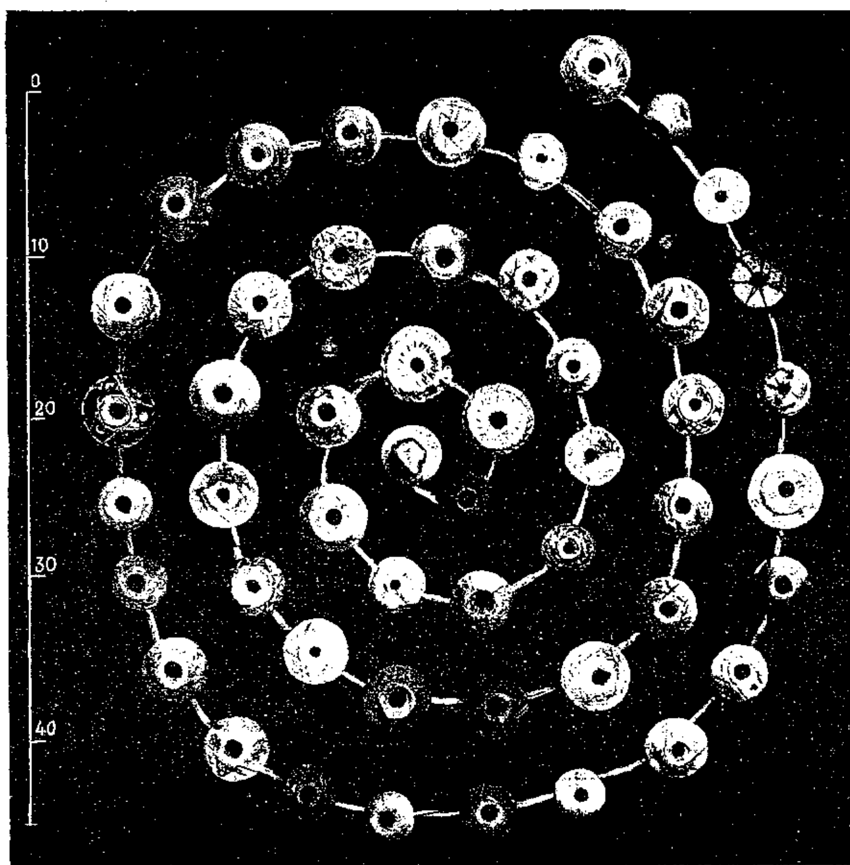


Fig. 22.—Fusayolas encontradas dentro de urnas cinerarias en la necrópolis celtibérica de Luzaga: intentando explicar el desarrollo de la representación solar desde la característica swastica hasta la más simplificada radial.

descubrirla en la casi redonda, tal vez en recuerdo de la bola del escarabajo, regeneradora; y más afírmame en tal suposición, por lo muy significativo que resulta el hallar bastantes veces en las urnas, sustituyendo á la fusayola, una bola de arcilla cocida, que pudiera aparecer á los celtíberos como una supervivencia del escarabeo egipcio.

La otra fusayola de mis sepulturas ya dije que afecta la forma de un cono truncado, un *Elogabalos* de los iberos, el gran Dios de Emesa en Siria, el Sol, y fuera más fácil que tal creencia siro-fenicia á Iberia la hubieran aportado los fenicios que el reformador Varius Avitus Bassiannus á la gran Roma desgrandecida y casi desolimpiada por los caprichos de su fantaseador orientalista Eliogábalo.

Todo lo cual me ha movido á sospechar que la fusayola cónica de los iberos refleja la idea de la piedra cónica de Emesa que representó á *Elogabalos*, el Sol, y más parece comprobarse por la figura 22, que ofrece un conjunto de fusayolas constituído en espiral, comenzando en el centro por una que presenta grabada la swastica, inconcusa representación del Sol, y va aquélla desarrollándose por otras con evidentes radiaciones helioásticas, decreciendo en los detalles hasta concluir por las más estilizadas, que se reducen á radios sencillos.

Á centenares recogí las fusayolas en la necrópolis de Luzaga, y muchas de ellas con adornos incisos variados; y en alguna otra necrópolis se realzaba la ornamentación con incrustaciones sencillas de bronce.

En las extensas excavaciones que realizo en el cerro Villar, de la villa de Monreal de Ariza (Zaragoza), logrando descubrir toda una gran ciudad ibérica que por el Itinerario de Antonino y el del Ravenate, como las puntualizaciones de Tolomeo, paréceme probabilísimo fuera la importante Arcóbriga; allí encontré dos fusayolas, con la extraordinaria singularidad de tener incisas inscripciones en caracteres ibéricos.

Las fíbulas.

En la necrópolis de Aguilar de Anguita, el mayor número de ellas corresponde á la peculiar de los celtíberos, que llaman en arqueología fíbula hispánica, porque sólo en nuestra patria se encuentra; nuevo dato para sostener la gran originalidad de los iberos; se forma por una gran anilla circular, teniendo el muelle en un punto extremo del diámetro, sobre el que se alza el puente en semicírculo perpendicular y la aguja por bajo de éste en diámetro al círculo, como puede verse en el núm. 7 de la lámina VI y otra junto al casco de la figura 18.

Teniendo yo la convicción, por la experiencia de mis hallazgos, que muy frecuentemente descubro objetos con indudables representaciones del culto al Sol, y aunque menos, también á la Luna, que sabido es fueron los dioses principales de la reducidísima teogonía de los ibe-

ros, y tan aferrados al exclusivismo de su religión, que por las excavaciones y los monumentos se comprueba cómo al enfamiliarse con los celtas, aceptaron de éstos varios usos, adornos, tipos de armas y ceremonias, pero no sus dioses, imponiéndoles los suyos; así, por excepción rarísima, se ha encontrado en España alguna imagen de la Epona céltica, lo que también viene á corroborar la absorbente afición en Iberia á los caballos, de los que fué tutelar aquella diosa, tan sabiamente historiada por M. Salomón Reinach; y de la que se encontró en Sigüenza, una inscripción que atestigua la preferente afición hípica de los guerreros de Aguilar de Anguita. No debía insistir por sabido en que la rueda ó la anilla representó en la antigüedad al Sol; y siendo el puente de la fíbula un medio arco de planchuela de hierro que va estrechándose á los extremos, aparece á la vista como la Luna en cualquiera de sus cuartos que no sea el pleno; amalgama de los dos astros soberanos, que tiene varios testimonios, y entre estos los pendientes de oro etruscos hallados en Jegenstof (cantón de Berna), que reproduce M. Déchelette en su célebre *Manuel*, á la segunda parte, con otros dos del mismo metal y arte pertenecientes á Vulci (Etruria), y para mejor apoyo de mi hipótesis dejo para este final el más evidente encontrado en Villaricos (Almería), que describe y representa el sabio arqueólogo M. Siret en su importante obra *Villaricos y Herrerías*.

Nada, pues, más natural que en un solo objeto reunieran los celtíberos sus dioses principales, Neton el Sol y Eaco la Luna, lo que explicaría la gran singularidad de la forma exclusivamente ibérica de la fíbula á que me refiero; amparando esta suposición la cantidad inmensa de minúsculas fíbulas de ese tipo, que no pudieron servir para uso alguno y se hallaron y aún se encuentran en los santuarios ibéricos de Castellar de Santisteban y Despeñaperros (Jaén), por haber sido ofrendados á la divinidad profiláctica de tales cuevas como exvotos.

Muchas son las fíbulas y de variadísimos tipos que descubrí en mis necrópolis, casi todas de bronce, pocas de hierro, siempre muy raras; unas y otras corresponden á diversas épocas, desde las más antiguas de Hallstatt II á algunas muy escasas de La Téne III; así, la de todo arcaica, constituída con dos especies de rizos que se unen en lo alto por un corto puente y al extremo contrario por la aguja, como las de Herrerías y la de Mr. Bonsor en La Cruz del Negro; y las de arco con apéndice vertical, descendiendo por las de representaciones zoomorfas,

entre las que resulta la más generalizada la del caballo y muy raras las que se completan con el jinete; entre las de este tipo, paréceme la más antigua una tan conocida y celebrada del docto Académico Sr. Vives, que hay en el Museo Arqueológico de Madrid; otra muy completa, obtenida por el Sr. Morenas, de la necrópolis ibérica de Gormaz, también propiedad del mismo Museo, y yo tuve la suerte de encontrar otra dentro de una urna cineraria en mi necrópolis de Luzaga; se constituye por un jinete con su caballo, que se adorna con los círculos concéntricos de estilo ibérico; el hocico presenta el rarísimo aditamento que le prolonga y creo fuere un artefacto para ayudar á la defensa del caballero; una cabeza de hombre, con apariencia de cortada, se manifiesta sobre un fingido zócalo unida al pecho del caballo (fig. 23).

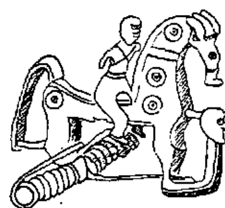


FIG. 23.—Fíbula de bronce de la necrópolis de Luzaga.

Varios arqueólogos trataron de interpretar el sentido de estos objetos raros y de lujo en su época; pero sin dar con solución aceptada, yo expondré modestamente la mía.

Por no pocos historiadores y geógrafos se han citado y aun descrito las grandes fiestas de los celtíberos, entre las que sobresalía la solemne política y religiosa al celebrar el solsticio de verano; siempre afirmando su culto al Sol, pues sin duda escogieron ese día de Junio por ser el de más larga duración de aquél destellando sus fructíferos resplandores sobre la Celtiberia.

En tales fiestas cuenta Estrabón que hacíanse ejercicios de armas, de destreza, de agilidad, luchas y combates á pie y á caballo que degeneraban en retos sangrientos; yo supongo que la fíbula del guerrero con su caballo pudo ser el premio que se concediese al vencedor y la cabeza cortada representase al vencido; costumbre, no por bárbara, menos generalizada, como tan documentadamente expone y detalla M. A. Reinach en su estudio sobre el rito de las cabezas cortadas entre los celtas, y el docto arqueólogo M. W. Deonna resume infinitos y curiosos datos al ocuparse de esta fíbula mía y en apoyo de mi hipótesis en las actas del Congreso Arqueológico de Ginebra en 1912, del que fué sabio y ejemplar secretario.

La célebre fíbula de Benvenuti con sus cuatro caballos conducidos por dos jinetes, debe representar uno de aquellos ejercicios festivales

como de hipódromos y negar la representación de los Dióscoros á estas fíbulas ecuestres, que más concuerdan con nuestras monedas celtibéricas.

Si los sayos eran negros, en cambio los mantos de los iberos se lucían y extrañaban por sus bandas de fuertes colores sobre fondos brillantes, que así, los historiadores de la batalla de Cannas, nos descri-



Fig. 24.—Tipos de fíbulas entre las encontradas en la necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Zaragoza).

ben á los dos célebres capitanes iberos que aún más se lucían por valerosos con sus mesnadas por Aníbal; si una fíbula como en la que me ocupo sujetaba esos mantos y fuere conmemoración de un premio, podría llegar á creerla origen de las faleras romanas y de todas las condecoraciones de las épocas siguientes.

Creo á esas fíbulas zoomorfas de transición entre la primera y segunda edad del hierro y varias de ellas entradas en La Téne I; á ésta deben corresponder las que se representan en la figura 24, asociadas con muchas otras de esa misma época, viéndolas cómo el apéndice del puente se ornamenta y encorva sobre éste, pero también se figuran por excepción unas cuatro, que llegan á La Téne III, por for-

mar un seguido arco el puente y el apéndice, desapareciendo éste que venía originado desde la primera edad del Hierro, tal vez por tipos como los de la Certosa (Bolonia); todas las fíbulas de esta figura provienen de mi necrópolis de Arcóbriga (Zaragoza). Y aunque reuno colección numerosísima y curiosa de variadas fíbulas y en la imposibilidad de dar á conocer en el limitado espacio de un discurso todas las más curiosas, presentaré, ya que hablaba de las zoomorfas, una que considero de las más antiguas, que proviene de mi necrópolis de Valdenovillos (Guadalajara) (fig. 25) representando un elefante con el arcaico adorno de las anillas.

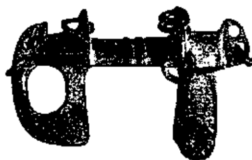


Fig. 25.—Fíbula de la necrópolis de Valdenovillos.

Y concluyo con dos por opuestas y rarísimas ambas: una de las más pequeñas que obtuve, con gran novedad en la organización y singular finura, encontrada en mi necrópolis de Garbajosa (Guadalajara) (fig. 26) recordando algo su ornamentación á las antiquísimas de Hallstatt, Grecia é Italia, que de hallarse esta fíbula en cualquiera de esos países se la consideraría de dos siglos más antigua sobre su ya tan arcaica clasificación.



Fig. 26.—Fíbula de la necrópolis de Garbajosa.

Y otra enorme, con ornamentación ruda, excepcional en su forma y que hallé en mi curiosísima necrópolis de Clares (Guadalajara) (fig, 27), opuesta á la anterior en técnica, arte, pero hermanada en la misma gran antigüedad; de este tipo y tamaño encontré tres ejemplares en diferentes sepulturas de señoras de la misma necrópolis, de la cual retiré varias otras fíbulas de formas y ornamentaciones desconocidas, que no incluyo ni describo aquí por no extender más esta ya larga conferencia.

Broches de cinturón.

Muchos y variados obtuve en mis necrópolis; con ocasión de la brevedad, presentaré solamente algunos que pudieran facilitar su cronología ó su desenvolvimiento. Si fuere el más antiguo ibérico, en la primera edad del hierro, el de Acebuchal (Andalucía), y correspondiese al siglo VI antes de J. C., pudo ser un paso de enlace hacia los de Ampurias, el que conseguí de mi necrópolis celtibérica de Valdenovi-

llos (Guadalajara), pues cierra los arcos de los costados como para dar origen á la especie de ojos ovoides que caracterizan los de Ampurias; el mío es de un sólo gancho, como el de Acebuchal, y también tiene adornos por dobles líneas resaltadas, entre cuyos medios debió existir esmalte, del que se conservan señales, y en el centro de la triangulada extremidad hay un círculo semejante al de Acebuchal y conservando el esmalte (figura 28).

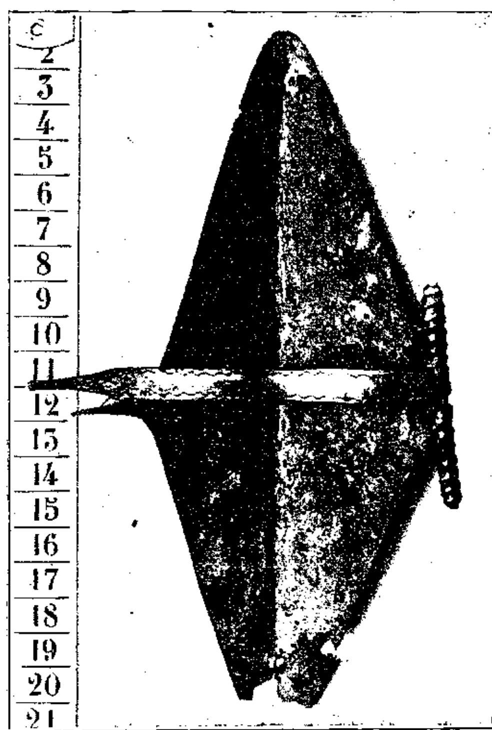


Fig. 27.—Fíbula singular de la necrópolis celtibérica de Clares.

De la misma necrópolis expongo otro más tosco, con ruda ornamentación incisa por punzonadas triangulares salpicadas (fig. 29), que pudo ser origen del anterior; y de aquél dando ya un artístico paso hacia los citados de Ampurias, aunque conservando un solo garfio de enganche, pero ornamentándose arcaicamente á puntos con simples líneas rectas ó serpenteados angulares, resalta el de la fig. 1 en la lám. X de aquella necrópolis de Valdenovillos.

Y del broche último se pasa en adelante á la figura 2 en la lámina X, que representa uno que hallé en mi necrópolis de Higes (Guadalajara), ya muy hermanado con los de Ampurias y más aún al de Olimpia (Grecia), publicado por M. Déchelette en *Opuscula archæologica Oscari Montelio septuagenario dicata.*

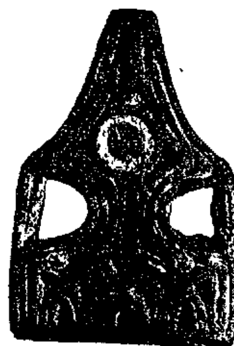
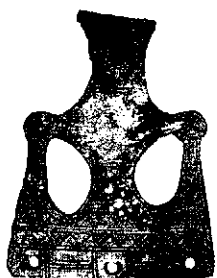
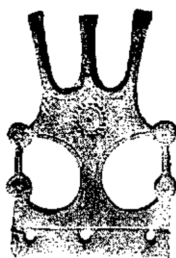


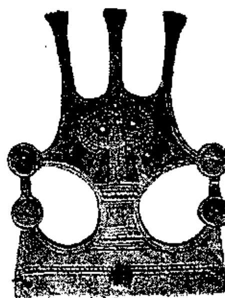
Fig. 28.—Broche de cinturón de la necrópolis de Valdenovillos.



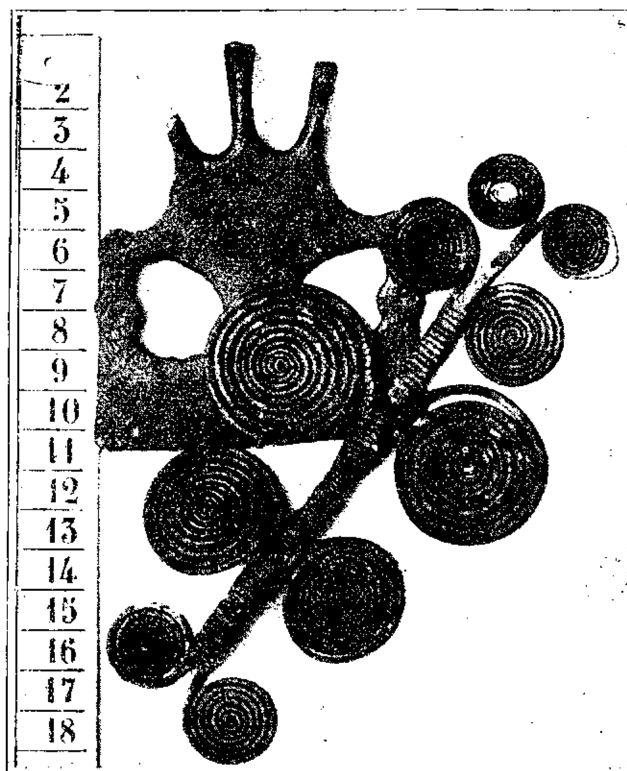
Núm. 1



Núm. 2



Núm. 3



Núm. 4

Broches de la primera Edad del Hierro.

Núms. 1, 2 y 3 de la necrópolis celtibérica de Valdenovillos, evolucionando hacia los números 2, 3 y 4 de la necrópolis, también celtibérica, de Hijes.

De la misma necrópolis, de idénticos tipo y técnica, es el broche de la figura 3 en la lámina X, aunque mucho más rico en la finísima ornamentación celtíbera, que le hace ser uno de los mejores de mi colección; pero el soberano de ésta, el admirable, el que considero como excepción extraordinaria y única, es el que encontré dentro de una urna cineraria en esa citada necrópolis de Higes y que presento en la figura 4 de la lámina X. Corresponde al mismo tipo, aunque más sencillo y más fuerte, tal vez lo primero por ir ya recargadísimo de adorno con el mástil enriquecido por diez espirales que, por parejas de tamaños iguales pero diferentes á las otras, hacían del broche una espléndida alhaja para distinguir y engalanar soberanamente á una singular dama celtibérica.



Fig. 29.—Broche de cinturón Hallstattiano. Necrópolis de Valdenovillos.

Suerte grande tuve en hallar conservada perfectamente la anillita que mantiene sujeta á la espiral mayor que descansa en el pie del broche y su mástil, cuya anillita tiene sus extremos metidos por un agujero de aquél y redoblados por la parte interior.

Magnífico, nuevo y caprichoso sería tal broche como ostentando en la cintura de una gran señora celtíbera ese rico y precioso ramo de entonces fingidas doradas flores.

Sepulturas viriles de Arcóbriga.

Notable es también esta necrópolis celtibérica de Arcóbriga, que después de algunos años de rebuscarla, tuve la suerte de descubrirla al pie de un monte, distante unos 300 m. de la interesantísima ciudad ibérica, que ya dije denomino Arcóbriga, al otro lado de la Cañada Hermosa, en frente del kilómetro 186 de la gran carretera de Madrid á Zaragoza.

La organización de esta necrópolis se ajusta á las reglas y prácticas de las otras; por hallarse á menor profundidad las sepulturas, aparecen los objetos bastante corroídos por las humedades.

Muchas fueron las tumbas curiosas que recogí, y voy á presentar dos que razonen mi atribución de corresponder la necrópolis á la transición de la primera Edad del Hierro á la segunda; así en la figura 30 se ve una interesante sepultura con la espada de antenas Hallstattiana, y

en la fig. 31, otra de no poca importancia, con la espada de La Téne de las primeras épocas, determinándolo la punta y el redondeado de la espiga, como la típica lanza; el cuchillo afalcatado, de forma arcaica, y el freno como el más moderno de Aguilar; no faltan las dos fusayolas, y en la sepultura (fig. 30), una de aquéllas se ve sustituída por la bola escarabea; curioso es un objeto que se representa bajo la espada de antenas, y muy interesante la larguísima y tan delgada lanza que debió sustituir al dardo, todo en hierro, de los celtíberos de la época de Hallstatt II; llamo la atención sobre el regatón ó contera de la lanza, pues aun en las que corresponden á la época de La Téne, jamás en mis necrópolis les encuentro de una pieza con la espiga, lo que es tan frecuente en el último período, asegurando así mayor antigüedad á la necrópolis de Arcóbriga.



Fig. 30.—Necrópolis celtibérica de Arcóbriga. Sepultura Hallstattiana de un guerrero celtíbero.

La mayor parte de las sepulturas pertenecen á la época de La Téne, á esa segunda Edad del Hierro que toma su apelativo de una admirable estación arqueológica descubierta en la extremidad Este del lago de Neuchâtel (Suiza), con tal riqueza de armas y objetos característicos, que apartándose de los conocidos anteriormente, Hildebrand, en 1872, le diera el nombre de Téne, y á tal período protohistórico le dividiera en tres Tischler, fundándose en las variantes de las espadas y las fíbulas, lo que no es de tanta seguridad; esos períodos pudieron empezar en España desde fines del siglo IV a. de J. C., para concluir al comienzo de la Era cristiana: indicaciones que doy por algunos datos que suministra mi general excavación.

La Necrópolis de las Sacerdotisas ibéricas de Arcóbriga.

Escasísimas estaciones de La Téne se conocen en España, y era la más notable la de Cabrera de Mataró (Barcelona); pero yo descubrí varias, y por no alargar demasiado esta Conferencia me reduzco á señalar la de Arcóbriga, ya comenzada á describir, y á la verdad, ofrece grandes novedades arqueológicas de extrema rareza.

No es la menor haber descubierto en un extremo de esta necrópolis un espacio que debieron reservar para sepulturas de sacerdotisas del Dios Neton ó el Sol.

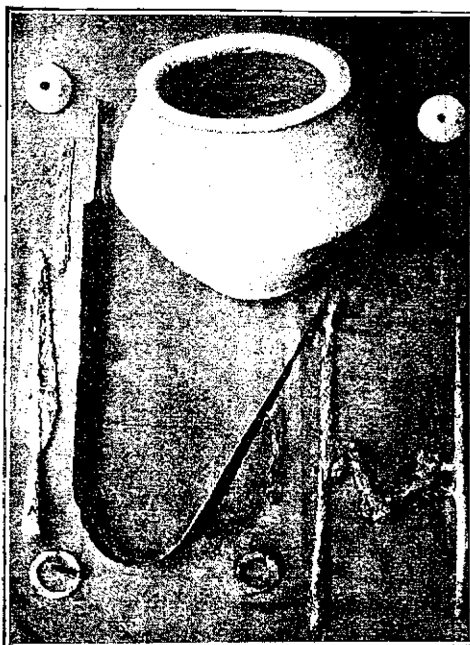


FIG. 31.—Necrópolis celtibérica de Arcóbriga. Sepultura de un guerrero celtíbero. Epoca de La Téne.

En esas tumbas encontré siempre una pieza en hierro rarísima, y que si no vióse nunca, en cambio nos da su descripción exacta Strabón en su libro III, capítulo IV, párrafo XVII de su admirable Geografía, diciendo:

«Hay algo bárbaro, según me parece, en la forma de ciertos adornos propios de las mujeres de la Iberia, y que describe Artemidoro. En algunos puntos, por ejemplo, las mujeres se colocan alrededor del cuello un círculo de hierro soportando una varilla que concluye por dos pequeñas en pico de cuervo; lo que formando un arco sobre la cabeza, inclínase bastante por delante de la frente; sobre ese aparato pueden ellas, cuando les parece, echar su velo, que al extenderse, les da sombra á la cara de un modo muy elegante, á gusto suyo.»

Este aparato, extremadamente curioso y excepcional, se encuentra deformado por la incineración del cadáver y haber permanecido tantos siglos bajo tierra.

Se compone, como dice Artemidoro, de una bandita casi circular de hierro que se colocaba alrededor del cuello y de una delgada vari-

lla de 0,30 á 0,36 cm. de larga, bifurcándose á su extremidad en otras dos más finas, y suelen medir cada una de 0,10 á 0,15 cm. de largo; la banda del cuello tiene regularmente de anchura 0,02 cm., y en ambas extremidades unos agujeritos, sin duda para los cordones que le atasen al cuello; en los extremos de las dos finales varillitas hay otros agujeros que servirían para sujetar los mantos ó las altas mitras ó caperuzas que en Iberia usaban las sacerdotisas, como las de Elo y reproducidas en las notabilísimas esculturas del célebre Cerro de los Santos, recor-

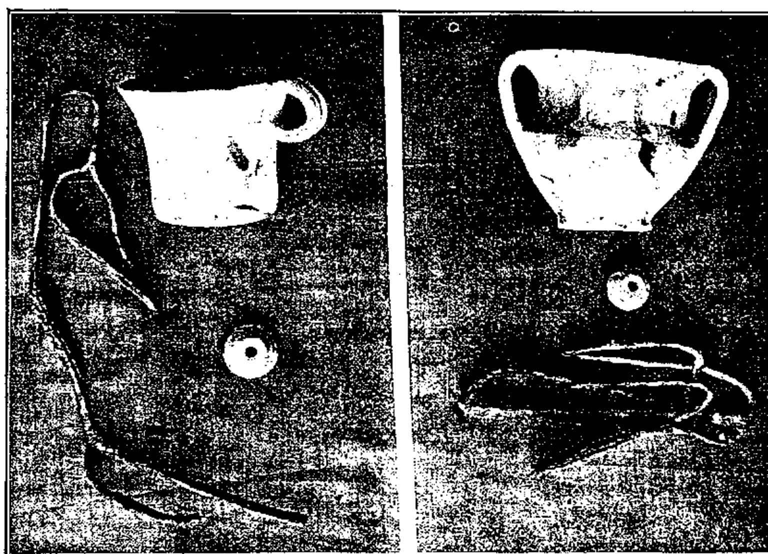
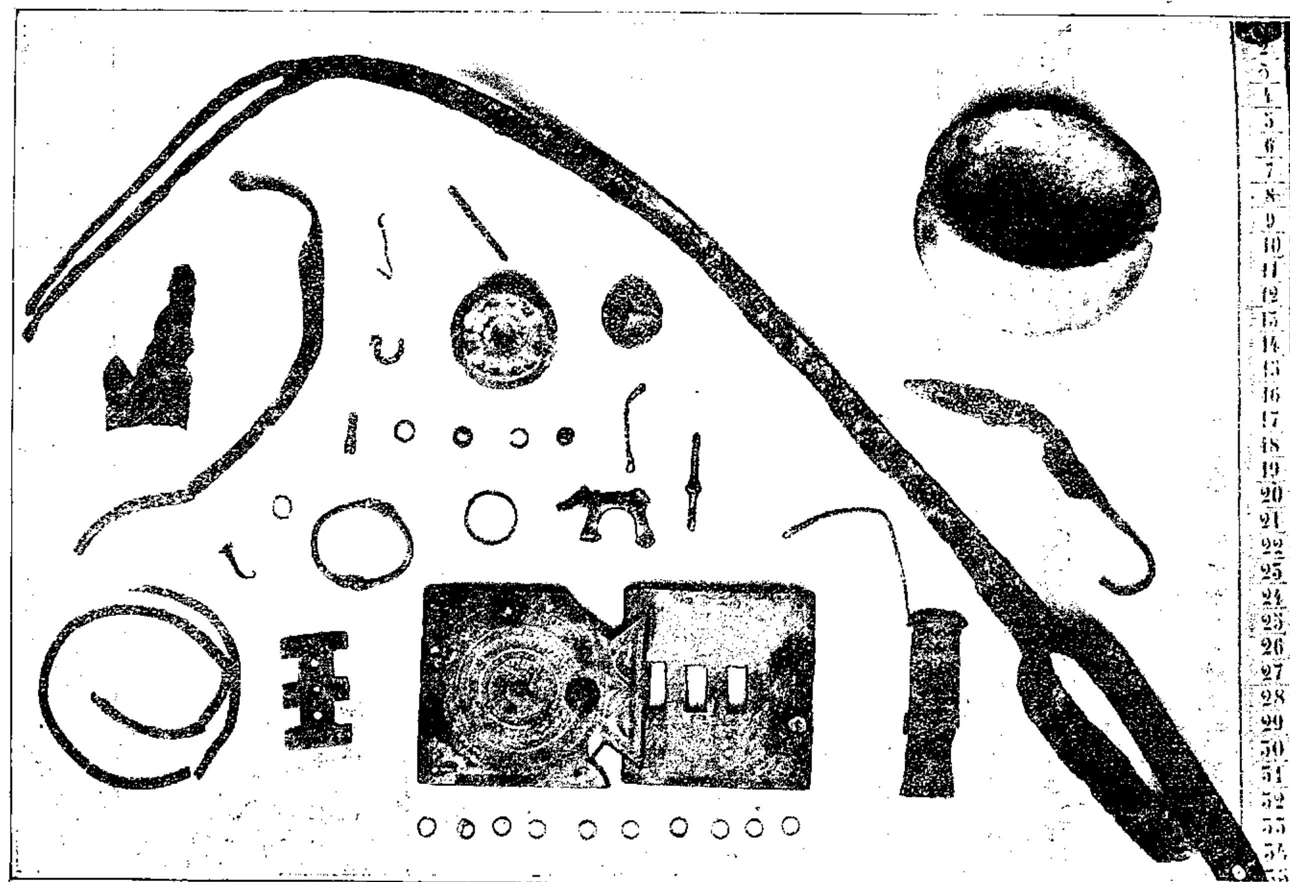


FIG. 32. FIG 33.

Necrópolis celtibérica de Arcóbriga. Dos sepulturas de Sacerdotisas ibéricas con la rarísima novedad del aparato férreo para sostener el velo ó el manto ó las altas mitras.

dando el admirable y espléndido tocado de la bellísima y maravillosa dama de Elche, grandioso tipo de las mujeres españolas, que perdura hasta las actuales, como inmejorable gala de nuestra tierra.

Yo no encuentro tan bárbaros esos aparatos como los tilda Artemidoro, pues ya los determiné por necesarios para sostener las caperuzas de las sacerdotisas que fueron tan altas, y singularmente las muy pesadas, de forma trapezoidal; sospecho también que fuese moda graciosa el echar el velo ó el manto sobre el descrito aparato, protegiendo los bellos semblantes de las iberas contra el reverberante sol de España.



Sepultura de una sacerdotisa del Sol? en la necrópolis celtibérica de Arcóbriga.

Los tiempos cambian las modas; pero la idea y la aplicación subsisten, como arcaica supervivencia, pues que hoy las mujeres españolas se cubren artísticamente las gentiles cabezas con la típica mantilla de blonda, que recogen por gracia suma con las altas peinetas de calada concha, en recuerdo de la descrita y arcaica singular moda ibérica.

Muchos colegios de sacerdotes y sacerdotisas de la antigüedad en Iberia nos son conocidos por los historiógrafos, las inscripciones y los hallazgos arqueológicos.

Para mejor explicación de lo que resultan las tumbas de las sacerdotisas de Arcóbriga, presento dos en las figuras 32 y 33; vense en ellas las urnas cinerarias, los dos aparatos antes descritos, que por la acción del fuego al quemar el cadáver con la mitra puesta, se deformaron; pero yo mandé hacer uno sujeto á idénticas medidas, y se ajustaba perfectamente al uso que describió Artemidoro.

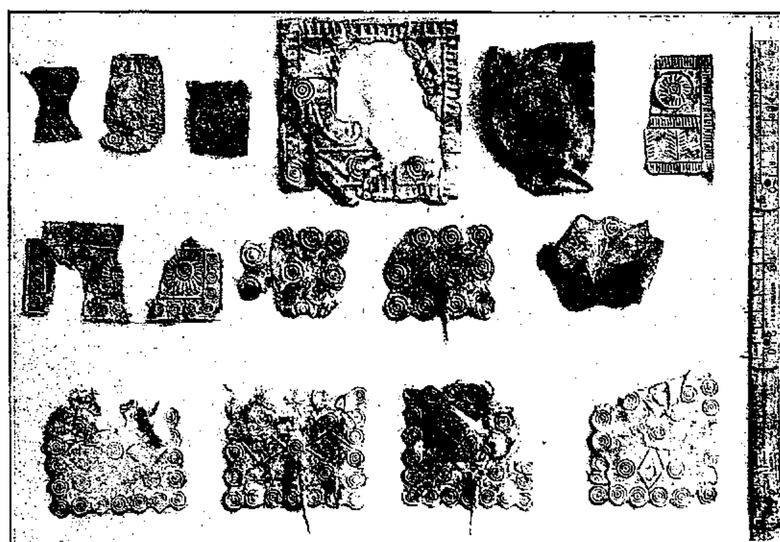
Y por gran suerte me fué hallar la sepultura de la gran sacerdotista, cuyo rico mobiliario repruduzco en la lámina XII.

Vense en ésta el aparato en hierro sostenedor de la altísima mitra; un rico y artístico broche de cinturón con el dibujo y técnica ibérica, enriquecido con nielados de plata sobre bronce con el múltiple enrodado representativo del Sol: unas adornadas pinzas presentando rarísimo hilo de cobre, que explica por primera vez se llevasen suspendidas; los hallazgos de pinzas en las sepulturas son muy frecuentes en las de hombre y mujer, pues servían para epilarse aquéllos la barba y las mujeres hasta mitad de la cabeza, ya que según Estrabón, consideraban éstas un carácter de belleza las frentes sumamente anchas.

Tiene la sepultura que describo restos de dos brazaletes y otro completo; una sortija, unas anillitas de bronce que formarían parte del collar; un botón, una fusayola con ruda ornamentación y la bola escarabea; una plaquita de adorno, un cuchillo arcaico, y el gancho que forma el puño, da idea llevaríale colgado; este cuchillo pudo ser la mitad de unas tijeras, que yo hallo raras veces, pero el Sr. Morenas, casi en el mismo país y en la importante necrópolis de Gormaz, que ha excavado, las encontró con frecuencia en sepulturas con espadas de antenas, lo que viene á procurar otro nuevo dato para no someter la cronología proto-histórica de la Celtiberia á las etapas de otros países, que dan las tijeras como de La Ténc II; hay una barrita ensanchando al centro, que yo sospecho sea la estilización del hombre, caso repeti-

do en otras sepulturas y de todos modos una novedad, y una fíbula zoomorfa que tal vez fuere el *totem* de la ciudad, pues Arcóbriga, en celta, pudiera traducirse por ciudad del oso; pero lo más seguro es que la fíbula proporciona datar la época de la sepultura, si correspondiendo á los albores de La Téne luciérase en los fines del siglo IV antes de Jesucristo.

Como objetos singulares que apoyan mis anteriores hipótesis, presento dos fotografías de varias pequeñas placas en bronce que hube encontrado en sepulturas de sacerdotistas, pues todas conservaban el



NÚM. 34.—Necrópolis celtibérica de Arcóbriga. Placas de objetos dedicados al culto al Sol.

típico aparato ya descrito para sostener las mitras; las plaquetas hallábalas una á una, á veces dos reunidas, varias á tres y algunas a cuatro; no las creo haber servido para guarniciones de cinturón, ya por lo débiles que resultan, ya por encontrar una vez cuatro con los aditamentos de simulados clavitos, que ofrecen la singularidad de estar pegados con una especie de resina, como se ve en la figura 34, y esta rareza de los clavitos me hace sospechar si las cuatro planchuelas formarían una cajita en la que guardase la sacerdotisa la arcilla sagrada ó alguna esencia mágica.

En todas las placas de la figura núm. 34 se ven distintamente las ornamentaciones ibéricas que emblematizan el Sol, lo que también se repite por las comprendidas en la figura 35, donde hay cuatro curiosas planchuelas, repujándose en cada una al caballo solar estilizado, como otra con dos contrapuestos, entre soles, bajo la letra A de la misma figura.

Placas son estas de gran rareza y mucho más interesantes por sus representaciones emblemáticas que las consideradas estimadísimas de

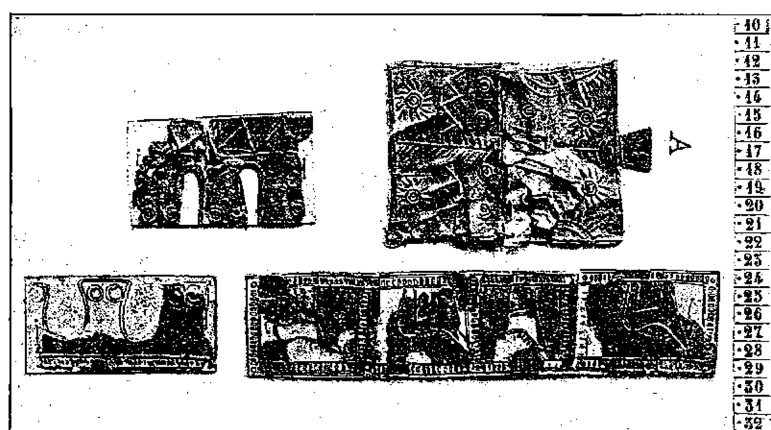


Fig. 35.—Necrópolis celtibérica de Arcóbriga: plaquitas con estilizaciones del caballo solar y otras de la misma época.

Amancey, Miron y Amoudans existentes en el Museo de Besançon, según M. Déchelette, las que no salen de una ornamentación minúscula y geométrica ofreciendo más originalidad las de Panges (Côte d'Or), y en técnica más analogía con las de Arcóbriga, que pudieron repujarse en el siglo IV antes de J. C.

Ya que estoy describiendo sepulturas de sacerdotisas, paréceme oportuno dar alguna idea de las que fueren preciadas joyas con que engalanaron sus hermosuras las grandes señoras en la Celtiberia lusona hace de veinticinco á veintitrés siglos antes de J. C.

Innumerables objetos de broncíneo lujo desenterré en mis muchas necrópolis: brazaletes de un solo anillo y otros de bastantes, reunidos por presión, formando pulsera ancha que los franceses llaman armille, pero nunca logré aquella excepcional riqueza de la dama de Peyre-

5

Haute (Altos Alpes), que se la encontraron 26 brazaletes en el brazo derecho y ocho en el izquierdo, con otras riquezas, en su sepultura de la época La Téne; continuando en mi englobado inventario, referiré las muchas sortijas, siempre sencillas, pocos pendientes, suma crecida de cuentas de collar y varios de ámbar amarillo del Báltico, alfileres, agujas, no pocas pinzas para arrancarse el pelo, broches de cinturón con grabados á línea, y los más á puntos, detalle que acrece la antigüedad; bastantes desconocidos adornos colgantes para el pecho en forma de cruces,

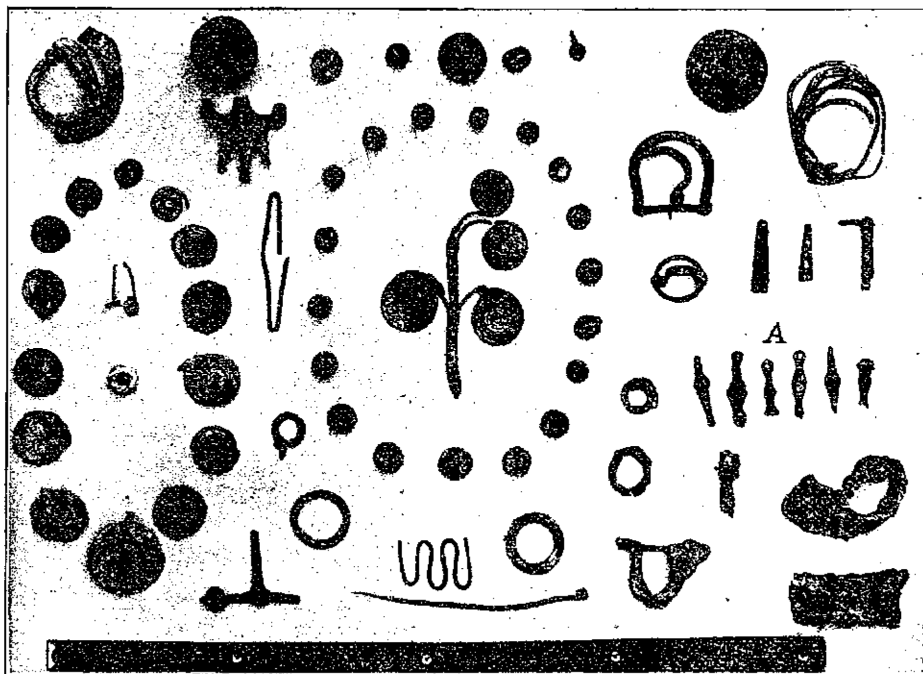


FIG. 36.—Sepultura de una dama celtíbera. Necrópolis de Aguilar de Anguita.

compuestas por placas abombadas y discoidales, con infinitos otros objetos, todos en bronce; para ejemplo presentaré una sepultura de señora de la necrópolis de Aguilar de Anguita, figura 36, en la que se manifiestan dos collares, uno de cuentas y el otro de espirales; brazaletes de las dos clases explicadas; trozo de broche de cinturón que, por lo visto, no era tal forma exclusiva para los hombres; fíbula hispánica, anillos, serpenteando para enganche de los garfios del anterior cinturón;

una delgada tirita que se dobla por ambos extremos sin juntarse y se figura á la izquierda entre los dos collares; es objeto que no se halló hasta ahora más que en mis necrópolis, y como resulta frecuente y suelen ser varios en una sepultura, creo que servían para sostener, sin arrugarse, la fina correa del cinturón femenino; en el centro del grabado aparece un ramo de espirales para adorno del pecho; todo ello en bronce; esta sepultura la presento como muestra de las ricas, pero no de las opulentas, que descubrí varias.

La figura 37 reproduce varias joyas celtíberas que engalanaron á

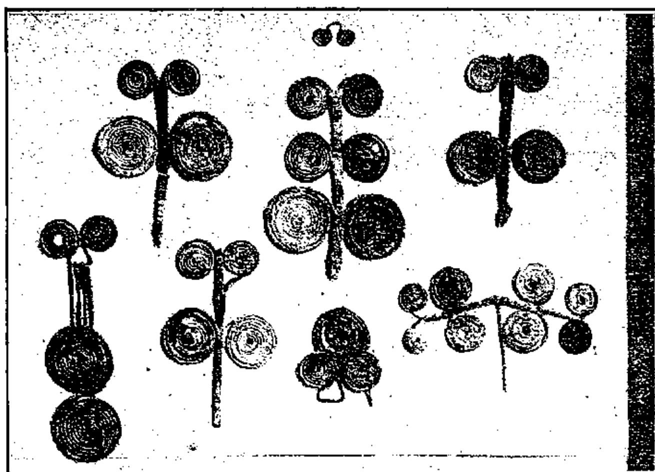


FIG. 37.—Joyas celtibéricas de sepulturas de señoras en la necrópolis de Aguilar de Anguita.

las señoras lusonas hace veinticinco siglos; se ven diferentes ornamentaciones, siempre en espiral, que como al principio de esta conferencia expuse, dudo sean de influencia extranjera, miceniana, ni oscosamnita, pues el exorno espiraliforme ya lo generalizaron por España bastantes siglos antes los neolíticos en muchas más piedras grabadas de las que enumeré.

Pero siguiendo ante la figura 37, vense variados adornos del pecho, que solían usarse á dos, uno á cada lado, como aparecen en la Minerva que perteneció á la colección notabilísima del Académico Sr. Vives, y que hoy se exhibe en el Museo Arqueológico de Madrid.

Al extremo izquierdo hay un adorno rico y de novedad arqueo-

lógica con sus dos grandes espirales, que penden de cuatro varillas recubiertas por arrollado alambre y que se unen á una doble espiral.

Otra alhaja sería el novísimo adorno de pecho ó cabeza con su aguja para sujetarle á las trenzas y altos peinados que describe Estrabón.

Parte curiosísima y de alto interés arqueológico de una sepultura de

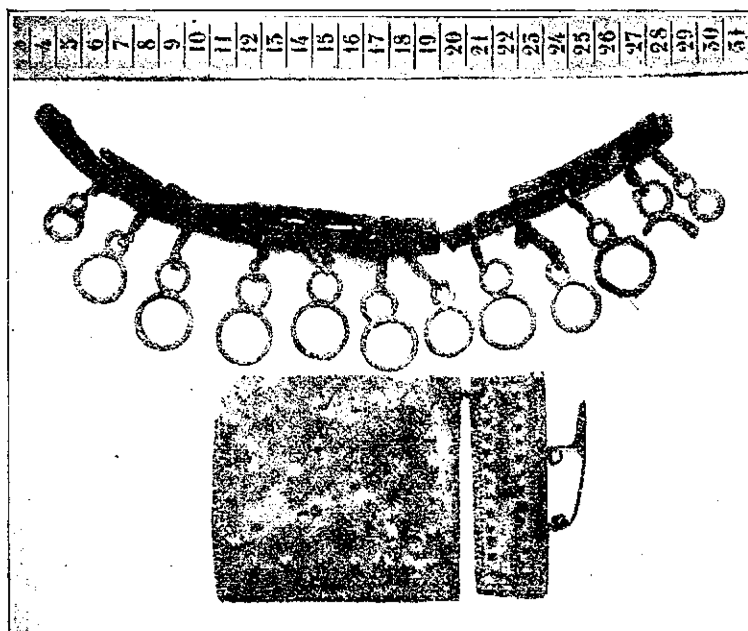


Fig. 38.—Diadema y placas ornamentales con excepcional fíbula de una sepultura de dama celtíbera en la necrópolis de Clares (Guadalajara).

dama celtíbera lusona se reproduce en la figura núm. 38, proviniendo de la necrópolis de Clares (Guadalajara).

En la parte alta hay una diadema que se constituye por una varilla recubierta con arrollado alambre, también de bronce; por cima corre unida otra varilla de hierro, que tal vez sirviera para sostener una coronación superior ó asociarse á otras ornamentaciones; de la primera penden unos soportes de objetos con formas de ochos, en disminución á ambos extremos.

Esta diadema, acaso para colgar sobre la ancha frente, estímola como única hasta el día (fig. 38). Debajo se luce otro objeto, único

también por la gran rareza de estar fabricada la fíbula con la planchuela de bronce que por una anillita, aún conservada, asóciase á otra mayor en cuadro, y ambas con sencillos adornos de puntos incisos y de otros repujados al relieve, ornamentación arcaica que se hermana perfectamente con el tipo de la curiosísima minúscula fíbula que corresponde al de dobles rizos con planchuela de unión ya descrita por mí antes y clasificada como del tipo ibérico más antiguo entre los de la primera edad del hierro Hallstatt II, que pudiera remontarse á fines del siglo v ó comienzos del iv antes de J. C.

Diadema y placas de adorno que encontré con varios otros objetos en una sepultura de gran dama, en la necrópolis de Clares.

Las placas con la fibulita pudieron haber servido para sujetar, como rico broche, los bordes del manto, al reunirlos delante del pecho, pues es sumamente débil la fíbula con ella fabricada para que se la aplicase á un cinturón.

Y continuando por las singularidades de mis necrópolis, no puedo resistir al deseo de presentar tres raros objetos que provienen de una sepultura de señora de la misma necrópolis de Clares y correspondiendo á idéntica época, objetos que se acompañaban por bastantes otros, enriqueciendo la tumba, pero que al no ser tan singulares suprimo de la conferencia, como hice con cientos de otros y de diferentes necrópolis en gracia á la posible brevedad.

Es el primero una planchuela de bronce con ornamentación geométrica sencilla y punzada; de aquella sale un gancho que pudo colgar de un cinturón, ya que fué moda céltica que las señoras se adornasen con cadenas en torno de la cintura y pendiendo de ésta; así cuelgan, de la plancha citada, múltiples, finas y menudas cadenitas que hacen á este objeto único en mis necrópolis, ni le conozco iguales en otras (fig. 39). De rareza extraordinaria y por único también tengo al pequeño trozo de malla finísima de bronce que, con otros dos compañeros, pero más reducidos, hallé, como dije, en una sepultura de señora en Clares; la delicadeza y maestría con que se fabricó acusan fué un adorno de gran riqueza y singularidad, resultando ésta eminente cuando en la época segunda del hierro no se usaron tales armas defensivas, aunque se conocieran las corazas desde la Grecia arcaica y se hallase la antiquísima de una tumba en Pœstum, y por las hallstattianas de Klein-Glein y los encuentros aislados de Italia y Francia lle-

guemos en Iberia al notabilísimo ejemplo de la sepultura de Les Ferreres, hallada en Calaceite (Teruel), propiedad del Sr. Vives; pero la rareza está en ser cota de mallas la que describo, pues de éstas no creo haya otra noticia hasta el notable hallazgo de Tiefenau (Suiza), que describe Bonstetten, pero son restos de cota de malla que se cla-

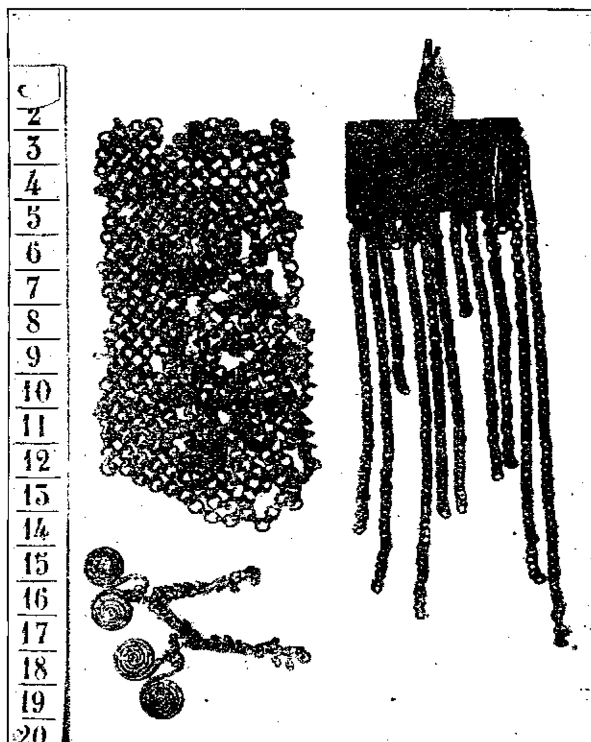
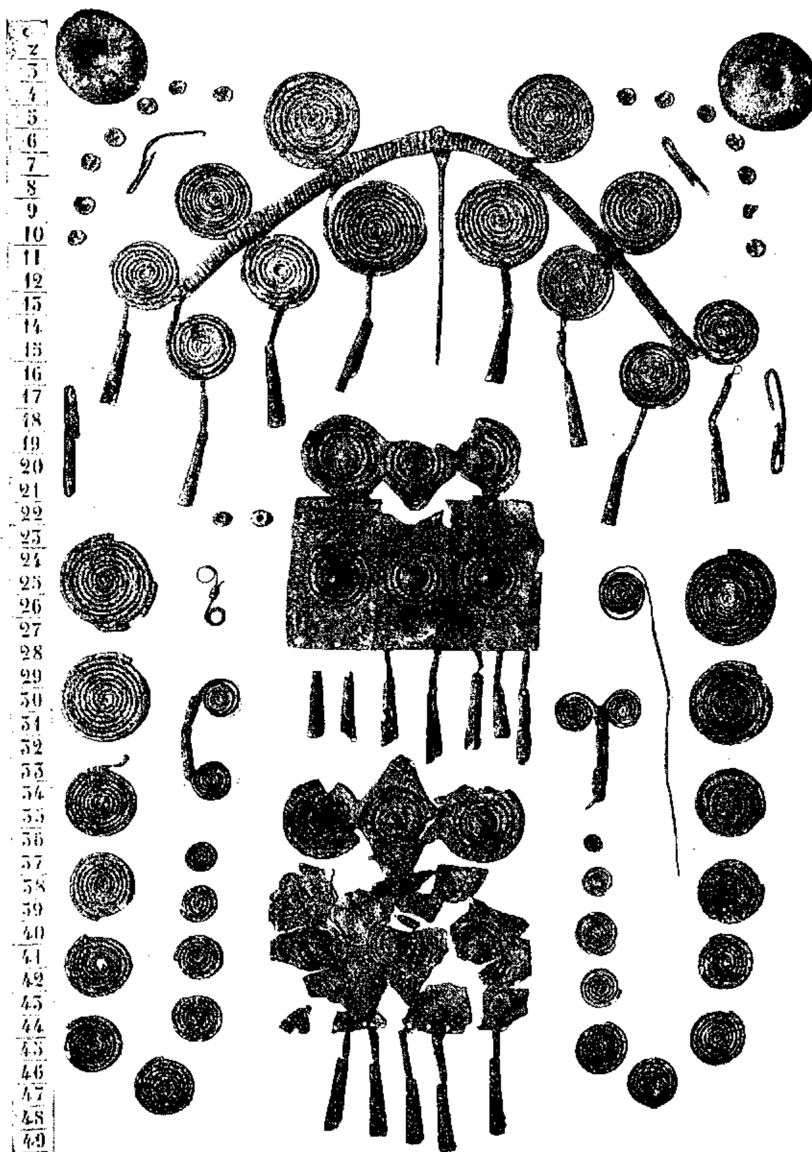


Fig. 39.—Necrópolis celtibérica de Clares (Guadalajara). Malla de bronce: placa de suspensión con cadenitas y cadena con dobles adornos espiraliformes.

sifican por de la Téne III. Varron da como invención celta tal arma defensiva; mas pudiera consentírseme ser ahora la primera vez que se aspire á descifrar una indicación de la cota de malla en el canto xxi, 31 de la *Iliada*, entre otros pasajes, cuando el universal conocimiento de cuanto existía, en la enciclopédica ciencia de Homero nos habla de un aparato de guerra que cubría los pechos de doce jóvenes de las más insignes familias troyanas, induciendo á creer formábase aquél por enla-



Necrópolis celtibérica de Olmeda. Sepultura de dama celtíbera.
Del siglo IV antes de J. C.

ces armillados de pequeños bronces con múltiples movimientos y aparente dúctil adaptación.

Diodoro de Sicilia habla de que entre los galos algunos llevaban en vez de corazas cotas de malla, lo que no se opone á la clasificación por Tiefenau de la Téne III; pero el objeto que yo presento, por los muchísimos que conseguí en la interesantísima necrópolis de Clares, determinan bastante mayor antigüedad que acrece su gran rareza, y ya lo es mucha la fabricación de una cota de malla en bronce, para la que se exige toda la excepcional maestría metalúrgica que de los artífices bilbilitanos elogia altamente Suidas por Polibio y tantos otros ya citados con anterioridad.

Creo que el pequeño trozo de malla pudo revestir el torso de una dama lusona, ó al menos el pecho, ya que vimos en Aguilar de Anguita á los jefes adornarse con los broncíneos discos.

Hablaba antes de antigüedad superior á la Téne III, que ya es época de decadencia y de menos riqueza en las sepulturas, y bien se proclama su arcaísmo por el tercer objeto que se figura en el grabado número 39: un trozo de cadenita del que aún penden dos adornos con dobles espirales de tipo primera edad del hierro.

La larguísima serie de ricas, curiosas é importantes sepulturas de señoras celtíberas de mis necrópolis sólo fuere terminable por vuestro cansancio, pero antes por el mío de abusar sobre la atención con que me favorecéis; mas dispensadme que aún os presente el rico ajuar de una tumba de dama ibérica por algunas particularidades de la lámina IX, pues sin duda lo son las ornamentales placas de forma original, como su adorno de acucuruchadas campanillas, las que enriquecen asimismo el espléndido y jamás igualado, en mis excavaciones, adorno de pecho ó cabeza con doce espirales degradándose en tamaño y como rosas de oro que florecen de un arqueado precioso tallo, conseguido en buena conservación.

Con todas estas joyas, y dentro de la misma urna cineraria, mezclándose con los minúsculos restos de los incinerados huesos de alguna soberana de pequeño estado celtibérico, había todas esas circulares y galas espiraliformes que por sus tamaños de graduada disminución pudieran formar placas de un collar, pues de otras sepulturas logré discos semejantes que aún conservan pegados hilos de bronce que los diametrizan, patentizando un raro engarce de estas innovadas cuentas por

chatones. Vense también por curiosos los 14 botones de bronce con sus travesaños y las cuatro varillitas dobladas, que ya expliqué creerlas para sostener estirado el fino cuero del cinturón.

No faltan en la sepultura las dos místicas fusayolas; toda ella correspondiendo á la época Hallstatt II.

Esta curiosa tumba con muchas otras ricas en variados exornos de señoras y bastantes también de guerreros con espadas de antenas exclusivamente, lanzas de la segunda edad del hierro, cuchillos, bocados y muchos diversos objetos de la misma antiquísima época, los encontré en las excavaciones que hice en la necrópolis de Olmeda (Guadalajara), cerca de las indefectibles salinas de su nombre.

Es preciso terminar esta conferencia, aunque las curiosidades ibéricas de mis excavaciones dieren relato para mucha extensión de tiempo; mas ya que tuve suerte en hallar aquéllas, prosígame la buena ventura de concluir antes que vuestra bondad y paciencia lleguen á su término.

Debo concluir, pero como resplandor final de este modesto espectáculo permitidme que rebrille ante vuestros ojos la encendida atracción de una gran novedad arqueológica.

Varías veces os presenté curiosidades de aprecio provenientes de mi necrópolis de Clares, y hasta ella vuelvo para entre sus calles fúnebres, románticas por las leyendas de la tradición y venerandas por su coronación de tantos siglos, evocar la aparición de alguna gran dama celtibérica que en mi nombre y en el de esta conferencia venga á despedirse de nosotros luciendo su hermosura lusona y aquella majestad divinizada con que se presentaría ante el público, entre alucinaciones de misterios, la celtíbera sacerdotisa del dios Sol.

Sepultura de la sacerdotisa del Sol?

Levántase la tosca piedra que cubría la englobulada urna cineraria; año á año y sumando lustros contaron bastantes siglos, que el tiempo y la térrea savia de las humedades fueron filtrándose al interior del recinto cerámico como coraza defensora de los minúsculos restos de huesos incinerados que, mezclándose con las galas mundanales, se asociaban en la muerte, como en la vida aquella dama asoció la joya de su belleza á la belleza de sus joyas (fig. 40).

Así de la evocada tumba surgieron profusión de brazaletes que en-

galanaron las muñecas, los brazos y las piernas de la señora; las manos lucieron anillos en los dedos; un pendiente circular brillaba junto á la mejilla; del cinturón sólo queda la pieza ya explicada para sostener la tersura del fino cuero; trozos de menuda cadenita de que tal vez pendiese la rota rueda solar de la consagración sacerdotal; por excepción, en una sola tumba aparecen dos aparatos para sostener las mitras ó altos caperuzos, ya descritos; de aquéllos uno es más grande y más fuerte; tal vez para los días de gran festividad se usase elevadísima encapuchada, y de novedad es también encontrar tres fusayolas,

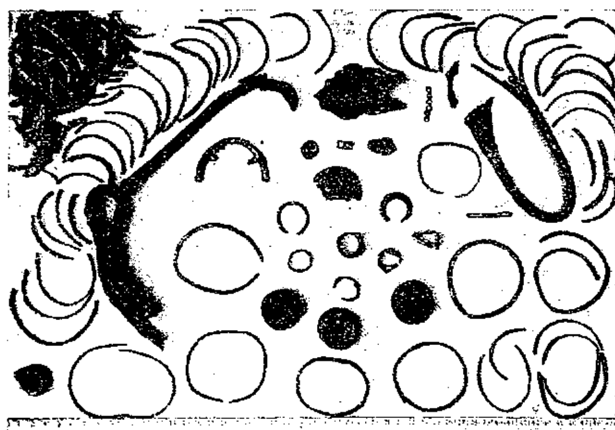


FIG. 40.—Parte de la sepultura de la gran sacerdotisa del Sol en la necrópolis celtibérica de Clares (Guadalajara).

que como una es bastante plana y difiere de las otras, pudo representar al Sol navegando por la noche. En el extremo del grabado se reproduce el pie de un tarrito en barro del que pudo ser tapa la rota redonda placa de bronce que se ve al centro, y ese vaso fuere el de las sagradas esencias que tanto se reproduce entre las dos manos de muchas estatuas de sacerdotisas de Elo en el célebre santuario ibérico del Cerro de los Santos.

Pero con todos estos arrequives encontré muchas toscas bolitas de barro cocido, dos barretas atravesadas por tres agujeros cada una; doce largas cuentas elipsoidales; una ruedecita, tres trozos de otras tres semejantes, pero que por sus gruesores testimonian que pertenecían á tres distintas; cuatro estilizadas aves, que entiendo representar cisnes; cuatro dobles cuernos de tamaños desiguales y cuatro bolitas perfora-

das por cuatro agujeros, que si las atravesaban dos hilos resultaban dos diámetros perpendiculares; todos estos objetos en barro tosco y mal cocido; pero con tan diferentes elementos conseguí la formación de un collar singularísimo, único en la Arqueología ibérica, y que á mi entender representa el supremo emblema religioso de la gran sacerdotisa del Sol, fundándome para ello en que la teogonía celtibérica, según antes expuse, tenía por dioses principales al Sol y á la Luna. A los misteriosos resplandores de ésta celebraban muchas de sus festividades los celtíberos, y ya dije cómo la más solemne de aquéllas se dedicaba siempre en el solsticio de verano, por ocasión de fiestas, ceremonias y actos religiosos, políticos y sociales.

El culto al Sol. No es preciso explicar, por tan sabido, cómo la rueda fué representación del Sol desde los remotísimos neolíticos y por todos los pueblos de Europa, sin excluir á los que sufren la desgracia de gozar menos los beneficios del astro soberano; pues casualmente los hiperbóreos fueron de los que más la generalizaron; el Akshan sanscrito es la rueda solar, como el mito de Ixión y el carro de Febo. M. Dumontier, en su estudio sobre la rueda solar en los símbolos y en los caracteres chinos, *Revue d'Ethnographie*, 1885, dice que los vedas hablan á menudo de la rueda del Sol; en la Gran Bretaña se construyó el templo circular antiquísimo dedicado á Apolo, que fué en tiempos primitivos un dios solar; según Fiurwängler, es «uno de los hechos más seguros de la Mitología».

En España fué generalizadísimo el mito solar de la rueda, que así algunas veces le tenemos representado en pinturas y grabados paleolíticos ó encontrados en cavernas y abrigos, como en la época de los dólmenes, prosiguiéndose en la del cobre y bronce para más determinarse en la del hierro.

Así se admira su apoteosis en los carros solares, tan célebres, de la banda de plata de la acrópolis egea de la isla de Syros, como en el menos antiguo de Trundholm, al que concede el gran sabio arqueólogo Montelius una antigüedad de 1300 años antes de Jesucristo, para llegar á mis necrópolis celtibéricas, en las que se determinase con la más aproximada evidencia y especialmente en las ya explicadas rituales planchuelas de Arcóbriga y en los notables discos de Aguilar de Anguita.

Leyendaban los antiguos mitos del Sol que éste, viajando siempre alrededor de la tierra, tardaba veinticuatro horas en circundarla, y dividían en dos etapas este viaje: la primera desde que persiguiendo á la Aurora aparecía por Oriente, hasta que á su ocaso se sumergía en las hirvientes olas, según Posidonio, del que llamaban río Océano, y desde éste emprendía segundo viaje en una barca de que tirando iba un cisne; nada de esto refieren ni Homero ni Hesiodo, pero sí Esquilo y Estesícoro, el que nos dejó las más antiguas noticias de España anteriores al siglo VI antes de Jesucristo.

En la Mitología griega el cisne es representación de Apolo Hiperbóreo, y montado en un cisne nos le describen en su viaje á Delos; y así como antes dijimos que en el Veda es la rueda símbolo del Sol, también otorga ese emblema al cisne.

Por Europa se extendió mucho tal mito, pues nos le figuran multitud de cuchillos de Dinamarca y Suecia, en las curiosas barcas solares de Noruega y en las de Charroux (Francia); en los peines de los palafitos del lago de Morat, en todos se solían exponer alternando, en las zonas de sus pinturas, la rueda y el cisne. Igual figuración se ve en los vasos dedicados al Sol en Orvieto y Bolonia.

Sobre *Le culte du Solei aux temps préhistoriques*, escribió una obrita muy notable, como todas las suyas, el sabio arqueólogo M. Déchelette, con innúmeros datos, de que varias veces me serví.

Y si es frecuente la representación del Sol, no menos ocurre con la Luna, transfigurada en los cuernos de una vaca, ya en Ilios, en Micenas y en Tirinto.

El collar sideral de la sacerdotisa del Sol.

Con estos datos mitológicos y muchos más que, por brevedad suprimo, compuse el collar que presento en la lámina XIII.

Coloqué las cuatro ruedas solares dividiendo en otras tantas secciones el collar; como se daba la rareza de que, entre 90 cuentas, no había sino las cuatro que dije estar atravesadas por cuatro agujeros, las coloqué dentro de las ruedas, único punto de acomodo.

Siendo cuatro los cisnes los distribuí cada uno sobre una rueda, correspondiendo el agujero que atravesaba al ave con el superior de aquélla; perpendicular al cisne coloqué el doble cuerno, que también estaba perforado y coincidía con el agujero inferior de la rueda.

Siendo diferentes de tamaño los cuatro cisnes, los formé por escala de disminución gradual.

Así el collar se divide en cuatro secciones por las cuatro ruedas con los cuatro cisnes que conducen al Sol en su viaje nocturno sobre el *río* Océano en la barca mítica; y detrás de aquel van los cuatro dobles cuernos representando las cuatro fases de la Luna; de tal modo y por el simbolismo de este collar, los iberos declaraban tener en constante culto á sus dioses Neton el Sol y Eaco la Luna; y siendo el gran dios el Sol le adoraban hasta por la noche, demostrando que, aun sin verle, no desatendían su culto, aspirando á tal homenaje por el cisne, que era el timonero de la barca solar, asegurándoles la ininterrumpida esperanza de que había de conducirle al esclarecedor puerto del Oriente.

Dividido el collar en cuatro secciones pudieron representar los dos solsticios y los dos equinoccios, que también dividen el año en otros tantos períodos; tiempo que tarda la tierra en dar la vuelta al Sol, aunque los celtíberos, creyendo lo contrario, convertían á su divinizado Helios en incansable viajero.

La gradual disminución de los cisnes recordaría, con su emblema, la disconformidad de duración de las noches en los indicados cuatro períodos; de modo que el cisne mayor representase el solsticio de Invierno con sus ochenta y nueve días y una hora; el cisne que se le acerca en tamaño, correspondería al equinoccio de Otoño con sus diez y siete horas más; el cisne tercero al de Primavera, con noventa y dos días y veintiuna horas, y el cisne pequeño figurase las más cortas noches del solsticio de Verano, que desde el 21 de Junio á Septiembre, cuenta noventa y tres días y catorce horas. Apropiado es considerar que los iberos dividieran el año por estaciones, llegando á equivalencias con los solsticios y los equinoccios.

Abrigo la esperanza de que mi hipótesis, descendiendo por la escala de todos estos datos, concordancias y consideraciones, no se considere una elucubrada fantasía y, por el contrario, se la autorice á esperar ser recibida y considerada entre el congreso inductivo de la Probabilidad, que á este rango la eleva la apropiación de los objetos y detalles á las arcaicas teogonías y á las noticias historiográficas de los celtíberos, todo lo cual me trae á la clasificación de ser éste objeto único y, por tanto, de extrema rareza: un collar sideral.



Collar astronómico en la sepultura núm. 53 de la gran sacerdotisa del culto al Sol en la necrópolis de Clares (Guadalajara). Largo 55 y ancho 40.

Se ve está compuesto por una parte, la posterior, con tres rangos de cuentas, y la mitad inferior sumamente más ornada, lo que se repite por costumbre en los collares arcaicos, como los que lucen las célebres esculturas del Cerro de los Santos, llegando á la soberanía de la riqueza, del arte, de la majestad en la Reina de las antiguas mujeres hispánicas, en aquella misteriosa y sublime sacerdotisa ibérica de Elche.

En la parte delantera organicé el collar con veinticuatro cuentas elipsoidales y á cada tres las separa una barrita escuadrada, á la que atraviesan tres agujeros que dejan pasar el hilo de engarce, y tal barrita no podía tener otra aplicación que la de un travesaño, como después pude comprobarlo por un trozo de collar encontrado en Kaltbrunn (Baden), que se compone de informes bastoncillos de coral, que en nueve hilos penden y atraviesan unas barretas de marfil; caso semejante que se repite en otro trozo de collar de cuentas rudas de ámbar con muy toscas barretas de lo mismo, que por seis agujeros dejan pasar seis hilos de aquellas, encontrado en un túmulo de Baviera, datos que M. Déchelette reproduce en el segundo volumen de su célebre *Manuel d'Archéologie Préhistorique Celtique et Gallo-Romaine*, á cuya obra debo bastantes datos y referencias, publicado en 1913 después de mi hallazgo y de haber organizado yo mi collar. No necesitando advertir que los dos trozos de collares publicados por M. Déchelette no son más que unas barretitas y unas cuentas sin otros objetos, sin forma y apenas no más largos de unos pocos centímetros.

Extraño es que la extraordinaria y docta perspicacia de Schliemann no descubriese el empleo de pasador para la barrita de oro, con muchos taladros, que él clasificó como objeto para colgar adornos al encontrarla en la segunda villa prehistórica de la colina de Hissarlik, entremezclada con muchas cuentas de oro que le sirvieron para formar varios collares; lo que reprodujo en las figuras núms. 829 y 830 de su descubierto magnífico tesoro troyano en su admirable obra *Ilios*.

Terminé la descripción del collar sideral que, como dije, entiendo fué la suprema distinción de una gran sacerdotisa del culto al Sol y que tuviera una mítica y trascendental representación; veneranda é inalterable por tradicional al ver que cuantos objetos constituyen el collar son de arcilla tosca y de rudísimas representaciones, lo que no podía ocurrir por falta de mejores materias, ni de más adelantadas artes, ni de más fina y esmerada ejecución, ni escasez de inventiva, pues

bien hemos visto en la misma sepultura objetos de bronce y de hierro, finos brazaletes, anillos y pendientes y hasta plaquita menuda grabada; y de la misma necrópolis de Clares obtuve sepulturas de señoras como las sobresalientes, imaginativas y originales del mejor arte y mayor novedad celtibérica ya aquí presentadas.

Creo á este collar de los comienzos del siglo IV antes de J. C.

Y por la evocación que antes dirigí á esta misteriosa pontifical sacerdotisa lusona, que tal vez fuese helioástica pitonisa celtíbera, inspirada Medea de Clares, que viene hasta aquí con su largo manto, su cruzada banda y la encapuzada altísima mitra, todas sus joyas y distinciones, con seria grandeza en actitudes y dulzura en sus invocadoras frases, y con la mano derecha en alto, encorvando el dedo índice hasta unirse al pulgar, cumpliendo así ritualmente el signo arcaico de bendición, os la dedico como homenaje á vuestra bondad, oyendo esta conferencia, y con tales signos os despida por mí y por hoy de este largo viaje que hicimos á las necrópolis celtibéricas de la heroica y admirable tierra Lusona.

Los iberos.

Largo tiempo os he entretenido hablando sobre un mismo asunto que irradiaba por nuevos detalles á nuevas luces arqueológicas; cientos de veces nombré á los celtíberos, que con su nombre atestiguan el indomable heroísmo y el amor á la independencia de su Patria, pues los celtas, que valientes y conquistadores venían arrollando razas, naciones y pueblos, al llegar á nuestro país, tienen que hacer alto en su invasora marcha, porque los hombres de la Iberia ni rinden sus armas, ni desfallecen sus brazos, ni abandonan sus hogares, ni se desnaturalizan de su tierra, y así los celtas abandonan en las escabrosidades de los Pirineos su rudo carácter, su avaricia de conquistadores, y acogiéndose á la generosísima hospitalidad que caracterizaba á los iberos, según Estrabón, se brindan como amigos para llegar á confundirse en una fraternidad que constituye la heroica raza celtíbera.

¿Y quiénes eran esos indomables iberos? Pueblo errante y guerrero tal vez bajando por entre el Ararat y el Cáucaso, para correr las regiones septentrionales del Asia Menor, cruzar el Helesponto y por los valles del Danubio y el Drave, marchar al Norte de Italia, para seguir por la cuenca del Ródano hasta trasponer las barreras montañosas que



Castillo ciclópeo en Santa María de Huerta (Soria). Fachada Norte

Fotografías del Sr. Cabré con ocasión de la visita que hicieron M. et Mme. Déchelette, que están en el centro, entre el Sr. Liñán Heredia, sentado, y el Marqués de Cerralbo, de pie, y la más separada, á la derecha, la Marquesa de Villa-Huerta.

cierran nuestra patria; así llegasen nuestros aborígenes, que Silio Itálico y Calpurnio Flaco los describen esbeltos, de tez blanca y cabellera rojiza; Tácito les pinta con faz bronceada y pelo encrespado; los elogia Plinio por fuertes é incansables; Tito Livio por su resistencia y valentía; Plinio por su robustez, resolución y heroísmo; sólo por injusta excepción, el geógrafo de Amaséa los ofende con sospecharlos pérfidos y orgullosos.

Sobre el día de su entrada en España póngase por fecha la que se escoja entre las dubitaciones de los sabios, que unos la señalan en quince siglos antes de J. C., otros la rebajan á doce, para llegar con el último historiador de los iberos M. Philipon, á reducirlo á siete, quedándome yo en tema medio.

Como pudiera interesaros conocer algún detalle de estos nuestros aborígenes, detalle que se haya logrado por mis exploraciones arqueológicas, voy á presentárosle.

El ibérico castillo ciclópeo en Santa María de Huerta.

El carácter guerrero de tales gentes hacíales indispensable establecer sus tribus y campamentos en las alturas aisladas de los montes con que facilitar su defensa.

Así en uno que reune esas condiciones y se halla inmediato á la carretera de Madrid á Zaragoza, exactamente en el límite de los términos municipales de Monreal de Ariza (Zaragoza) y Santa María de Huerta (Soria), correspondiendo á esta última villa, descubrí una curiosísima construcción de los primitivos iberos, que pudo ser un castillo ó un mausoleo, que mide 22,50 m. de largo por 8,70 m. de ancho, se constituye en paralelogramo, y aunque habría tenido más altura hoy apenas conserva cuatro y cinco hiladas de su construcción, que es ciclópea, arte primitivísimo, que si no es raro en Baleares y Extremadura y aun en algunas costas, adquiere extraordinaria rareza hallarle en el interior de España, como acontece con el que descubrí en Santa María de Huerta.

Estaban los muros cubiertos por la tierra que contra ellos fueron amontonando los muchos siglos, que fácil es pasen ya de treinta.

La construcción está asentada sobre robusto bancal de roca, y el edificio concuerda con los más primitivos pasos de la arquitectura ciclópea, que debió nacer aquí, como en Tirinto y Micenas, mucho antes

de que la labra, el asiento y el orden organicen un arte que se presenta grandioso en Tarragona y con las sombras del misterio en San Carlá.

Nada hay más rudo que las murallas del ciclópeo que describo, pues no las sobrepujan ni los escasos restos que se conservan en Gerona y Sagunto.

En síntesis, repetiré algunas palabras de las que escribí en mi libro



Fig. 41.—Castillo ciclópeo en Santa María de Huerta (fachada Sur). En la parte del muro, junto á la escalera, se ven las señales para labrar y agudizar las hachas de piedra.

El Alto Jalón al tratar de este castillo ciclópeo, diciendo que es más incipiente que Micenas, más deslineado que Sabroso, más importante que Acebuchal, y si no de las múltiples curiosidades del portugués Briteiros y de las extremeñas acrópolis de San Gervasio y San Cristóbal, no sobrepasado por ninguno de éstos en antigüedad, y recordemos que Philipon, á éstas, se la concede mayor que á las de Tirinto y Micenas y Schliemann atribuye á las dos de mil ochocientos á mil seiscientos años antes de J. C.

En la lám. XIV se reproduce la fachada Norte; como se ve, están formados los muros por peñones toscos sin labra de ninguna clase, ni siquiera saltadas las protuberancias naturales que desorganizan los asientos; sin plan, ni ordenación en las hiladas, así vense peñones de doble espesor de los que colocaron al lado: ni se angludizan

las esquinas, ni en los frentes procuran la perpendicular; tiene los caracteres de las más antiguas construcciones, cuales son rellenar los huecos con pequeños cantos y haberse sentado las piedras en seco,



Fig. 42.—Castillo ciclópeo en Santa María de Huerta. Esquina del muro Norte de la mayor rudeza, tal vez primer movimiento artístico de la arquitectura al labrar un único asiento de piedras y en ángulo.

pues ni barro tuvo como Olérdula, aunque en Sagunto lo hubiera encontrado Tito Livio y Doerpfeld en Tirinto.

Peñones hay en mi castillo ciclópeo que miden unos 3 m. de largo con 90 cm. de altura y poco menos de espesor.

En la lám. XIV, como he dicho, se reproduce la fachada Norte, y en aquélla se detallan hallarnos fotografiados, por el distinguido arqueó-

logo Sr. D. Juan Cabré, el matrimonio Déchelette, la Sra. Marquesa de Villa-Huerta, el Sr. Liñán Heredia y yo.

En la fig. 41 se fotografía la fachada Sur con la importante y ciclópea escala que, como toda la fachada, encontré cubierta por completo de tierra; junto á la escalera, en el muro, hay dos peñas en las que

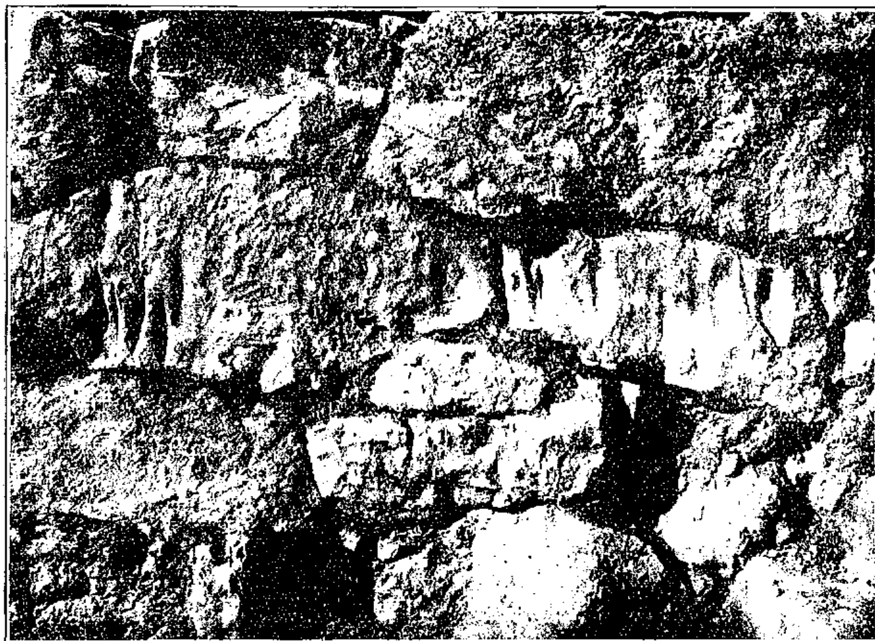


Fig. 43.—Castillo ciclópeo en Santa María de Huerta: detalle de la fachada Sur. Vénse á la izquierda en el peñasco las cavidades de sacar corte á las hachas de piedra, y á la derecha, en otro, señales de haberlas allí pulimentado.

descubrí las señales indudables de haber servido para pulimentar y sacar corte á las hachas de piedra de la época neolítica ibérica.

La extremada rudeza de la construcción no se aprecia en las fotografías de conjunto, y para lograr una idea justa, como para que se adviertan ciertos detalles de interés, incluyo dos grabados; la fig. 42 copia la esquina de la fachada Norte, y se ve la peñascosa primitivísima rudeza; pero ofrece la gran singularidad del corte dado al peñón inferior en forma de ángulo para que asiente la piedra inmediata, que pudiera creerse ser el primer movimiento artístico de la arquitectura en Iberia.

La fig. 43 es un detalle de la fachada Sur con las peñas areniscas ya indicadas, de junto á la escalera, que ofrecen la singularidad de mostrar evidentemente en la de la derecha las huellas que dejaron las hachas de piedra al frotarlas por larguísimo tiempo hasta conseguir conformarlas y pulirlas: es nuevo dato para instruir en que no se pulimentaban tan sólo en asperones naturales de inclinación casi horizontal.

En el peñón de la izquierda, en la misma figura, se ven perfectamente las cavidades producidas para formar el corte de las hachas de piedra.

Hice excavaciones en todo su contorno y al interior, sin conseguir sino una ruda flecha neolítica y una débil, pequeña y corroída planchuela de cobre; tal vez en la edad de este primitivo metal pudo concluirse este castillo ó mausoleo de algún gran Régulo Ibérico.

Puñal ibérico en bronce.

Y como al período eneolítico prosigue el bronce, y es tan raro hallar objetos de esa remotísima edad en Iberia, voy á presentaros un ejemplar curiosísimo que hallé en otras excavaciones que hice en alta planicie de extenso monte, donde sorprendí y he puesto al descubierto un extraordinario campamento militar ibero-romano que todo estaba bajo tierra, sin verse asomar sino salpicadísimos algunos trozos de piedra ennegrecida por los siglos, y que la intuición y la práctica de rebuscador me hizo comprender que podia estar soterrado todo un campamento, y hoy es admirable de ver todo completo, con muchas torres cuadradas con sus escaleras de piedra; son curiosísimas de plan y de estrategia las cuatro reglamentarias puertas; se halla ese monte en término de Aguilar de Anguita, á 2 km. de la necrópolis celtibérica, que ya describí.

En esas excavaciones encontré entre muchísimos objetos y bastante curiosos, uno singular que os presento en la fig. 44.

Puñales ibéricos.

De gente tan guerrera como los antiguos iberos, encontrar armas es sorprender objetos que les fueren reliquias; de tal modo las solicitaban, las querían y las compenetraron con sus costumbres, sus ideales y sus aspiraciones; un arma para un primitivo ibero fué el eje

de su vida; y si dábanla tal estimación, hoy en esta prosigue, pues resulta dificilísimo lograrlas y aun llega á gran rareza la que os dije encontré en mi campamento ibero-romano de Aguilar de Anguita.

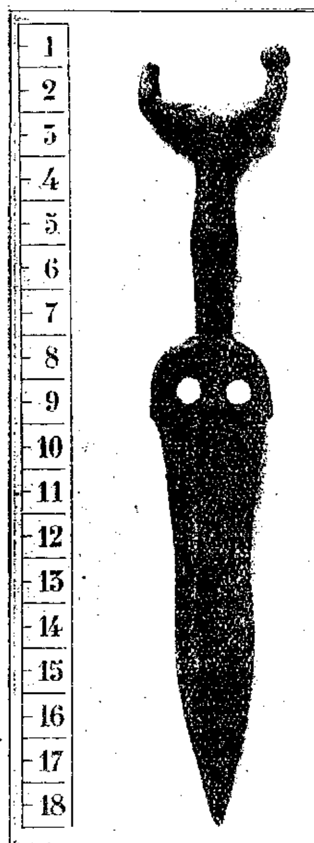


FIG. 44.—Puñal, todo de bronce, encontrado en un campamento ibero-romano que descubrió y ha excavado el conferenciante en Aguilar de Anguita (Soria).

No sé que exista otro ejemplar como el mío en ningún museo, ni vi en los libros puñal alguno que se le parezca; sólo en Galicia, á 8 kilómetros de Mondoñedo, cerca de la Peña Grande, en 1869, encontró D. José Villa-Amil y Castro uno semejante que publicó en el tomo IV del *Museo Español de Antigüedades*, y después en su folleto *Productos de la Metalurgia Gallega en tiempos remotos*, así como Vilanova y Rada en su *Geología y Protohistoria Ibericas;* M. Pierre Paris le cita, le reproduce y elogia su originalidad y arte en el tomo II de su laureada importantísima obra *Essai sur l'Art et l'Industrie de l'Espagne Primitive;* difiriendo este sabio arqueólogo y los no menos doctos Cartailhac y Rada y Delgado, al decir que la empuñadura es de bronce y la hoja de hierro, cuando Villa-Amil afirma en la pág. 17 del folleto citado que es *de bronce todo él, hoja y empuñadura;* pero á juzgar por el grabado, cualquiera creería ser la hoja de hierro, de tal modo se muestra corroída.

En cuanto á la extraordinaria rareza de ser único, lo declara así el Maestro de la Arqueología, M. Cartailhac, al asegurar que tal arma *elle n'a pas son semblable dans les collections europeennes.*

A pesar de lo rudo del puñal mío, presenta una aspiración á ornamentarse á lo largo de la nervatura central, con repetirse ligeramente grabadas unas SS, tan comunes en los exornos ibéricos.

Y como el puñal de Villa-Amil está roto por la hoja, faltándole la mitad, el mío resulta más estimable por hallarse entero y es mucho

más rudo y con varios caracteres tan arcaicos, que no fuere aventura creerle de superior antigüedad al de Villa-Amil. La circunstancia de ser la empuñadura de antenas no sería bastante á excluirle de la época en que finaliza el bronce y comienza el hierro, pues varias armas se adornan con ellas de aquel período; de modo que sospecho si pudiere pertenecer mi puñal á los principios de la edad del hierro. Lo que viene también á comprobarse por la notable disertación con que don Federico Maciñeira Pardo, en el *Boletín de la Real Academia Gallega*, año IV, núm. 25, describe y clasifica otro curiosísimo puñal, casi idéntico al del Sr. Villa-Amil, que encontró cerca de un castro proto-histórico en la comarca de Ortigueira: de tan extraordinaria arma no logró más que la empuñadura de bronce, pero sostiene que la hoja era de hierro y no tenía la gran singularidad que tanto avaloran la de Villa-Amil y la mía, de los dos círculos calados junto á las guardas.

La semejanza de ésta con el de Villa-Amil se halla en ser la empuñadura ensanchada en el centro, terminar en antenas, que en el gallego concluyen en conos y en el mío en rudas bolas; ambos tienen la preciada singularidad de los círculos calados en la hoja al llegar á los hombros del arma; el de Villa-Amil se adorna con múltiples líneas de escaso relieve al largo de la hoja, y el otro se reduce á fuerte nervadura longitudinal que va á hermanarle con las espadas de la primera edad del hierro; y el mío aumenta su importancia al ser de una pieza, cuando el de Villa-Amil es de una la hoja y de otra la empuñadura.

Y para no hacer punto de conclusión en tan antiquísima época y al mismo tiempo dar motivo para que apréciese la transformación de las armas entre los iberos, presento otro puñal que conseguí de mis excavaciones en Ciruelos (Guadalajara) y se reproduce en la figura 45. Es arma muy curiosa no sólo por su época, que podría ser los comienzos del siglo III a. de J. C., sino por su perfecta conservación; más estropeados por la herrumbre, pero casi iguales, encontré algunos en otras necrópolis, y particularmente en la de Arcóbriga, tantas veces citada en este discurso, siempre en sepulturas en que se asociaban á espadas largas de la Téne, y he sabido que el Sr. Morenas también obtiene esa misma clase de puñales, con idénticas espadas largas, en su importante necrópolis de Uxama.

Comprendo haber alargado más de lo debido esta conferencia por la necesaria explicación de tantas proyecciones é incluir en ellas no

pocas novedades arqueológicas, y, al ir á imprimirlas, he extendido bastante algunas para mayor claridad y fundamento de ciertas hipótesis, que en hipótesis las dejo, pues si las expongo es sólo en solicitud del superior juicio de los sabios, para lo cual relaté los datos que conseguí en mis numerosas excavaciones por las necrópolis celtibéricas; dejando aún sin citar varias aparentes coincidencias con doctísimos trabajos de grandes exploradores, por no alargar más y, sobre todo, porque no me parecen tener conexión con mis hallazgos; así ocurre á los numerosísimos, en alto grado interesantes husillos y fusayolas, tan notablemente descritos y presentados por Schliemann en su admirable *Ilios*, que aun siendo tantos y tantos los que en la estilización de los grabados que las adornan, presentados en 31 láminas, parecen determinar representaciones siderales y abunda la swastica solar, como no se descubrieron en necrópolis, y sobre todo ni con el excepcional detalle de los míos de encontrarlos dentro de las urnas cinerarias, y las del Hissarlik (Troya) las clasificaron como adornos, según Perrot y Chipiez; y aun el sabio y admirable excavador M. Morgan me explicó considerar cuentas de collares las muchas por él descubiertas en sus célebres excavaciones; lo que tampoco concuerda con las mías, casi jamás halladas más de dos en una sepultura.

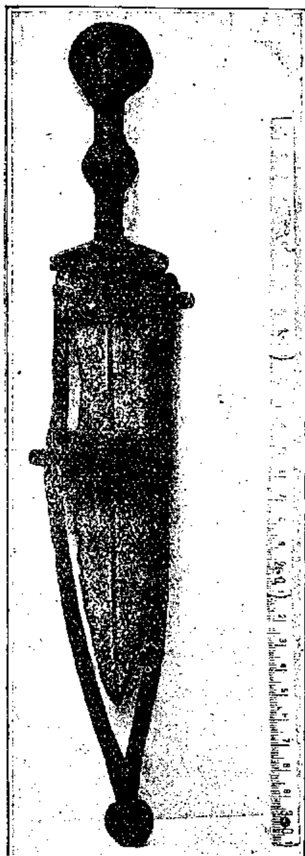


FIG. 45.—Puñal de época de la Téne encontrado en mis excavaciones de Ciruelos (Guadalajara).

Cito este caso concreto de las fusayolas ó husillos para anotarle como explicación de haber dejado sin rememorar algunos objetos míos que parecen coincidir con otros de diferentes países, pero que no les hallo segura concordancia ó influencia, pues en los pocos casos que estos caracteres de familia se determinan, ante mi modesto entender, ya lo dejo advertido y explicado.

Como resumen de esta conferencia se ve mi aspiración á presentaros muchas curiosidades arqueológicas que obtuve en mis excavaciones, y de ellas se desprenda la extraordinaria originalidad, como extraordinario adelanto metalúrgico, arte propio y simbolismo de nuestros antiguos padres los celtíberos; éstos perfeccionan cuando no personalizan influencias extranjeras de las que muy poco aceptan, demostrando su diversidad de costumbres, creencias y organizaciones; así no encuentro en sus necrópolis objetos característicos de los celtas, que éstos habían recibido de las fábricas helénicas, como son los broncíneos stamnoi, trípodes, oenochoes y calderos de más ó menos ornamentación; ni los cubos cónicos y los cilindros de cordones, de más sencillo arte, de griego origen, ni mucho menos ánforas y vasos griegos ó romanos, ni siquiera los campanianos, tan extendidos y vulgarizados por todas partes y aun en la España oriental: nada de esto típico y originariamente extranjero se encuentra en mis necrópolis del centro de la Celtiberia, no desconociendo que varios de esos objetos halláronlos M. Siret en las suyas almerienses, y Mr. Bonsor en las por él exploradas, también andaluzas, como en Cabrera de Mataró y las catalanas, todo ello bien natural por mediación de los costas.

Tampoco de los celtas encuentro lo que les fué tan habitual por su paso en Europa, los carros, ni siquiera indicio de rueda.

Ardua cuestión y empresa aventurada es la de fijar una cronología á las necrópolis y sus mobiliarios ibéricos, determinaciones á las que apenas se lanzaron doctísimos arqueólogos; así que, siéndolo yo tan modesto, debo advertir y declaro terminantemente que si puse fechas á sitios, yacimientos, actos y objetos de mis exploraciones, fué como mera indicación y con el único propósito de intentar aproximarlos á las épocas indicadas por comparaciones, estudio y la observación que producen los trabajos del excavador en un dilatado país por el que hube extendido mis rebuscas científicas bajo la histórica y admirable tierra de mi amada patria.

Pero si difícil resulta explicar esas cronologías, no se me aparece menos demostraros mi profunda gratitud por haberme favorecido, hasta el punto de honrarme extraordinariamente tan selecto y numerosísimo público, que extremó sus bondades acompañándome en esta larga y expositiva conferencia.

El Colegio de San José en Valladolid.

Gratitud que asimismo debo y rindo intensamente á esta sabia y respetabilísima comunidad de Reverendos Padres de la Compañía de Jesús y á su eximio Padre Rector, que siempre haciendo de su grandiosa casa gimnasio sobresaliente de la educación y paraninfo de la Ciencia, queriendo á ésta servirla brindó al sabio Congreso del Progreso científico, para esta conferencia y algunas otras, las esplendideces de su regio salón de actos, las comodidades de su acertada y práctica organización y el adelanto y perfeccionamiento de su magnífico aparato de proyecciones, con añadir todas las facilidades y todos los elementos de su bondad y de su dotación científica.

Cúpome la suerte y la honra de actuar en tan beneficiosas condiciones, á las que debo cuanto se me manifiesta de aceptación pública; quede, pues, consignada mi gratitud, que asimismo proclamo para la Junta directiva y la de todas las Secciones y asociados del Congreso para el Progreso de las Ciencias en Valladolid, que tanto me han distinguido al encargarme esta conferencia, con que mi gran voluntad quiso servirles y la modestia de mis recursos científicos reduce sólo á tal intento y propósito.

Homenaje á Valladolid.

No encuentro palabras con que terminar las excesivas que desmesuradamente fuéronme alargando esta conferencia, porque pediros que me dispenséis después de haber agotado vuestra bondad, si es en mí imprescindible obligación, temo diera en duplicar el beneficio de aquella con que tanto me favorecéis; pretender disculparme arguyendo con los enormes plazos de tiempo que para su historial abarca, como el gran número de estaciones arqueológicas que representa y el que tantos objetos descubran indicios, rasgos y caracteres de novedad, cada cual obligando á algunas frases que aparecen, no ya sumadas, sino en multiplicación, no conseguirá disculparme, porque la concisión es magisterio de las lecciones, pero ya fueron mis más adelantadas frases en esta conferencia declarar que no subía á tribuna, tan sabiamente doctorada como esta, con propósito de enseñar, sino de ofrecer un homenaje de respeto y aplauso al presente Congreso para el progreso de las Ciencias, que ha resultado un éxito grandioso; y torpeza grande fuera en mí pretender enseñar nada en Valladolid, cuando esta hermosa, antigua, histórica y célebre ciudad es cátedra admirable de toda

suerte de enseñanzas: aquí explican continuamente la redentora Fe y la excelsa virtud las santificadas vidas de Pedro Regalado, Simón de Rojas y Miguel de los Santos; aquí parece que se embalsama el aire con los divinos aromas de caridad que por Las Florecillas San Francisco de Asís fué sembrando á su paso; aquí el heroísmo y el valor parece que se congregan al redoblar en permanente llamada las históricas aldabas que á la sublime puerta de la califada Córdoba arrancó el hazañoso conde Armengol; aquí se yergue un perpetuo heraldo proclamando en un edicto que el primero de los deberes y la suprema aspiración política de los gobernantes es la grandeza de la patria y el bien de los pueblos, y á ese edicto sin duda escribió sus letras la sangre de D. Álvaro de Luna; aquí, sobre la vanidad de las cosas humanas, en casa histórica, resuenan lecciones entre las músicas, fiestas y pompas de D. Rodrigo Calderón, que tienen su terrible epílogo en las Dominicas de Portaceli. Aquí vino el gran Emperador Carlos V á proclamar la sublimación de las almas por la Religión, trocando el deslumbrante esplendor del casi universal imperio por el pobre sillón de baqueta en el retirado monasterio de Yuste; aquí álzase un monumento á la paternidad del Señor con su pueblo, que se conforma con la figura de Pedro Ansúrez; aquí paréceme hallar en la piedra unos signos que perpetúan la perfidia de la deslealtad grabados al caer de rodillas ante Fernando IV, el revoltoso infante D. Juan y sus rebeldes parciales.

Aquí quedan afirmados los sentimientos é íntimo amor entre las regiones de la Patria con el pacto de unión en que hacia 1209 se abrazaron en Valladolid Alfonso VIII de Castilla y su yerno el Rey de León. Aquí proclaman de continuo la sublime lección de la Unidad de la Patria los desposorios de aquellos glorificadores de la soberanía, los insuperables Reyes Católicos; aquí se enseña el acierto político al adelantarse Valladolid á proclamar por Rey de Castilla al gran Fernando, que de tanto remontarse llegó á enlazar por su corona su tierra con el cielo; aquí el espíritu nacional abre su libro de oro, donde se escribe el acta de las Cortes que exige al triunfador Carlos V que se rinda á excluir influencias extranjeras é intervenciones en el Estado; aquí el derecho y las leyes castellanas inauguran su cátedra en 1255, dando las ideas compendiadoras del Fuero Real y la inspiración de las Partidas á aquel desventurado Rey Sabio, que supo todo, todo menos tener un buen hijo.

En toda esta admirable congregación de sabias enseñanzas, tan genuinamente españolas, quiso Valladolid personificarlas, y por lección de elección nació aquí Felipe II.

La gran ciencia quiere recogerse á un punto en donde se archive, se se enseñe y se proclame, y recorriendo ásperos senderos de amargura vino á esta ciudad Colón á dejaros los epílogos gloriosos de su ciencia, tan maravillosa, que tuvo por páginas nuevos mares, nuevos continentes, nuevos climas, nuevas gentes y nuevas historias.

Y al arte, á esa voladora idealización del pensamiento, abierta tenéis aquí la cátedra, en la que, como una oda, cantan los cinceles de Berruguete y el españolizado clasicismo de Becerra; la arquitectura abre su texto doctoral en las pétreas páginas admirables de San Pablo y San Gregorio, escribiéndose el epílogo majestuoso por Herrera, y tan amantísima del arte fué, como es, Valladolid, que no se conformó con esas lecciones en los palacios y en los templos, sino que ansiando popularizar el arte, lanzóle á la calle, pidiendo á Gregorio Hernández que le tradujera en estáticas figuras y piadosos asuntos, para hacerles recorrer la población en fervorosas y artísticas procesiones.

Y la sublimada literatura se recogió á vuestras aulas, en donde explicó las excelsas lecciones del genio, las sublimidades del espíritu español, el insuperable canonista de la espléndida lengua castellana, el inmortal Cervantes; y todas las galanuras del idioma, y todas las llamaradas del genio, y todas las magias de la fantasía y todas las cadencias de la música reconcentraron sus luces en el sol de una cátedra, en donde canta á la Fe, á la Patria, á nuestras tradiciones, al amor y á nuestra bendita tierra la lira parnasiana de vuestro gran Zorrilla.

Y para la religión, la reconquista, la organización, la independencia y la historia de esta ciudad buscasteis el explicarlas en una lección, y vuestro paternal Pedro Ansúrez fué irguiendo, irguiendo al compás de vuestras voluntades, de vuestras energías y de vuestros sacrificios el histórico monumento de Nuestra Señora de la Antiguà, que sobre robustos pilares, artísticos, simplificados ornamentos y románicos ventanales fué levantando vuestra grandeza hacia el cielo, como una maravillosa oración de piedra.

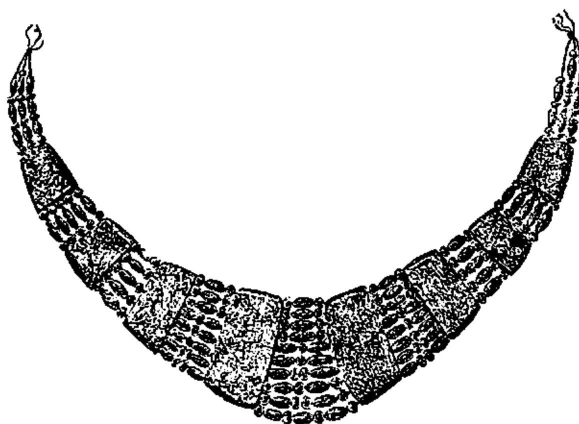
Interminables van siendo vuestra paciencia y bondad escuchándome, pero más interminable resultaría la catalogación de las enseñanzas que explica la historia de esta gran ciudad, en la que acabamos

de aprender lecciones aplaudidísimas de elocuencia en los brillantes y doctísimos discursos de los Sres. Taladriz y Armenteras, como de cuantos congresistas avaloraron con su ciencia y palabra este trascendental Congreso: aquí se nos ha abierto cátedra permanente de cortesía por esta ciudad; de espléndidos y nobles y obsequiosos agasajos por la eminente Diputación provincial, el eminente Ayuntamiento y la sapientísima Universidad; finalmente, compendiando todas estas lecciones de estética, hemos aprendido las de la belleza y hermosura en los encantos de las damas que nos favorecen con su asistencia á este acto, como en todas las mujeres vallisoletanas.

Ved, pues, la absoluta razón con que empecé, he proseguido, termino y he demostrado que yo no venía aquí á enseñar nada, sino á aprender, y cuán cierta es mi afirmación de que Valladolid resulta una cátedra permanente y sublime de todo linaje de enseñanzas.

Gran pena me será que por mí hayáis aprendido lo que es el aburrimiento por esta larga y modestísima conferencia.

APÉNDICE I



Collar de ámbar.—Lake, Wilts-Parkyn.—Prehistoric art, figura 269.—Sexta parte de su tamaño.



Collar de azabache.—Assynt, Ross-shire, Scotland-Parkyn.—Prehistoric art., figura 272.

Durante la impresión de esta Conferencia recibo de Londres una importante obra de recopilación del arte Prehistórico, escrita por Ernest A. Parkyn, M. A., é impresa en Londres, 1915, con el título *An Introduction to the Study of Prehistoric Art*, profusísimamente ilustrada. En ella se publican los dos collares que me decido á reproducir aquí, por la gran semejanza que les asocia al mío de la Sacerdotisa de Clares, produciéndome la satisfacción de ver que, estando organizados en la más parecida distribución ornamental, se aprueba el cómo yo le formé sin otro guión que me ilustrara sino las reflexiones sobre los objetos, su por mí sospechada aspiración mítica y la época. Por cierto que algo debo observar á esta última circunstancia; pues yo, modestamente, no queriendo oponerme á la que considero aventurada afirmación de algunos sabios arqueólogos extranjeros, que sostienen deber desincronizar nuestra primera Edad del Hierro, con la de la misma fronteriza Galia, modernizando en más de un siglo la ibérica, atribuí al collar de Clares menos antigüedad de la que creo corresponderle. Entre muchas otras razones, vemos que los dos reproducidos de Assynt y de Lake los clasifica A. Parkyn en la Edad del Bronce británico, y como ésta, según M. J. Abercromby, es sincrónica con la Hallstatiana continental y la determina entre las fechas del 900 al 600 a. de J. C., y á esa época se atribuye otro collar muy semejante al de Assynt, con la diferencia de faltarle la ornamentación punteada: collar también en azabache, encontrado asimismo en Inglaterra en Pen-y-Bonc, publicado por J. Evans en *Les Ages de la Pierre* (fig. 377), y al que fija igualmente en la Edad del Bronce, cuya época aún se inclina á considerarla algo más antigua que Abercromby, y pues reconocen como uno de los datos de tales fechas esas plaquitas perforadas para separar los hilos de las perlas en los collares, y algunas de aquellas, en hueso, halló el sabio arqueólogo y admirable excavador, en España, M. Siret, que las describe en su notable obra *Questions de Chronologie et d'Etnographie ibériques*, y las atribuye al comienzo de la Edad del Hierro en Iberia, situándolas aproximadamente entre el VIII y VII siglos, con lo que las concede mucha más antigüedad que yo, modestamente, y por las razones antes indicadas, reduje al siglo IV a. de J. C. para el collar de Clares, tan parecido á los aquí reproducidos, pero muchísimo más interesante y único, en tantos de sus elementos, que sospecho le elevan á representación religiosa.

APÉNDICE II




Bloque de objetos tal como se hallaron en la excavación de una sepultura de la necrópolis celtibérica de la Requijada, en Gormaz (Soria), se advierte por medio del grupo asomar la herradura.




Objetos ya algo limpios y separados de la sepultura celtibérica, núm. 44 del inventario de adquisición para el Museo Arqueológico. Necrópolis de la Requijada en Gormaz (Soria), sepultura que se compone de una espada de antenas, con su empuñe separado, conserva aún la hoja unida á pequeña lanza, y vése aparte la herradura para clavos que desde la incineración del guerrero ibérico se enterró unida á sus armas, tal vez del siglo IV a. de J. C.

Últimamente ha sido adquirida por el Estado, y acaba de exponerse en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, una importante serie de sepulturas excavadas por el Sr. Morenas de Tejada, en su interesante necrópolis *La Requijada en Gormaz*, provincia de Soria, y como dato trascendental para la debatida cuestión de las herraduras con clavos, en la Iberia, á su época de Hallstastt II, y transición á la Téne, inserto los grabados adjuntos, pudiendo añadir que posteriormente al hallazgo de herraduras para clavos en la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita, encontré yo otra de aquéllas entera, y muy parecida á la aquí publicada de Gormaz, en mis excavaciones del cementerio ibérico de La Cava, á cuatro kilómetros de Luzón (Guadalajara); estaba la herradura próxima á una urna cineraria con 0,80 de profundidad; y en Renales, de la misma provincia, al lugar denominado Villacabras he hallado media herradura, muy gastada, en la inmediación de una fíbula de la primera edad del hierro con su doble y robusto muelle, llevando en el centro la característica placa ovalada. Pero aún más modernamente descubrí en otra necrópolis, también celtibérica, que estoy explorando entre Torresabiñán y Fuensabiñán, al lado del camino real de Tortonda á Sigüenza, y al sitio denominado La Cabezada, un trozo de herradura á un metro de profundidad y otro pedazo á 0,60, ambos en la inmediación de sepulturas celtibéricas.

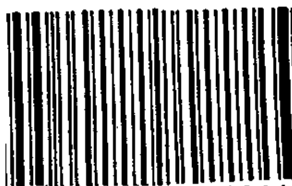
Asimismo, y en mis actuales excavaciones, he logrado trozos de herraduras, no ya limitados á proximidades de sepulturas, sino lo que es más determinativo, dentro de éstas y mezcladas con sus mobiliarios, como en la de Gormaz; pertenecen á otras dos necrópolis y en cada una hallóse un trozo, semejantes en su forma á las de Aguilar de Anguita y también sin ondulaciones exteriores.

Estos dos lugares á que me refiero, son los tan citados Alpanseque (Soria) y Clares (Guadalajara), encontrando en el primero media herradura asociada á una fíbula de Hallstastt II; á lanza estrecha y larga, con nervio central de gran resalto; á una pieza de embrace del escudo, como las de Aguilar, y á un gran bocado-filete.

En la necrópolis de Clares, la sepultura núm. 28, se compone de una lanza con su regatón, de un ὀβελός, tal vez emblema del culto del hogar y de un interesante típico broche de cinturón de los que clasifica M. Déchelette como greco-ibérico, y que determinan época de gran antigüedad, según estudié en esta Conferencia; sin que á tal

conjunto falten las que propongo como rituales fusayola y bolita en tosca cerámica, uniéndose á este ajuar celtibérico la media herradura ya indicada.

Todo lo cual, asociándolo á cuanto en la Conferencia expliqué y á que resultan muy numerosos los dientes de caballo que suelen encontrarse junto á las urnas cinerarias en mis necrópolis, paréceme que ocasionan datos capaces de comprobar y fortalecer mi proposición de que se herraron los caballos en la Celtiberia, por lo menos, desde el IV siglo a. de J. C.


1153856013856011